

 HARLEQUIN™
The background of the cover is a black and white photograph of a man and a woman in a close embrace. The woman is on the left, leaning her head against the man's cheek on the right. They are both looking upwards and to the right. The woman has long, wavy hair and is wearing a dark, sleeveless top. The man has a short beard and is wearing a dark suit jacket over a white shirt. The overall mood is romantic and intimate.

INTENSE

SALVAJE

NICOLA MARSH

INTENSE

SALVAJE

NICOLA MARSH



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.

Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.

Núñez de Balboa, 56

28001 Madrid

© 2018 Nicola Marsh

© 2019 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.

Salvaje, n.º 9 - enero 2019

Título original: Wild Thing

Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.

Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, Harlequin Deseo y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.

Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Dreamstime.com

I.S.B.N.: 978-84-1307-513-6

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

[Créditos](#)

[Dedicatoria](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Epílogo](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

Dedicatoria

Para las Super Novas de Nic, el mejor equipo de apoyo que una chica pudiera desear.

Vuestra contribución en portadas, personajes y tíos buenos no tiene precio.

Capítulo 1

En sus veinticuatro años en el planeta, Makayla Tarrant había hecho unas cuantas cosas humillantes.

A los siete años, deslumbrada, se había caído del escenario en su primer recital de ballet. A los dieciséis, había enseñado un pezón el día de su estreno profesional por un desperfecto del vestuario. Y se había desnudado delante de un montón de desconocidos asquerosos en un bar de Kings Cross para que su madre tuviera el funeral que se merecía.

Pero nada de eso se podía comparar con la mortificación que le provocaba espasmos en los músculos cuando entró en la audición más importante de su vida hasta la fecha y descubrió que el director de casting era Hudson Watt.

Su mejor amigo de la infancia y la adolescencia.

Su confidente.

El chico al que siempre acudía.

El único chico en el que había confiado plenamente.

Hasta la noche, cinco años atrás, en la que él la había visto desnuda en el escenario y el mundo de Makayla se había desmoronado.

Desde entonces no había vuelto a verlo. Habían intercambiado una serie de acusaciones odiosas. Él la había juzgado sin darle la oportunidad de explicarse y ella lo había apartado de su vida sin un segundo de arrepentimiento.

Bueno, de acuerdo, eso no era cierto. En un momento en el que se tambaleaba todavía por la muerte inesperada de su madre, el momento en el que más necesitaba a su amigo, el momento en el que había hecho lo impensable por conseguir pagar un funeral decente, Hudson se había convertido en un monstruo moralista y ella había perdido al mejor amigo que había tenido en toda su vida.

Entonces había fingido que le daba igual, cuando la verdad era que había llorado la pérdida de su amistad casi tanto como la de su madre.

—¡La siguiente! —dijo Hudson, con tono de impaciencia, al tiempo que cambiaba unos papeles en su tabla con pinza.

Makayla no se movió. No podía. Allí, vacilante a la izquierda del escenario, los pies le pesaban tanto como el corazón. Le habría encantado tener agallas para dar media vuelta y huir antes de que él la viera.

Pero necesitaba desesperadamente aquel trabajo. Charlotte, su compañera de piso, estaba a punto de irse y el sueldo de su empleo de media jornada en Le Miel, la pastelería más de moda de Sídney, no le llegaba para cubrir ni siquiera el alquiler.

En las últimas semanas se había presentado sin éxito a dieciocho audiciones para diversos papeles de baile.

El Embue era el club nocturno más guay en una ciudad llena a rebosar de clubs modernos y, cuando Makayla se había enterado de que iban a hacer pruebas para espectáculos en directo, había presentado una solicitud, decidida a conseguir su primer papel de baile en meses. Decisión que empezaba a desvanecerse rápidamente ante la perspectiva de bailar para Hudson.

¡Mierda!

¿Qué demonios podía hacer?

En aquel momento, él alzó la cabeza y ella perdió la oportunidad de alejarse sin ser vista.

Hudson entornó los ojos y abrió los labios por la sorpresa, aunque no tardó en apretarlos en una línea fina. Frunció el ceño. Teniendo en cuenta lo que ella le había llamado en su último encuentro, no tenía nada de raro que no

se alegrara de verla.

—Hola, Hudson —dijo ella. Consiguió inyectar el suficiente entusiasmo falso en su voz para transmitir despreocupación, pero la mano le temblaba cuando la alzó en un gesto de saludo—. ¡Cuánto tiempo!

Ella misma se sorprendió por aquel saludo tópico y displicente, pero se obligó a moverse en dirección al centro del escenario, donde estaría bajo los focos. Expuesta. Vulnerable.

Demonios.

Tuvo la impresión de que Hudson le clavaba sus ojos láser durante una eternidad antes de asentir.

—Mak. ¿Te presentas para primera bailarina?

Mak. Solo él pronunciaba aquella sílaba de un modo que la tocaba muy hondo, como una mano cálida que subiera por su columna en una caricia larga y lánguida. Su voz parecía más baja y ronca que la última vez que lo había visto, cuando él le había lanzado viles acusaciones y eso había roto su amistad.

—¿Mak?

¡Maldición! La había pillado soñando despierta. Como huir ya no era una opción, no le daría la satisfacción de que viera lo alterada que estaba. Enderezó los hombros.

—Sí. Me encantaría ser la primera bailarina en la nueva producción del Embue. Gracias por la oportunidad.

Sin darle ocasión a responder, hizo un gesto rápido con la cabeza al coordinador musical para que pusiera su canción.

Una vez que empezara la música, estaría bien. Desaparecería el pavor que hacía que le ardiera el vientre y se calmarían los nervios que hacían temblar sus músculos. Era preciso que fuera así. Porque no podía fallar esa prueba. Había demasiado en juego.

Cuando las primeras notas estruendosas de un éxito de Lady Gaga salieron del aparato de sonido, una ola de calma se apoderó al instante de Makayla.

Podía hacerlo.

El tema de la música, el baile y de moverse con ritmo eran algo que dominaba.

El de los hombres que la abandonaban cuando más los necesitaba, no tanto.

Cuando aumentó el ritmo, empezó la coreografía. Pasos, giros, patadas... Un número cargado de energía, diseñado para deslumbrar. Se dejó llevar por la música, moviendo los pies al ritmo de esta y cortando el aire con los brazos de un modo perfectamente sincronizado.

Siempre había sido así, desde el momento en el que, con tres años, había visto bailar por primera vez a su madre en una revista de Kings Cross y había quedado deslumbrada por los vestidos brillantes, el maquillaje y los aplausos.

Había adorado a su madre y había querido ser como ella. Emular su gracia, su elegancia y su vitalidad en el escenario. Pero Makayla también había querido más. Más gloria. Más reconocimiento. Más.

Broadway. El pináculo de la fama. Su sueño.

Aunque, si no conseguía pronto un papel protagonista, su sueño quedaría tan destrozado como su cuenta bancaria.

La canción estaba a punto de terminar y Makayla se lanzó a la final, una carrera por el escenario combinada con un *split* de tijera alto para luego caer ágilmente de pie con los brazos alzados en un gesto de victoria.

Se acabó la música y siguió un silencio ensordecedor.

En algunas audiciones, Makayla había visto a directores aplaudir una interpretación espectacular.

Hudson no movió ni un músculo.

La joven tragó el nudo enorme que tenía en la garganta y se acercó al borde del escenario, fuera de los focos.

Hudson anotó algo y a continuación alzó la vista y la miró con cara inexpresiva.

A Makayla se le encogió el corazón, pero se obligó a sonreír, aunque,

cuanto más la miraba él fijamente, más se debilitaba esa sonrisa.

—Estaremos en contacto —dijo él. Y la despidió con un gesto cortante de la cabeza.

La decepción hizo que le temblaran las piernas, pero no estaba dispuesta bajo ningún concepto a permitir que él viera su desolación.

Hizo acopio del escaso valor que le quedaba y salió del escenario.

Y le hizo un corte de mangas detrás del lujoso telón dorado.

Capítulo 2

Hudson reprimió una carcajada.

Mak le había hecho un corte de mangas cuando creía que no la veía. Pero el Embue era famoso por sus muchos espejos y la había visto claramente cuando salía del escenario.

Enérgica. Osada. Segura de sí. La misma Mak de antes. Y sin embargo, no era, ni mucho menos, la misma.

Habían pasado cinco años desde que la había visto en aquel club de estriptis de Kings Cross, desnuda en una habitación llena de neandertales babosos. Cinco años desde que él la había cagado. A lo grande.

Ella había madurado desde entonces. Sus curvas eran más de mujer, sus piernas más largas, sus ojos de un azul más profundo y su pelo de un glorioso color castaño rojizo. Ya de chica había sido despampanante, pero de mayor podía hacer que un hombre cayera de rodillas y obligarle a suplicar que lo dejara levantarse.

Cuando había visto su nombre en el papel de la audición, se le había parado el corazón. Ella tenía ese impacto en él. Siempre lo había tenido.

Hudson había reprimido su primer instinto de tachar el nombre. Después de todo, Mak no tenía la culpa de que él no pudiera borrar de su mente la noche en que la había visto desnudarse y la pelea posterior.

¿Cuántas veces había levantado después el teléfono para disculparse, para ver si estaba bien y disuadirla de seguir por un camino nefasto que él había

visto de primera mano que terminaba en tragedia?

Incontables veces, en las que había intentado formular las palabras correctas y no había sabido. Había querido sermonearla sobre el peligro de buscar un dinero fácil haciendo estriptis. Advertirla de la posibilidad de que eso se descontrolara. Había querido contarle la verdad detrás de su enfado con la esperanza de que ella entendiera por qué había reaccionado así.

Pero en vez de eso, había colgado el teléfono todas las veces, consciente de que nada de lo que pudiera decir podría borrar el daño que había hecho aquella noche.

En su rabia inducida por la sorpresa, había dicho cosas horribles, cosas odiosas. Desgraciadamente, eso no tenía vuelta atrás.

Una semana después se había ido de Kings Cross, se había mudado al pequeño apartamento de Manly y había empezado a trabajar en el Embue. Había evitado intencionadamente ir a clubs del Cross por miedo a ver actuar a Mak. No podía soportar ver su inocencia innata mancillada por aquel mundo sórdido.

Lo que no implicaba que no hubiera pensado en ella en esos años. Algunas mujeres eran inolvidables y Mak era una de ellas.

Ver su nombre en la hoja del casting había sido como una sacudida. ¿Sería capaz de verla bailar de nuevo cuando la última vez que la había visto menearse y girar había sido desnuda? Temía que eso volviera a provocarle los sentimientos de entonces: rabia y disgusto, mezclados con una buena dosis de celos. Sentimientos locos y descontrolados que no tenía derecho a sentir.

Había titubeado durante dos días, hasta que había llamado la agencia para exigirle una lista de las bailarinas a las que quería ver. Y sin darse tiempo a pensar en su decisión, Hudson había añadido el nombre de Mak a la lista.

Después de haber visto unos minutos atrás lo que ella podía hacer, se alegraba de ello. Mak sabía bailar. Bailar de verdad. Con el tipo de talento que haría que el Embue fuera el club por excelencia para espectáculos en directo.

Le había preocupado que, al verla en el escenario, se sintiera catapultado de vuelta a aquella noche horrible de cinco años atrás y perdiera su

imparcialidad como productor. Por suerte, eso no había ocurrido. Había quedado fascinado con los movimientos de ella, con su habilidad para dominar el espacio y con su presencia en el escenario.

Sencillamente, como bailarina, Mak resultaba espectacular.

Eso hacía que lamentara más todavía haberse perdido los últimos cinco años de su vida. Hudson no confiaba fácilmente en la gente y ella había sido una buena amiga. Una de las mejores, junto con Tanner.

—¿Se han acabado las audiciones? —Tanner se dejó caer en el asiento al lado del suyo y enlazó las manos detrás de la cabeza—. Porque Abby empieza a sentir angustia con el desfile interminable de bellezas de piernas largas que mueven las caderas por aquí.

Hudson resopló y extendió una mano delante de Tanner.

—Tu novia sabe muy bien que la idolatras y que comes de la palma de su mano.

—Ella es la mejor —Tanner le apartó al mano y su sonrisa bobalicona hizo que Hudson sintiera ganas de vomitar.

No porque resintiera que su mejor amigo fuera feliz. Si alguien se lo merecía, era Tanner, después de la mierda que había tenido que tolerar de niño. Pero desde que Abby había entrado en escena un mes atrás, Tanner era una sombra del hombre que había sido antes. Se quedaba fijo mirando al espacio en los momentos más raros, se iba temprano del club para ver series de chicas con Abby y se negaba a salir de juerga como hacían antes.

Las relaciones eran para pringados.

Tanner cruzó las manos y las apoyó en su regazo.

—¿Y bien? ¿Estoy perdiendo en tiempo al dejarte que intentes esta movida del directo?

Hudson confiaba en que no fuera así. Necesitaba que funcionara aquella idea. Estaba en deuda con Tanner y él siempre pagaba sus deudas.

—Empezaremos los ensayos en cuanto termine de elegir a los protagonistas.

Tanner asintió, pensativo.

—¿Cómo lo ha hecho Makayla? —preguntó.

Hudson se sobresaltó, seguido de inmediato de una sensación extraña en el vientre. El tipo de sensación que le daba ganas de golpear algo, a ser posible a Tanner, si se había acostado con Mak.

Las mujeres caían rendidas a los pies de Tanner. Siempre había sido así. Hudson no tenía celos de eso. A él tampoco le iba mal. Pero la idea de que su Mak estuviera con alguien... aunque tampoco era suya. Ya no. En realidad, no lo había sido nunca. Su arrebato de cinco años atrás había impedido que lo fuera.

—Mak ha estado bien —Hudson mantuvo firme la voz con un esfuerzo y fingió que estudiaba el papel que tenía delante—. ¿De qué la conoces?

Tanner rio con tanta fuerza, que su risa resonó en todo el club.

—Deberías verte la cara. Parece que acabes de chupar un limón.

—¡Que te jodan! —gruñó Hudson, que cada vez sentía más ganas de darle un puñetazo.

—Creo que es más interesante saber de qué conoces tú a Mak —Tanner se echó a reír—. Por tu expresión tormentosa, asumo que la conoces mucho mejor que yo.

—Todavía no has contestado a mi pregunta, capullo.

Tanner entrelazó los dedos con una calma irritante, decidido a hacerle sudar.

—Makayla trabaja en Le Miel con Abby. Y cuando les eché una mano porque Remy estaba en el hospital, la conocí un poco.

—¡Oh! —desinflado por el alivio, Hudson se sentía muy tonto por haberse dejado llevar por los celos.

No tenía derecho a sentir celos por Mak. Ella podía acostarse con toda la costa norte de Sídney sin que eso tuviera que molestarle a él. Pero le molestaba. Le molestaba muy hondo, en aquel lugar donde una parte de él la echaba todavía de menos. De un modo terrible.

—Si la llamas Mak, seguro que la conoces de hace más tiempo que yo — la sonrisa de suficiencia de Tanner no ocultaba su evidente curiosidad.

Hudson podía mentir. Pero nunca le mentía a Tanner. Habían pasado demasiadas cosas juntos desde que se conocieron en el instituto Kings Cross, dos inadaptados sin madre que intentaban hacer lo que podían con los imbéciles de sus padres.

—Mak y yo nos conocemos de antiguo —dijo, masajeándose la tensión que le tiraba de los músculos del cuello—. Cuando trabajaba en el Cross, nuestros caminos se cruzaban porque su madre bailaba y trabajaba de camarera allí. Nos hicimos amigos.

Tanner seguramente captó lo serio de su declaración porque miró fijamente al frente en lugar de sonreír como un tonto.

—¿Y cómo es que nunca me hablaste de ella?

Porque Mak era solo suya. El único punto brillante en su asqueroso mundo. Alguien en quien podía confiar, que entendía la lucha diaria de crecer en el Cross porque ella también la había vivido.

Pero a Tanner no le dijo nada de eso. Se encogió de hombros.

—No quería que te metieras conmigo. Es más joven que yo y quería protegerla.

—Un verdadero caballero andante —se burló Tanner. Sonrió como un tonto—. ¿Y qué pasó?

—Discutimos —respondió Hudson. Una forma muy suave de describir la bronca monumental que habían tenido la noche que la había sorprendido haciendo estriptis—. Hacía años que no la veía.

Tanner se inclinó hacia él con un brillo de curiosidad en la mirada.

—¿Y ella y tú no habéis...? Ya sabes.

—No.

No porque él no hubiera querido. Pero Mak era territorio prohibido debido a su edad, y si tenía que ser plenamente sincero, también a su ingenuidad. Irradiaba una inocencia que brillaba con luz propia en un mundo

bastante mugriento. Un mundo de chulos, prostitutas, drogas y bailarinas de estriptis. Un mundo en el que él había trabajado por necesidad, pero que había hecho lo posible por no dejar que lo contaminara.

Esa era una de las muchas razones por las que se había puesto como un loco la noche que la había visto bailando desnuda en el escenario.

Otra era su madre.

—Pues no sé qué te pasa, tío. Makayla es un bombón, y si yo estuviera soltero, intentaría...

—¡Cierra el pico, joder!

—¡Hala! ¡Tranquilo, chico! —Tanner alzó las manos—. Solo doy mi opinión. Y si reaccionas de ese modo por una simple sugerencia, te aconsejo que eches un polvo pronto.

Hudson no quería darle al petardo de su amigo la satisfacción de saber que no andaba desencaminado. Con el ajetreo de poner aquel espectáculo en marcha, últimamente no había tenido tiempo de salir con chicas. De hecho, hacía tres meses al menos que no se acostaba con ninguna. ¿Quizá fuera por eso por lo que había querido subir al escenario y arrastrar a Mak al camerino más próximo diez minutos atrás?

Pero no. Sabía perfectamente que esa no era la única razón.

—Tengo llamadas que contestar. Si me disculpas, estoy ocupado —dijo. Le pasó la tabla sujetapapeles a Tanner, que sonrió como si captara lo que había detrás de aquella excusa.

—Echa un polvo, amigo. Eso alivia —dijo. Se levantó y le dio una palmada en la espalda—. Según Abby, Mak hace siglos que no sale con nadie, así que podéis volver a ser amigos.

Hudson lo miró de hito en hito, pero Tanner no se inmutó. Se alejó, moviendo la mano en un gesto de despedida, pero su consejo encontró eco en Hudson.

Le encantaría dejar atrás el pasado y recuperar su amistad con Mak. ¿Pero cómo iba a hacerlo cuando acababa de conseguir el papel de primera bailarina de su espectáculo?

Había encontrado a su protagonista, pero en cuanto se lo dijera, ya no podrían tener otro contacto que no fuera profesional.

El talento de Mak lo había dejado pasmado. Se merecía aquel papel.

¿Y en qué posición le dejaba eso?

Capítulo 3

Cuando Makayla llegó a Le Miel para empezar su turno, había conseguido pensar cuarenta y tres modos distintos de hacerle daño a Hudson.

Decapitación, destripamiento, circuncisión... sin anestesia.

El lacónico «nos pondremos en contacto» resonaba de tal modo en su cabeza que había golpeado varias veces el volante con el puño durante el trayecto. Eso no la había ayudado. Con un poco de suerte, quizá sí ayudara desahogarse con Abby.

Porque Makayla estaba segura de que Hudson no la llamaría. Después del modo en que se habían separado cinco años atrás, no tenía ninguna intención de llamarla nunca más. Y suponiendo que lo hiciera, ¿aceptaría ella el trabajo? ¿Podía trabajar con el hombre que la había juzgado y la había encontrado tan despreciable, que había terminado su amistad con ella?

Había oído los rumores del mundillo que decían que conseguir el papel principal en el Embue podía ser un buen camino para llegar a la Casa de la Ópera unos meses después. Y desde allí...

Bueno, bailar en aquel icono de Sídney quedaría mejor que bien en su currículum si alguna vez conseguía llegar a Broadway.

Broadway había sido su sueño desde que se puso su primer tutú y se calzó sus primeros zapatos de claqué.

De adolescente había pasado incontables horas en internet, viendo videoclips de espectáculos y anhelando llegar a formar parte de eso.

Su madre, Julia Tarrant, había fomentado su amor por el baile y había gastado todo el dinero que podía en clases para Makayla. Hasta después de su muerte, no había entendido la joven el gran sacrificio que había hecho Julia. No había dejado ahorros, pero sí un registro detallado de dónde había ido a parar su dinero a lo largo de los años. Y ese presupuesto mostraba claramente el amor de Julia por su hija.

Makayla había adorado a su madre y al descubrir que no podía pagarle un funeral decente, había tomado la drástica decisión de aceptar el trabajo de estriptis solo por una noche.

La noche en que Hudson había perdido los estribos y su amistad con él se había ido al traste.

Makayla soltó un gruñido. Sabía que no podría tragar el buñuelo y el capuchino que solía tomar antes de empezar su turno de trabajo.

Con toda la gente que había en el mundo y tenía que haberle tocado precisamente Hudson.

¿Y qué narices hacía él produciendo un espectáculo de baile en el Embue? En otro tiempo era el chico de los recados en clubs del Cross, donde aceptaba todos los trabajos que se cruzaban en su camino. Hablaba continuamente de salir de allí cuando fuera más mayor y trabajar en otros clubs, ¿pero cómo había llegado a producir un espectáculo?

Entró en la cocina y dio un portazo que sobresaltó a Abby y le hizo soltar el pincel de repostería sobre el banco de trabajo.

—¡Caray! ¿Qué mosca te ha picado? —Abby meneó un dedo—. ¿Es que no sabes que se necesita genio y precisión para crear una tartaleta de limón perfecta?

Makayla entornó los ojos con exasperación.

—Tú puedes hacer tartas deliciosas hasta dormida, así que deja de gruñir.

—¡Huy! ¡Menudo humor! —Makayla se dejó caer con un resoplido en el taburete más cercano y Abby frunció el ceño—. ¡Eh!, ¿qué te pasa?

—Esta mañana he ido a un casting y ha sido un desastre —Makayla se cruzó de brazos y tomó nota de que, ese día, ni siquiera los deliciosos aromas

de canela y azúcar procedentes de los hornos conseguían levantarle el ánimo —. Era importante y he bailado como nunca.

Abby arrugó el ceño con preocupación.

—¿Y te han rechazado allí mismo?

—Hudson ha dicho: «Nos pondremos en contacto» —Makayla dibujó comillas en el aire con los dedos—. Pero sé que eso es una excusa.

—¿Hudson? Conozco a un hombre que...

—Sí. Es amigo de Tanner. Yo no sabía que trabajaba en el Embue cuando me apunté. De haberlo sabido, no habría ido al casting —fue la respuesta de Makayla a la pregunta inacabada de su amiga. De pronto le entró una duda—. Tanner y tú no tuvisteis nada que ver con que me llamaran para la prueba de primera bailarina ¿verdad?

Abby, confusa, negó con la cabeza.

—Yo no tenía ni idea, y dudo mucho de que Tanner lo supiera. Se ocupa de la parte financiera y deja mano libre a sus empleados en todo lo demás.

—Eso me parecía —Makayla hundió los hombros. Debería alegrarse de haber conseguido una audición de ese calibre por sí misma, pero no podía dejar de pensar que, si el productor hubiera sido otro, le habrían dado el papel.

—No conozco bien a Hudson, pero parece simpático.

—Es un capullo —contestó Makayla.

No era verdad y se sintió inmediatamente culpable. Hudson era una buena persona. O, al menos, lo había sido hasta que se había vuelto loco y se había puesto a sermonearla y regañarla sin tener ni la más mínima idea de qué había sido lo que la había empujado a desnudarse.

La ferocidad de su enfado la había dejado estupefacta. No le había dado la oportunidad de explicarse. Después de verla desnudarse, había perdido los estribos y se había puesto a gritar como un loco. A ella le había mortificado bastante desnudarse delante de un montón de idiotas babosos, pero había pasado el mal trago bloqueando su mente y concentrándose en su madre.

Y después, Hudson le había lanzado una tormenta de mierda justo cuando ella más necesitaba su apoyo. Eso no se lo perdonaría nunca, y se lo había dicho.

Abby se limpió las manos y fue a sentarse a su lado.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—Nada —Makayla cerró los ojos, respiró hondo y volvió a abrirlos—. Bueno, eso no es cierto. Hudson y yo fuimos muy buenos amigos en otro tiempo. Hasta que dejamos de serlo. Y hoy me presento allí y resulta que la prueba era con él. Así que es normal que eso sea el fin.

Abby enarcó una ceja.

—No sé lo que pasó entre vosotros, ¿pero tú crees que es tan mezquino?

—¡Quién sabe! No acabamos en buenos términos precisamente. Y antes de que preguntes, ocurrió algo desagradable y no pienso decir nada más.

—Está bien —Abby la miró de soslayo—. ¿Lo que dices es que Hudson no te juzgará por tu modo de bailar, sino por lo que pasó entre vosotros? —movió la cabeza—. Eso no me parece muy profesional.

Makayla iba a contestar, pero en ese momento le sonó el teléfono. Lo sacó del bolsillo y miró la pantallita, pero no reconoció el número.

—Estoy esperando que me llamen de más audiciones, así que tengo que contestar —dijo. Abby asintió y Makayla pulsó el símbolo verde—. Makayla Tarrant al habla.

—Hola, Mak. Soy yo.

«Mierda». Ella conocía aquel «yo». Y era la última persona que esperaba que la llamara.

—Hola —contestó.

—Te llamo para decirte que tu audición me ha impresionado y quiero que vengas para que podamos hablar.

Mak sabía que debía darle las gracias, mostrar entusiasmo, decir algo. Pero en aquel momento, con la boca abierta por la sorpresa, solo se le ocurrió pensar que tenía la oportunidad de conseguir una oferta estupenda para

trabajar con un hombre no tan estupendo.

—¿Mak? —preguntó él.

—Sí, claro, iré. Gracias. ¿Cuándo me quieres allí?

«Maldita sea». Aquello no le sonó bien. Pero seguramente a él sí, puesto que soltó una risita.

—¿Puedes venir al estudio del Embue esta tarde a las siete?

—Muy bien —respondió ella, sorprendida por la oferta, pero hablando como si no lo estuviera—. Nos vemos allí.

Finalizó la llamada antes de que él dijera algo que la desconcertara más todavía y se quedó mirando fijamente el teléfono como si no pudiera creérselo.

—¿Buenas noticias? —preguntó Abby.

Le dio una palmadita en el brazo y Makayla asintió.

—Me ha llamado Hudson.

—Eso es fantástico —Abby la abrazó—. ¿Lo ves? Te he dicho que era un buen hombre.

—Sí... —contestó Makayla, no muy convencida.

En el tono de él había algo que le había llamado la atención. ¿Una especie de condescendencia? Como si le hiciera un favor grandísimo. Probablemente fuera solo su imaginación, pero consideró por un momento la posibilidad de llamarlo y decirle que tenía un compromiso anterior.

Una estupidez, teniendo en cuenta lo mucho que necesitaba aquel trabajo y que podía llevar a algo mucho más importante. Pero no quería compasión de nadie, aunque tampoco se iba a retirar sin antes darle una oportunidad a aquel trabajo.

—Te voy a dar un consejo, aun a riesgo de que me arranques la cabeza —Abby la miró muy seria—. Tu pasión es el baile, no trabajar media jornada en una pastelería para sobrevivir. Fuera lo que fuera lo que pasó entre vosotros, olvídalo y concéntrate en aprovechar esta oportunidad al máximo, ¿de acuerdo?

Makayla soltó un gruñido de aquiescencia.

—¿Quién te ha hecho tan sabia?

Abby sonrió y se tocó la sien.

—Teniendo en cuenta el desastre que ha sido mi vida hasta hace poco, supongo que he aprendido un par de cosas sobre lo conveniente que es dejar el pasado atrás.

—Gracias —Makayla estrechó a su amiga entre sus brazos—. Hace mucho tiempo que quiero un papel así. Bordaré esta segunda oportunidad aunque eso me mate.

¿Que tenía que verse con un hombre que había sido en otro tiempo su mejor amigo de noche en un club de moda? Ningún problema.

Ninguno.

Capítulo 4

Hudson no volvía mucho por el Cross últimamente. No tanto porque rehuiera el pasado como porque había cambiado de rumbo. Pero lo había llamado Bluey McNeil, y cuando lo llamaba el hombre que le había dado su primer empleo, Hudson acudía.

Había tenido la impresión de que Bluey no se encontraba bien. De hecho, había tosido tres veces durante una conversación breve. Una tos seca, que hacía pensar en Bluey fumando un paquete al día y en lo demacrado que lo había visto Hudson la última vez, tres meses atrás.

Un mal presentimiento hizo que Hudson caminara más deprisa cuando llegó a la fuente de El Alamein, pasó delante del bar en el que había visto a su padre inconsciente demasiadas veces y entró en Bluey's, el pequeño club de jazz que llevaba el nombre de su dueño.

Fuera brillaba el sol, pero en el interior del club reinaba una medianoche oscura, donde cortinajes gruesos, apliques de pared y velas falsas creaban una atmósfera de intimidad. Unos cuantos clientes ocupaban mesas alrededor del pequeño escenario, donde actuaba un solo de saxofón. El músico, que no tenía más de veinte años, no era malo. Y probablemente otro de los casos caritativos de Bluey, como había sido Hudson.

—Eh, Canijo, gracias por venir.

Hudson sonrió al sentir la palmada en la espalda. Había sido de crecimiento tardío. Bluey siempre lo había llamado Canijo y el apodo había

perdurado, incluso después de que superara el metro ochenta a los diecisiete años.

Cuando se volvió y vio a su amigo, dejó de sonreír. Bluey tenía muy mal aspecto.

—De nada, viejo réprobo —Hudson lo abrazó y no le sorprendió que sus brazos se encontraran por detrás, cuando en otro tiempo eso habría sido imposible. Bluey había perdido mucho peso y el mal presentimiento de Hudson dio paso al pánico.

Se soltaron y Bluey señaló la barra.

—Vamos a sentarnos. ¿Qué quieres tomar?

—Lo de siempre —repuso Hudson, que sabía que su amigo se metería con él por eso.

Bluey arrugó la nariz.

—Zumo de naranja con un toque de soda es una bebida de niñas.

—Ya me lo has dicho un millón de veces —Hudson apoyó los brazos en el bar y observó a Bluey—. ¿Qué ocurre, viejo? ¿Problemas de faldas?

Bluey lanzó un gruñido y deslizó el vaso hacia él por encima de la barra.

—Eres un bocazas para ser tan mocososo. Sabes que mi corazón era de Julia y que no lo ha ocupado ninguna otra mujer desde entonces.

—¿Quién habla de tu corazón? —Hudson alzó el vaso en un brindis silencioso. Se preguntó si la madre de Mak había sabido alguna vez que Bluey la amaba.

Aquel lugar no era especial solo por su primer jefe. Bluey's era también el lugar donde había conocido a Mak, haciendo deberes en un banco improvisado instalado en un rincón del pasillo principal que llevaba a la cocina, mientras su madre servía mesas. Ella tenía entonces quince años y él veinte, y estaba hastiado y desesperado por salir del Cross. Pero ella tenía algo que resultaba revitalizador y se habían hecho amigos en cuanto empezaron a hablar.

Ya entonces veía que Bluey miraba a Julia con ojos de cachorro enamorado, pero ella no se daba por aludida y se mostraba tan agradable con

él como con los clientes. Todo el mundo quería a Julia, y él, Hudson, bien habría podido sentir lo mismo por su hija, de no haberlo estropeado todo de un modo tan brutal.

—Oye, Canijo, tengo que decirte algo —Bluey apoyó los codos en la barra desde el otro lado y apartó los ojos de un modo que dio entender a Hudson que tenía malas noticias—. Voy directo al gran bar de jazz del cielo. Cáncer de pulmón. Terminal. Me quedan unos meses como máximo.

A Hudson se le revolvió el estómago y se acabó el vodka con naranja en dos tragos.

—Quería que te enteraras por mí —continuó Bluey—, no cuando te llame uno de estos vejstorios para invitarte a mi funeral.

Hudson quería decir algo, cualquier cosa, para mejorar aquella situación, pero guardó silencio, con la rabia y los remordimientos dándole vueltas en el estómago junto con el vodka.

—Y no se te ocurra ponerte sentimental conmigo —Bluey dio un puñetazo en la barra—. He vivido sesenta y un años y he tenido la suerte de dirigir este sitio la mayor parte de ellos. Así que no me compadezcas. He tenido una buena vida y he disfrutado fumando cada uno de esos condenados cigarrillos cancerígenos que me han traído esta puñetera enfermedad —se dio un golpe en el pecho—. Así que ya lo sabes. ¿Y cómo te va a ti?

Hudson sentía ya el dolor de la pérdida inminente. El mismo que había sentido la noche en que había entrado en Le Chat y visto a Mak desnudándose en el escenario. En el momento en el que la había visto vestida solo con un tanga había sabido que su amistad había terminado.

Y cuando se había quitado el tanga, ya no había habido marcha atrás. Y sufría la pérdida de su amistad casi tanto como había sufrido la pérdida de la madre a la que no había conocido.

En aquel momento esperó a que disminuyera el dolor. Tardó tiempo en formular una respuesta. Si hubiera hecho lo mismo la noche del estriptis de Mak, quizá habrían tenido alguna posibilidad.

—Gracias por decírmelo, pero es una mierda —dijo, cuando consiguió tragar por fin el bulto que tenía en la garganta.

—Sí, Canijo, lo es, ¿pero qué quieres que haga yo? —Bluey se encogió de hombros y parpadeó con rapidez—. Dime algo que me haga pensar en otra cosa.

—Mak ha venido hoy a un casting mío —dijo Hudson. Se arrepintió en el acto, porque igual que él se había dado cuenta de los sentimientos de Bluey por Julia, Bluey también había notado los suyos por Mak y se había metido mucho con él por eso.

—¿Cómo está?

—Bien —Hudson pasó por alto el brillo de suficiencia en la mirada astuta de Bluey—. Tiene talento. La voy a contratar como primera bailarina en la revista que voy a producir en el Embue.

—¡Vaya, vaya, vaya! —Bluey se encogió de brazos con una sonrisa engreída—. ¡Qué interesante!

—Trabajaremos juntos, es puramente profesional —repuso Hudson. Sabía que sonaba pomposo, pero esperaba poder mantener aquello a un nivel laboral y nada más.

Tenía que dejar muy claros los límites desde el principio. Sería el jefe de Mak y ella tendría que cumplir sus órdenes. No podía permitirse confusiones cuando no tenía ni la menor idea de cómo le afectaría verla bailar todos los días. Que hubiera sabido comportarse durante la audición no significaba que pudiera controlar siempre los recuerdos.

Después de haberla visto bailar solo unos minutos, pensaba ya demasiado en ella y no dejaba de imaginar cómo sería su relación futura, tanto personal como profesionalmente.

Bluey rio con disimulo.

—No tengo ni idea de por qué dejasteis de ser amigos y hace años que no veo a esa chica, pero salúdala de mi parte. Y si tienes algo de cerebro en esa cabezota tuya, esta vez trátala bien.

—¿Por qué dices «esta vez»?

Bluey lo miró exasperado.

—Porque siempre es culpa del hombre, imbécil. Y si todavía no has

entendido eso, eres más tonto de lo que pensaba.

Hudson se las arregló para sonreír.

—Te voy a echar de menos.

—Lo mismo digo, chico —a Bluey le brillaron los ojos. Se volvió para toser y el sonido duro de su tos le puso los pelos de punta a Hudson.

La vida no era justa. Eso lo había aprendido muy pronto, cuando su madre se había largado dejándolo con un borracho mezuquino. Pero perder a Bluey sería muy duro y lo sabía.

Cuando Bluey dejó de toser, giró de nuevo hacia él.

—Y ahora, lárgate de aquí para que pueda trabajar un poco.

—¿Te refieres a sujetar la barra? —Hudson se acercó a abrazarlo—. Llámame, ¿vale? Si necesitas algo, llámame a cualquier hora del día o de la noche.

—Gracias, chico —Bluey lo empujó con poca fuerza—. Siempre has sido un alma de Dios.

No siempre. Con Mak se había mostrado duro, y así le había ido.

—Vendré la semana próxima —dijo. Y Bluey hizo un gesto de saludo con la mano, con los labios fruncidos y una mirada de preocupación.

Había dicho que le quedaban unos meses de vida, pero con una condena de muerte colgando sobre él, Hudson entendía que su viejo amigo viviera cada día como si fuera el último.

Pensó de nuevo en la injusticia de todo aquello y se dirigió a la puerta, desesperado por tomar el aire antes de que empezara a sollozar. Salió al exterior y tardó un momento en adaptar la vista a la claridad. Se acercó a una fuente cercana y se dejó caer en un banco que había al lado.

Por delante de él pasaban turistas haciendo fotos o soltando risitas nerviosas por estar en el barrio de peor fama de Australia.

Para Hudson, Kings Cross siempre sería su hogar de un modo que nadie podría entender, a menos que hubiera vivido allí, recorrido sus calles y utilizado todas sus mañas para sobrevivir.

Mak lo entendía. Y hablar con Bluey le había aclarado a Hudson su situación con ella de un modo que jamás habría imaginado.

La vida era demasiado corta para aferrarse al pasado. Resultaba irónico que se hubiera esforzado tanto por tener éxito y dejar atrás el pasado y, sin embargo, estuviera allí, en el lugar donde había empezado todo, sintiéndose tan perdido y solo como entonces.

Había recorrido un largo camino. Mak probablemente también. No tenía derecho a juzgarla. Ya no.

Cuando la viera esa noche, sería sin prejuicios. Se mostraría agradable. Intentaría olvidar el pasado y concentrarse en el futuro.

Los dos se merecían eso.

Capítulo 5

Mak entró en el Embue como si fuera la dueña del lugar, segura de que había conseguido la imagen que quería dar.

Ojos ahumados, labios rojos de sirena. Peinado elegante, tacones altos y un vestido de tubo sin tirantes de color esmeralda que le había conseguido más segundas citas de las que podía contar. Vestir así hacía que se sintiera bien, y con lo nerviosa que estaba, necesitaba toda la ayuda que pudiera conseguir. Su madre le había enseñado muchas cosas, y una de ellas era a vestir para impresionar. Siempre salía maquillada y con los labios pintados, aunque solo fuera a clase de yoga un sábado por la mañana o a comprar comida de camino a casa. Sin eso se sentía desnuda. Y aunque tuviera poco presupuesto, se las arreglaba para encontrar ropa interesante en tiendas de segunda mano.

Cuando se vio en uno de los muchos espejos que decoraban el club, enderezó los hombros y se irguió todo lo que pudo. Podía hacerlo. Podía hablar con Hudson y convencerlo de que la contratara. Bailar todo lo que hiciera falta mientras durara aquel espectáculo. Definitivamente, podía hacerlo. Hasta que lo vio avanzar hacia ella y el estómago le dio un vuelco y su confianza en sí misma cayó en picado.

Aquel era Hudson.

El chico del que había estado enamorada en secreto durante años.

El chico al que había idolatrado.

El que había sido el mejor amigo que pudiera desear una chica.

El que la había visto desnuda en su momento más vulnerable y le había dado la espalda.

Mierda.

—Hola, Mak, me alegra que hayas venido —él le tendió la mano como si fuera lo más natural del mundo que se saludaran así, cuando en otro tiempo lo hacían con un beso en la mejilla—. Vamos a hablar al estudio.

Mak asintió sin decir palabra y, cuando él le soltó la mano, se la secó disimuladamente en el vestido, pero no consiguió parar el cosquilleo que le subía por el brazo.

Hacía años que no lo veía. ¿Por qué, entonces, su cuerpo tenía la misma reacción irracional de antes, como si reconociera a un nivel visceral lo que su cerebro se negaba a admitir?

Debería odiarlo por el modo en que la había tratado, el modo en que había despachado su amistad sin vacilar. Pero no podía permitirse sentir amargura contra él en aquel momento. Aquel trabajo era lo primero.

—¿Qué tal el día? —preguntó él.

La miró de soslayo, como si quisiera calibrar su estado de ánimo. Mak no sabía cómo comportarse con él ahora que su falsa confianza había desaparecido.

—Como todos —dijo. Se encogió de hombros—. Trabajo media jornada en la pastelería Le Miel. ¿Has oído hablar de ella?

Por supuesto que habría oído hablar de ella, teniendo en cuenta que Tanner, su jefe, había trabajado allí temporalmente sustituyendo a su hermano, Remy, cuando este estaba en el hospital después de una caída. Y Abby lo conocía, lo que implicaba que él sabría que ella también trabajaba allí. Pero Mak quería ver si sería sincero, cómo empezaría su nueva relación de trabajo.

Él la miró como si supiera que intentaba ponerle la zancadilla.

—Tanner es mi mejor amigo, así que sí, la conozco. Y también conozco a Abby, es encantadora.

Aliviada por su sinceridad, Mak asintió con la cabeza.

—Los dos son buena gente.

Él la miró con curiosidad.

—¿Estás bien?

No lo estaba. No podía fingir que no tenían un pasado, que la discusión que había arruinado su amistad no se había producido, que no le dolía todavía que tuviera tan mala opinión de ella y que no la hubiera conocido tan bien como ella creía.

—¿La verdad? Me cuesta mucho aceptarte como jefe en potencia teniendo en cuenta el pasado.

Hudson no reaccionó. Ella no vio ningún cambio en su rostro aparte de un movimiento leve en la mandíbula. ¿Cómo lo hacía? ¿Cómo podía controlar sus emociones de ese modo cuando a ella le costaba tanto no decirle todo lo que quería decirle?

—Hablemos aquí dentro —dijo él. Abrió las puertas dobles del estudio, esperó a que pasara ella y volvió a cerrarlas.

Makayla debería haberse relajado en el estudio, con su disposición familiar de escenario, espejo, barras de acero y focos. El espacio era nuevo o se usaba poco porque no tenía el olor familiar a sudor y maquillaje de teatro. Tal vez eso explicara que siguiera nerviosa.

Pero sabía que no era eso. Sus nervios tenían mucho que ver con el hombre que la miraba con inquietud, como si supiera que estaba a punto de soltar verdades como puños.

Hudson levantó una mano con ademán imperioso.

—Sé que tenemos que hablar de lo que ocurrió entonces, pero antes de eso, quiero que sepas que el papel de primera bailarina es tuyo. Tu audición me dejó estupefacto y no digo esto porque me sienta culpable por el modo en que terminaron las cosas entre nosotros, lo digo porque tienes muchísimo talento y necesito que este espectáculo sea un éxito y por eso quiero que participes en él.

Después de esas palabras, respiró hondo y Makayla se dio cuenta de que él también estaba nervioso. Hudson no era hombre de discursos. Era parco en

palabras y el hecho de que hubiera hablado tanto indicaba que estaba nervioso.

—Gracias, estoy encantada de conseguir el trabajo —a ella le pareció que hablaba de un modo muy formal y forzado. Carraspeó y no pudo evitar pensar si seguiría teniendo el trabajo cuando hubiera dicho lo que necesitaba decir—. Pero la última vez que nos vimos, básicamente me llamaste prostituta y es difícil olvidar eso.

Él se encogió como si lo hubiera golpeado.

—Yo no...

—No usaste esa palabra, pero estaba muy claro por todo lo que dijiste que pensabas de mí —repuso Makayla.

Tenía aquella noche grabada en la memoria. La noche en la que había estado tan desesperada por darle a su madre el funeral que merecía que había olvidado sus principios y hecho lo que fuera para conseguir el dinero que necesitaba.

Hudson no le había permitido explicárselo. La había visto desnudándose en el escenario y se había puesto como loco. Ella esperaba algo más de su mejor amigo. Esperaba mucho más de lo que había obtenido.

Aunque el tiempo debería haber apagado su resentimiento, no era así, y volver a verlo le había hecho revivir la escena mortificante de entonces.

Recordaba con todo detalle cada momento de aquella noche humillante. Cómo había fingido que no la afectaba que el dueño del club la mirara con lujuria y le exigiera que se quedara con bragas y sujetador para ver la mercancía antes de darle el bolo. Recordaba que había vomitado antes de salir al escenario y el hedor a cerveza y *aftershave* del local cuando se quitaba la ropa.

Y en medio de su degradación había visto a Hudson, que la miraba como si fuera la peor persona del mundo.

A Makayla le importaba su opinión. Le importaba él y la había destrozado ver que era testigo de su espectáculo vergonzoso y degradante. Había querido explicárselo desesperadamente y él no la había dejado. Su horrible sermón

siguió resonando en la cabeza de ella mucho después de que Hudson se largara hecho una furia.

Y ahora no le quedaba más remedio que desenterrar todo aquello para que pudieran funcionar como profesionales.

—Lo siento —Hudson se apoyó en la pared más cercana. Parecía más un modelo frío e insensible que un hombre arrepentido—. Aquella noche me habían ofrecido trabajar en el Embue y fui a buscarte para darte la buena noticia. Bluey me dijo que te había visto entrar en Le Chat y fui allí —movió la cabeza y frunció los labios con remordimiento. Aquello era un avance con respecto al desprecio que había visto ella años atrás—. Perdí los papeles. Dije cosas que no debería haber...

—¡Eras mi mejor amigo! Tendrías que haber confiado en mí —Makayla tragó saliva para reprimir la emoción que volvía chillona su voz—. No te debía ninguna explicación entonces y, desde luego, no te las debo ahora, pero aquella era la peor noche de mi vida y para mí fue espantoso que vieras mi vergüenza y luego me regañaras por ella. Y después me volviste la espalda.

¡Maldición! Si aquello no terminaba pronto, acabaría llorando, y esa no era la impresión profesional que quería causar.

—Quizá fue mejor que siguiéramos caminos separados y dejáramos atrás el Cross, pero no pasa ni un día en el que no eche de menos la amistad que teníamos —ya lo había dicho, aunque terminó con un medio hipido embarazoso que le hizo desear que se abriera la tierra y se la tragara.

Hudson no dijo nada. La miró fijamente con tristeza, recorrió los pocos pasos que los separaban y le dio un abrazo que la dejó sin aliento.

Makayla se resistió un momento. No quería el contacto físico, lo único que quería de él era aquel trabajo. Pero se trataba de Hudson, la persona en la que se había apoyado casi tanto como en su madre, y si su cerebro se resistía, su cuerpo tenía otras ideas. Los brazos de él eran fuertes y la estrechaban como una venda de acero, su calor mantenía a raya el frío que se había instalado en sus huesos al empezar aquella conversación.

Sin aliento, se relajó por fin contra él y, como si sintiera su rendición, él la abrazó todavía más fuerte. Aquello debería haber terminado así, en un abrazo

de arrepentimiento entre dos viejos amigos que se habían distanciado en el pasado pero ahora tenían que trabajar juntos.

En vez de eso, Makayla sintió el cambio en el abrazo, el momento exacto en que se convirtió en otra cosa. El *aftershave* boscoso de él, un producto caro, probablemente de diseñador, le producía cosquillas en la nariz. Su calor se convirtió en fuego donde se apretaba contra ella. Su mano, extendida en la parte baja de la espalda, rozaba la parte superior del trasero de ella, que sentía también algo semiduro en la cadera.

Hudson se apartó pero no la soltó, y ella alzó la cabeza.

—No estoy orgulloso del modo en que te traté aquella noche y he lamentado mucho que perdiéramos nuestra amistad por eso. Pero tú me importas, me has importado siempre, y si me dejas, me gustaría que volviéramos a ser amigos.

Parecía sincero y le brillaban los ojos con una inefable emoción, pero ella no podía olvidar el daño que le había hecho. Si el Hudson más joven había tenido el poder de hacer eso, la versión más mayor y más sexy sería mucho más peligrosa si le permitía que volvieran a intimar.

—Podemos probar —dijo, envuelta todavía en la tensión muda que titilaba entre ellos—. Soy una profesional y tengo intención de aprovechar al máximo la oportunidad que me has dado.

—No me refería al trabajo y lo sabes —repuso él. Su voz baja sonaba como una caricia y hacía que ella se diera cuenta de que todavía seguían abrazados.

Debería apartarse. Tendría que establecer un límite claro desde el principio, pero cuando la mirada ardiente de Hudson se posó en su boca y sus pezones se endurecieron en respuesta, supo que necesitaría algo más que poner espacio entre ellos para ratificar que solo compartían una relación de trabajo.

Siempre había sido así cuando estaba con él, muy consciente de la presencia de él, como si sus cuerpos estuvieran sincronizados de un modo invisible. Hudson no lo había sabido entonces, a ella se le había dado muy bien ocultarlo. Y esa sensación debería haberse disipado con los años, haber desaparecido por completo, pero cuanto más la miraba él con evidente deseo,

más le costaba a ella recordar por qué tenía que mantener las distancias.

—Podemos probar lo de la amistad —dijo Makayla cuando por fin pudo mover las piernas y retroceder unos pasos para soltarse del abrazo—. Pero te lo advierto. Ya no soy la chica ingenua de antes.

—Y yo no soy el mismo idiota de mente estrecha que era antes —la sonrisa torcida de él la catapultó de regreso en el tiempo, a las muchas veces en las que esa misma sonrisa había hecho latir más deprisa su corazón joven y fácil de impresionar—. Ahora que hemos establecido que los dos somos adultos, ¿podemos hablar de trabajo?

—Por supuesto —dijo ella.

Asintió con tanta fuerza, que el pelo le cayó sobre los ojos y ella lo echó hacia atrás en un gesto sencillo que llevó a resultados complicados cuando la mirada de Hudson se posó en su pelo como si quisiera enterrar su rostro en él.

¡Demonios! Podía ser su amiga, pero sería desastroso tener algo más con Hudson. Tal vez sin saberlo, le había dado un gran empujón profesional al contratarla para aquel papel protagonista. No podía estropearlo y no lo haría, por mucho que la curiosidad la empujara a querer ver exactamente cómo era de apasionado bajo aquella fachada fría.

—Háblame del espectáculo —dijo con voz falsamente animosa, aunque no podía ignorar el calor interior que le producía que la mirara como si le hubieran dado las llaves de su heladería favorita.

La miraba y Makayla vio que afrontaba la misma batalla interior que ella. Lujuria frente a lógica. La curiosidad luchando con el sentido común.

Acababa de conseguir un trabajo de ensueño, pero tenía la sensación de que también se había hundido hasta el cuello en una montaña de problemas.

—Primero háblame de ti —contestó él. Señaló un taburete y le indicó que se sentara.

El abrazo de Hudson había resucitado muchos sentimientos que había reprimido hacía tiempo. Tendría que odiarlo por lo que les había hecho a ella y a su amistad, pero había aceptado su disculpa, aunque no le había explicado por qué se había comportado tan mal con ella, y había aceptado intentar que

fueran amigos.

—No hay mucho que contar. Fui un tiempo a la universidad a estudiar danza aplicada, con la esperanza de poder enseñar además de bailar. Pero no me gustó la rigidez de las clases y duré menos de seis meses.

Hudson enarcó las cejas, como si no pudiera creerse que hubiera pensado ser profesora.

—No te imagino de instructora —dijo.

Makayla se molestó al instante.

—¿Por qué no?

—Porque siempre has tenido talento, ¿y no has oído el viejo dicho de que unos nacen para practicar y otros para enseñar?

—Pues creo que yo respondo al tópico —prosiguió ella, satisfecha por el cumplido—, porque una vez que me centré en el baile, ya no miré atrás.

—La agencia nos envió el currículum de todos los solicitantes —Hudson vaciló un instante—. ¿Tienes mucha experiencia pero nunca has sido primera bailarina?

Makayla lo odió por ir directo a su punto débil.

—¿A qué vienen tantas preguntas? —preguntó, cortante.

Hudson era el jefe y ella la empleada, fin de la historia. No necesitaba que la tratara como un amigo. Eso nublaba las líneas y ella prefería límites bien delineados.

—Porque quiero saber qué es lo que te mueve ahora —él extendió el brazo y la tocó encima del corazón—. Ahí dentro.

Era solo un breve roce de los dedos de él en su piel, un contacto rápido, que no debería haber importado. Pero importaba, porque el cuerpo de Makayla se llenó de calor, y la mayor parte de ese calor se concentró en sus mejillas.

—He dicho que probaría lo de la amistad, pero no te pases —dijo. Le apartó el dedo.

Él rio con la misma risa profunda y exuberante de siempre y ella sintió un cosquilleo por todo el cuerpo.

—Los amigos se preguntan por sus intereses respectivos, conversan, se gastan bromas... —dijo él.

—Nada de bromas —repuso ella.

Una de las cosas que más le había gustado de él era su facilidad para hacerla reír.

—A ti te encantaba que te gastara bromas —Hudson se echó hacia delante como si quisiera probarlo, invadiendo el espacio personal de ella, con la boca a pocos centímetros de su oído—. Que no nos hayamos visto en años no significa que haya olvidado algo.

¡Maldición!

¿Sabía él lo que sentía ella entonces? ¿Por eso la torturaba así?

Aquello era algo más que dos amigos recuperando el contacto y lo sabía. Había una tensión sexual entre ellos hirviendo bajo la superficie, una tensión que ignoraban deliberadamente, pero que estaba allí.

Eso no era bueno.

—En ese caso, recordarás cómo odiaba que me incordiaras cuando hacía los deberes, y eso no ha cambiado —ella lo apartó con el codo y él se agarró el costado con indignación fingida—. Soy tu empleada. Necesito concentrarme, no que me distraigas —dijo. No quería expresar hasta qué punto la despistaba la omnipresente atracción entre ellos.

—¿Yo te distraigo? —él hablaba como si lo hubiera pillado desnudo.

—Me haces sufrir —repuso ella cortante. Y él volvió a reír.

—Dime que no estás más cómoda ahora que cuando has llegado.

O sea que era eso lo que había hecho. Intentar que estuviera cómoda. Eso tendría que haberla aliviado, pero más bien la mortificaba. ¿Había imaginado la atracción entre ellos?

Que estuviera medio empalmado durante el abrazo quizá no significara nada, podía ser una reacción física que tenían los hombres cuando estaban

cerca de una mujer. Y su broma podía haber sido exactamente lo que él decía: un modo de que estuviera cómoda.

Para su disgusto, él le apretó la mano como haría un amigo.

—Oye, Mak, tenemos que trabajar juntos. Creo que es fantástico que hayamos confrontado el pasado y alcanzado el punto en el que podemos hablar así. Eso hará que las próximas semanas sean mucho más fáciles.

Tenía razón, por supuesto. Aunque no pudieran reanudar su antigua amistad, tenían que ser educados, pero Hudson no le había soltado la mano y cuando ella miró los fuertes y bronceados dedos masculinos rodeando los suyos, no pudo evitar pensar que, para ser un hombre que profesaba amistad, había estado al borde de sobrepasar ese límite.

Como si quisiera darle la razón, Hudson pasó el pulgar por el dorso de la mano de ella con un movimiento lento y lánguido que hizo que a Makayla le cosquilleara la piel y tuviera que reprimir un gemido.

¡Demonios!

Podía ser amiga de Hudson.

Cualquier otra cosa acabaría en desastre.

Capítulo 6

Hudson había recibido con alivio la entrada de todo el grupo de baile en el estudio cinco minutos después de que terminara de hacerle a Mak un breve resumen de lo que tenía que hacer en el espectáculo.

Habían sido los cinco minutos más puñeteramente largos de su vida.

Siempre había sentido atracción por ella, pero ahora... ¡Joder!, se volvía a empalmar solo con pensar en el momento en que la había tenido en sus brazos, con su cuerpo flexible apretado contra él y su fragancia exótica aturdiéndole los sentidos.

Había usado aquel perfume desde que él podía recordar. Una de las bailarinas del club donde trabajaba su madre se lo había traído desde Hong Kong y Hudson quería saber cómo se las arreglaba para seguir encontrándolo.

¿Había viajado? ¿Trabajado en ultramar? ¿Tenía un novio que se lo conseguía? Eran muchas preguntas sin respuesta y le fastidiaba saber tan poco de ella cuando en otro tiempo lo había sabido todo.

O eso había creído.

Se alegraba de que hubieran aclarado las cosas. Hasta donde había sido posible, claro. Él no le había dicho por qué había perdido los papeles la noche en que la había visto desnudándose y ella no le había dicho por qué aquella había sido la noche más humillante de su vida.

Hudson había querido preguntárselo. ¡Qué narices!, quería saber qué la había impulsado a eso cuando era una chica ingenua y protegida a pesar de

haberse criado en la capital del pecado de Australia, pero no serviría de nada fisgar cuando tenían que trabajar juntos. Había intentado que se sintiera cómoda, hacer preguntas inocuas, pero ella había estado a la defensiva e incómoda. Teniendo en cuenta cómo había terminado su amistad, no la culpaba, pero quería recuperar algo de su antigua camaradería para que pudieran trabajar juntos sin tener que lidiar con viejas heridas.

Le había citado antes que a los demás bailarines para limar asperezas. Lo había conseguido hasta cierto punto, pero lograr que Mak no lo mirara con aversión solo servía para recordarle cuánto la deseaba y, desgraciadamente, su polla no tenía ningún problema en demostrárselo.

La había tocado varias veces. Más para demostrarse a sí mismo que su reacción al tenerla en sus brazos había sido una aberración, el modo que tenía su cuerpo de decirle que echara un polvo cuanto antes.

No lo había conseguido, porque cada vez que la había tocado, había sentido el tirón de aquella atracción que lo agarraba por las pelotas y no lo soltaba.

Un problema importante, teniendo en cuenta que Mak era la primera bailarina y él el jefe, por no mencionar la gran carga del pasado que llevaban los dos a cuestas.

—Nos vemos el lunes en el ensayo, jefe —el primer bailarín, un tipo bajito llamado Shane, le dio una palmada en la espalda con un exceso de familiaridad que hizo que a Hudson le rechinaran los dientes, pero forzó una sonrisa y asintió.

—Disfruta del fin de semana.

Los ocho miembros restantes del grupo salieron también. Todos menos Mak, que había desaparecido. ¿Se habría ido sin despedirse?

Aquel pensamiento lo entristeció, pero cuando se servía su primer bourbon en el bar improvisado que había en el rincón, ella volvió a entrar en el estudio y abrió mucho los ojos al verlo vacío.

—¿Dónde están todos?

—Se han ido a casa para empezar pronto el fin de semana.

Ella miró su reloj.

—Son las ocho y media de la tarde.

—Pronto para el estándar de los clubs.

—Ya lo sé —Mak se acercó a él. Hacía mucho rato que se había quitado los tacones de aguja—. No olvides que soy la reina del baile de Sídney.

A Hudson le gustaba su aire juguetón y la recordaba a menudo lanzándole retos.

—Hay una diferencia entre bailar para vivir y quemar la pista por diversión —dijo.

—Soy la mejor en las dos facetas —Mak levantó la barbilla y lo miró desde arriba—. Estar soltera en Sídney implica divertirse todo lo que puedas.

—Seguimos hablando de baile, ¿no? —preguntó él con una sonrisa.

Mak soltó una risita que lo catapultó hacia atrás en el tiempo.

—Eres muy macho.

—Me alegra que lo hayas notado —dijo él. Flexionó los bíceps y rio con sequedad—. Porque soy soltero en Sídney y te puedo asegurar que, siempre que me acerco a una pista de baile, me convierto en un pato mareado.

Ella murmuró algo entre dientes con aire de no creérselo y le lanzó una sonrisa resplandeciente que él no había visto en siglos.

—Si no recuerdo mal, cuando trabajabas en los clubs de Kings Cross, conseguías bailar de vez en cuando y, créeme, tus movimientos no eran para nada los de un pato mareado.

—¿Tú me mirabas? Eso me conmueve —Hudson se agarró el pecho, encantado con que volvieran a intercambiar bromas como en el pasado. Eso era lo que había pretendido antes, pero ella, demasiado a la defensiva, no le había respondido.

Una vez que se había soltado, él confiaba en que continuaran por el mismo camino. En otro tiempo había sido algo natural entre ellos bromear de ese modo y reírse juntos. Ese punto divertido de su amistad era lo que más había echado de menos.

—Todas las chicas estaban quedadas contigo entonces.

—¿Tú también? —preguntó él, intentando sonar indiferente, cuando la verdad era que deseaba mucho que contestara de un modo afirmativo.

—Yo tenía más sentido común —repuso ella, encogiéndose de hombros, pero no antes de que él sorprendiera una chispa traviesa en sus ojos.

—Sí, la antigua Mak había vuelto y él se alegraba mucho.

—¿Quieres una copa?

Mak vaciló. Miró un momento la puerta y a continuación lo sorprendió aceptando.

—Vodka con limón, por favor.

—Marchando —dijo él.

No necesitaba medir las cantidades. Había ayudado detrás de la barra desde que había aprendido a andar y aquella actividad familiar lo relajaba. O quizá eso tuviera más que ver con que Mak siguiera con la vista todos sus movimientos.

Su escrutinio debería haberle resultado incómodo, pero no era así. Como siempre en el pasado, su presencia tenía un efecto tranquilizador.

En otro tiempo, ella le había dado estabilidad en un mundo que estaba patas arriba y contra el que luchaba él con todo su ser. Había hecho lo necesario para sobrevivir, ahorrando todo lo que podía de los trabajos que hacía aquí y allá, para forjar un plan que le permitiera escapar de la vida que amenazaba con hundirlo.

En aquellos tiempos gastaba demasiado dinero en cuidar del hombre que se esforzaba al máximo por convertir su vida en un infierno, pero lo hacía, entre otras cosas, porque era mejor pagarle la residencia a aquel bastardo que tenerlo cerca. De ese modo lo veía solo cuando quería, lo cual le gustaba.

—¿Qué ocurre? —Mak se sentó en un taburete próximo a la barra y apoyó la barbilla en las manos sin dejar de mirarlo—. Te noto triste. ¿Tan malas son mis bromas a tu costa?

Impresionado porque todavía pudiera leer tan bien en él, Hudson negó con

la cabeza.

—Pensaba en mi padre.

A ella se le nublaron los ojos. Como mucha gente que había vivido en el Cross en aquella época, sabía que Wiley Watt era un borracho recalcitrante y un capullo mezquino.

—¿Cómo está? —preguntó.

—Padece demencia senil desde hace unos años. Casi no se entera de nada. Está en una residencia privada —contestó él.

Cambió de tema antes de que Mak pudiera decir nada más, pues no quería mancillar su recién resucitada amistad hablando del único tema que prefería evitar a toda costa.

—Hoy he visto a Bluey —dijo.

A Mak se le iluminaron los ojos y, por un momento, Hudson sintió unos celos ridículos porque quería que lo mirara así a él.

—Hace años que no lo veo. ¿Cómo está?

¡Maldición! Para cambiar de tema, Hudson había dicho lo primero que se le había pasado por la cabeza, lo cual no había sido buena idea teniendo en cuenta que ella perdería el brillo en los ojos cuando oyera la verdad.

—Tiene cáncer de pulmón terminal. Le quedan unos meses —Hudson le puso el vaso delante y, cuando la vio hundir los hombros, se sintió como si acabara de decirle que Papá Noel no existía—. Pero lo he encontrado animoso, tan descarado como siempre. Quería decírmelo personalmente y que no me enterara cuando me llamaran para su funeral.

—Así es Bluey —comentó ella. Parpadeó rápidamente y él reprimió el impulso de abrazarla—. Era muy simpático el modo en que idolatraba a mamá.

—¿Ella lo sabía?

—Por supuesto —Mak sonrió un poco—. Pero mamá era demasiado lista para mezclar el trabajo con el placer.

Cuando dijo eso, miró a Hudson. Sus palabras suponían una clara advertencia, que él haría bien en escuchar.

—Una mujer lista tu madre —comentó. Tomó un trago de bourbon—. Seguro que la echas de menos.

—Todos los días —Mak bebió dos tercios de su vodka de un trago—. Eso fue lo que más me molestó de tu desaparición. Acababa de perder a mamá y no tener allí al amigo con el que compartir ideas y sentimientos, el amigo que se movía en los mismos círculos y me conocía mejor que yo misma...

Se interrumpió y, por un terrorífico momento, Hudson creyó que iba a llorar.

Mak tomó otro trago de vodka, sin darle tiempo a decir nada consolador.

—No me hagas caso. El alcohol me suelta la lengua y me pone sensiblera.

—Yo también he echado de menos nuestra amistad —repuso Hudson, pero cuando ella lo miró esperanzada como hacía antes, deseó no haberlo dicho.

Teniendo en cuenta cómo la deseaba, le habría sido muy fácil iniciar una relación con ella cuando tenía dieciocho años, pero sabía que no era el chico que se merecía ni tampoco el chico que ella quería. En el fondo, no. Mak ansiaba estabilidad y, después de todo lo que había pasado, él no podía dársela. A ese respecto había sido casi un alivio alejarse de ella la noche del estriptis.

Sin embargo, había vuelto y volvía a tirar de los hilos de su corazón. Conseguía que él quisiera matar a un montón de dragones para protegerla de las cosas malas de la vida.

Era un hombre distinto al de antes. Ya no se consideraba indigno, pero todavía no podía ser el hombre apropiado para ella. Tenía demasiados demonios, la mayoría relacionados con la noche que la había visto desnudarse, una noche que quizá nunca pudiera dejar atrás, por muy íntimos que llegaran a ser.

—Por nosotros —dijo ella, alzando su vaso casi vacío—. Por la amistad.

Hudson sí podía aceptar amistad. Cualquier otra cosa sería una locura.

—Por la amistad —repitió.

Chocó su vaso con el de ella, pero cuando bebió un trago de bourbon, este le quemó la garganta en castigo por la mentira que acababa de pronunciar.

No deseaba solo una amistad con Mak. La deseaba a ella. La había deseado siempre.

Capítulo 7

Makayla había dejado de creer en la magia a los diez años, cuando vio un espectáculo entre bastidores y descubrió que lo que hacía el mago era engañar a la gente para hacerles creer lo que quería que creyeran.

Pero alguien debía de haberla rociado con polvo mágico ese día, porque nunca había bailado tan bien. El ensayo había empezado a las cinco de la tarde del lunes y se había prolongado durante dos horas. Sus pies volaban, sus piernas golpeaban el aire y sus brazos giraban bordando cada paso. Los bailarines que la rodeaban eran buenos, pues parecía que Hudson solo contrataba a los mejores, pero aquel día, ella era mejor.

No lo entendía. Normalmente, cuando conseguía un papel nuevo, tardaba un par de días en pillar el ritmo y probar los pasos hasta que acertaba. Ese día había acertado desde el momento en el que había entrado en el estudio del Embue y el coreógrafo le había explicado los movimientos principales.

Cuando terminó el ensayo, se dejó caer en el banco más próximo, sudando y con el leotardo húmedo pegado a la piel, y tomó su cantimplora. Tal vez fuera algo que había en el agua. O era simplemente que bailaba para el hombre que se dirigía hacia ella con sus ojos azul índigo brillantes de admiración.

—¡Caray! Ha sido impresionante —Hudson se sentó a su lado, casi rozando el muslo de ella con el suyo, y Makayla tuvo que hacer un esfuerzo para relajarse—. Eres buena.

Dime algo que no sepa —ella levantó la cantimplora en un brindis burlón y

bebió la mitad de su contenido.

Hudson soltó una risita.

—¿Qué te parece el espectáculo? —preguntó.

A Makayla le pagaban para bailar, no para dar su opinión, pero se alegraba de que le preguntara.

—Es genial. Tiene mucha energía, buen ritmo y canciones pegadizas.

—Llevo un tiempo trabajando a tiempo parcial en un teatro de la zona, entre bastidores. Es una afición mía —Hudson frunció los labios con preocupación, lo que contrastaba con la seguridad en sí mismo de la que normalmente hacía gala desde que tenía veinte años—. Tanner nunca ha hecho algo así en el Embue. Ha corrido un riesgo con mi idea y necesito que salga bien.

—Saldrá —contestó ella. Le dio instintivamente una palmadita en el muslo, pero enseguida se dio cuenta de que había sido un error.

Una cosa era que la atrajera su jefe y otra muy distinta, y muy estúpida, tocarlo.

Él flexionó el músculo y ella apartó la mano antes de que se impusiera la locura y la subiera todavía más arriba.

—Con el talento que tienes, ¿por qué no has hecho papeles más duraderos en el tiempo? —preguntó él.

Makayla le agradeció que siguiera con el tema profesional. El gesto de su mano había sido muy embarazoso.

—No por falta de intentarlo —contestó. Tomó una toalla y se secó el rostro—. Me dejo la piel yendo a castings. Me llaman muchas veces, pero no me dan los papeles importantes.

—Pues eres fenomenal —dijo él. Hablaba entre admirado y confuso, y ella le sonrió.

—Gracias —le dio un golpe con el hombro, aunque le habría gustado abrazarlo por sus elogios—. Espero que ser la primera bailarina en este espectáculo lleve a cosas más importantes.

—¿Como cuáles?

Makayla no le había contado su sueño a mucha gente por miedo a que se rieran de ella. Pero Hudson tenía contactos. Había investigado un poco en internet después de conseguir aquel papel y había descubierto que hacía muchas cosas en teatro aparte de su trabajo en el club, lo que implicaba que conocía a mucha gente influyente.

Si tenía contactos en la industria, quizá pudiera ayudarla.

Antes de que tuviera tiempo de hablar, él chasqueó los dedos.

—¿Cómo he podido olvidarlo? Siempre has querido ir a Broadway. ¿Esa sigue siendo tu meta?

Makayla se sonrojó, encantada de que él recordara algo tan trivial. Asintió.

—Parece imposible, ¿eh? Pero ha sido mi objetivo desde que empecé a bailar de niña. Quiero los focos de un gran escenario en la ciudad con más espectáculos del mundo...

Se interrumpió, perdida en sus fantasías, como casi siempre que pensaba en Nueva York y en lo fabuloso que sería ir allí, por no hablar de vivir y de actuar allí.

—Por lo que he visto hoy, tienes calidad de sobra para eso —dijo él. La miraba con admiración sincera—. Tienes lo que hace falta, algo que puede llevarte muy lejos.

Makayla casi se hinchó como una gallina clueca ante los elogios de él, pero resistió el impulso de abrazarlo con gratitud. Normalmente no necesitaba que otros inflaran su ego, era realista y sabía que tenía un talento que podía florecer con tiempo, esfuerzo y en el entorno adecuado. Había tenido la suerte de contar de chica con dos de los mejores profesores de baile del mundillo, profesionales que la elogiaban cuando era preciso y también la machacaban cuando lo necesitaba, pero los elogios de Hudson eran importantes y ella sabía por qué.

Siempre había valorado su opinión. La había buscado. Le había preguntado desde lo que pensaba del color de sus pintalabios hasta lo que le

parecían los grupos de música pop. A pesar de sus cinco años de diferencia, él nunca la había hecho sentirse estúpida ni inepta. La había escuchado, escuchado de verdad, y luego le había ofrecido consejo. Esa, no tener una opinión en la que confiar, había sido otra de las cosas que había echado de menos al finalizar su amistad.

—¿He dicho algo malo? —preguntó Hudson. Le tocó el brazo con un gesto impersonal, que provocó una corriente eléctrica que Makayla sintió hasta los dedos de los pies.

—No, estaba pensando cuánto agradezco volver a contar con tu opinión —ella le dio un golpecito con el extremo de la toalla—. Pero ten cuidado, me puedo volver vanidosa con tantos halagos.

—Eres demasiado sensata para eso, siempre lo has sido —contestó él, apartando la toalla—. Creo que es una de las cosas que me atrajo hacia ti. Tu poca tolerancia para las tonterías. Veías el mundo como es, pero eso no te hundía —algo oscuro nubló los ojos de él como una sombra flotante—. Era duro crecer en el Cross, pero tú te lo tomabas con calma y no dejabas que eso te manchara.

—Eso es cierto —repuso ella, recordando la noche en la que había sucumbido al lado más sórdido de Kings Cross y por qué.

Aquella noche degradante podría haber sido el comienzo de su hundimiento, pero no lo había sido. Había cobrado el dinero y se había alejado sin mirar atrás.

Podía haber optado por lo fácil y haber seguido haciendo estriptis. Esa noche había ganado más que en dos meses bailando aquí y allá. El dueño le había ofrecido un sueldo digno, suficiente para independizarse. Pero ella lo había rechazado por la razón que había dicho Hudson, porque no quería mancharse con el tipo de vida que no deseaba.

Nunca se había arrepentido, pero en ocasiones no podía evitar pensar que su vida habría podido ser mucho más fácil si hubiera empezado a ganar tanto dinero a los diecinueve años.

Hudson la miró. Entre ellos había muchas preguntas no formuladas. No las hizo. Parpadeó y apartó la vista.

—Yo no hago favores a menos que sean merecidos, pero si lo que he visto hoy es alguna indicación de lo que puedes hacer en escena, estaré atento y te avisaré si me entero de alguna oportunidad importante aquí en Sídney o en el extranjero. ¿De acuerdo?

—Gracias, eso sería estupendo —esa vez Makayla no vaciló en abrazarlo agradecida. Era lo que le apetecía, y fue un abrazo muy distinto al abrazo reconfortante lleno de tensiones de la semana anterior—. ¿Nunca te han dicho que eres el mejor jefe del mundo?

—Todos los días —repuso él con una sonrisa tímida—. Hablando de trabajo, más vale que salga ahí o Tanner me despedirá por descuidar mis deberes de encargado.

—Y yo tengo una cita para un espectáculo de un solo día —Makayla miró su reloj y se bajó de un salto del taburete—. ¡Mierda! No sabía que era tan tarde.

Miró su ropa de trabajo empapada e hizo una mueca.

—No tengo tiempo de ir a casa a ducharme. ¿Por casualidad hay una ducha por aquí que pueda usar?

Hudson vaciló. Un brillo indefinible cruzó su mirada y resopló como si acabara de tomar una decisión muy importante.

—Vivo en el apartamento encima del club. Puedes ducharte allí si eso te facilita las cosas.

Makayla sintió un cosquilleo en la piel. No podía presentarse a una prueba de vestuario para otro espectáculo sudorosa y acalorada. Ni, peor aún, llegar tarde. Pero aprovechar la generosa oferta de Hudson implicaba otro tipo de acaloramiento.

Estar en su ducha, imaginarlo allí enjabonado, desnudo, con la piel resbaladiza...

—Gracias, eso me facilitaría la vida —contestó. Carraspeó porque su voz sonó demasiado chillona—. Te agradezco la oferta.

—No te preocupes —respondió él. Esperó a que ella recogiera sus cosas y avanzó hacia la puerta.

«Para él es fácil decirlo», pensó Makayla, siguiéndolo. Porque a ella sí le preocupaba mucho echar un vistazo a la vida hogareña de Hudson, desnudarse en su cuarto de baño y pensar cosas que no debía.

Capítulo 8

Hudson se había criado ofreciéndose como chico para todo en Kings Cross, haciendo trabajos para todo el que pudiera pagárselos, y eso le había ganado reputación de tener sentido para los negocios y buenas ideas.

Ofrecerle su ducha a Mak no había sido una de ellas.

¿Qué tenía esa mujer que sacaba a la luz su complejo de caballero de reluciente armadura?

Ya había sido bastante malo tener que aguantar dos horas de ensayos. Ciento veinte minutos intensos viendo a Mak girar, contorsionarse y mostrar su cuerpo sexy enfundado en algodón y licra ceñidos.

Pura tortura.

Y solo estaban en el primer día. ¿Cómo demonios iba a controlar su lujuria y fingir que lo único que quería era tenerla de nuevo en su vida como amiga?

Lo único que lo salvaba era el tiempo previsto para aquel proyecto. Dos semanas de ensayos, dos semanas de espectáculos nocturnos y luego Mak se iría a otro espectáculo y él podría respirar de nuevo. Porque por el momento, con la idea de ella desnuda en su cuarto de baño, no podía. Tenía la sensación de que sus pulmones estaban taponados con cemento. Y su polla, también.

—Idiota —murmuró.

Dio una patada a una de las patas de madera de la pesada mesa de centro que había delante del sofá, pero eso no lo alivió.

La puerta del baño se abrió y Hudson habría jurado que se le paró el corazón. Si Mak salía cubierta solo con una toalla, él tendría que salir corriendo para no poner en práctica todas las fantasías sucias que se le pasaban por la cabeza.

—Odio ser pesada, pero hay un problema con el grifo y no consigo ajustar la temperatura del agua.

Hudson se arriesgó a mirar en dirección al baño y vio que ella asomaba la cabeza por la puerta entreabierta. Captó un vistazo de un hombro desnudo cremoso y de una toalla más abajo.

¡Joder! Había olvidado llamar esa mañana al fontanero para que arreglara el grifo. Él había tenido el mismo problema, no había podido ajustar la temperatura y había tenido que insistir mucho para conseguirlo.

—¿Has probado a girarlo cada vez más? —preguntó.

Makayla arrugó la nariz.

—Lo he intentado todo. ¿Crees que puedes arreglarlo tú? De verdad que no pudo llegar tarde a la prueba de vestuario.

—Claro que sí —contestó él, cuando debería haber dicho que no y bajar al club, donde la música estaría tan alta que podría ahogar sus pensamientos libertinos—. Pero solo si estás decente.

Lo dijo en broma, pero captó un brillo de nerviosismo en los ojos de ella al acercarse y eso no le ayudó.

Tampoco ayudó verla envuelta en una de sus toallas azul marino. Terminaba en medio muslo, dejando al descubierto sus largas piernas de bailarina, tonificadas y bronceadas. Hudson no pudo evitar mirarlas a conciencia antes de subir la vista hacia donde ella apretaba un nudo flojo sobre el pecho.

Entonces captó los pezones a través del algodón. Allí no hacía frío, lo que indicaba que Mak estaba tan excitada como él.

Le palpitó la polla, como si quisiera recordarle que tenía una mujer hermosa y semidesnuda en el baño y preguntarle qué demonios pensaba hacer al respecto.

La respuesta inteligente sería que nada.

Pero había dejado de ser inteligente en el momento en el que había sido tan tonto como para alejar a aquella mujer de su vida.

Dio un paso hacia ella.

—Mak, yo...

—Arregla la ducha, por favor.

Ella alzó una mano y dejó resbalar un poco la toalla, con lo que mostró una curva de pecho que lo dejó salivando.

—La arreglaré con una condición.

Mak lo miró sorprendida.

—¿Qué?

—Que me dejes mirarte.

Hudson pronunció su reto y no se arrepintió. Si quería tener alguna probabilidad de convencerla de que la deseaba más allá de la amistad, necesitaba ver si podía dejar atrás aquella noche que lo había cambiado todo cinco años antes. Verla desnudarse en el escenario le había despertado un montón de recuerdos horribles que habría preferido olvidar y había reaccionado en consonancia. Esa vez tenía que olvidar sus traumas antes de decirle cuánto la deseaba y, para eso, tenía que verla desnuda.

Ponerse a prueba de ese modo quizá fuera lo más estúpido que había hecho en su vida, pero era mejor saberlo antes de cargarse su recién restablecida amistad porque no podía controlar su libido.

Mak abrió los labios en una O sorprendida. A Hudson no le hubiera extrañado que lo abofeteara. Casi lo esperaba. Se preparó para ello. La tensión le abultaba los músculos debajo de la camiseta.

Después de aquello, necesitaba machacarse físicamente. Esa noche iría al gimnasio, fuera la hora que fuera. Tenía la sensación de que tendría que eliminar muchas tensiones.

—La última vez que me viste desnuda no salió muy bien —dijo ella. Quería hablar a la ligera, pero él captó la preocupación que subyacía en su

comentario.

Lo estaba poniendo a prueba, y esa vez, él no sería tan tonto como para fracasar.

—No hagas eso, no intentes trivializar algo que hice que se cargó nuestra amistad —dijo. Se acercó un paso más a ella—. Si olvidamos el pasado, esto que hay ahora entre nosotros es tan puñeteramente fuerte que no puedo pensar con claridad. ¿Tú también lo sientes?

Contuvo el aliento una eternidad. Leía claramente la indecisión de ella en sus ojos, pero acabó por asentir y eso lo alentó a seguir hablando.

—Te deseo, Mak. Sin complicaciones ni expectativas. Pero sé que tienes prisa, así que, por el momento, déjame mirar.

Dicho así, en voz alta, sonaba sucio, pero ella todavía no lo había echado de allí. Lo miraba con una mezcla de fascinación y nerviosismo y Hudson tuvo la impresión de que no era contraria a su sugerencia.

—Arregla el grifo rápidamente —dijo ella al fin, con una voz tan suave y susurrante que él no estaba seguro de haber oído bien.

—¿Eso es un sí?

—Arréglalo —repitió ella, y soltó la toalla.

Esta cayó al suelo. Hudson abrió mucho la boca.

Mak era increíblemente hermosa, con una belleza exquisita que le oprimía el corazón.

La primera vez que la había visto desnuda había sentido rabia, resentimiento y mucha preocupación. No quería esa vida para ella. Había visto lo que le había hecho a su madre y lo mataba por dentro pensar en lo que había hecho su progenitora por dinero y por él.

Desde aquella horrible noche, había bloqueado deliberadamente en su mente la imagen de Mak desnuda, no quería que eso manchara la idea que tenía de ella.

En aquel momento, con ella delante, insegura pero no tímida, miró a conciencia, imprimiendo cada detalle en su memoria. Los pechos turgentes, los

pezones rosa pálido, el lunar encima del ombligo, el vello dorado recortado del pubis...

La perfección.

Ella lo sacó del trance chasqueando los dedos.

—La ducha, ¿recuerdas?

Él consiguió sonreír y se señaló la cabeza.

—Perdona. Mi cerebro pequeño estaba enfrascado en admirar el esplendor de tu belleza y mi cerebro grande —dijo, señalando hacia abajo— me dice que me desnude yo también.

—Ni se te ocurra. No tengo tiempo —ella lo amenazó con un dedo, lo cual habría tenido más peso como reprimenda si no se hubieran bamboleado sus pechos con el movimiento—. La ducha. Vamos.

Hudson no supo cómo consiguió arreglar el condenado grifo, teniendo en cuenta que sus manos eran tan torpes como sus esfuerzos por no mirarla. Algo casi imposible.

Después de cuatro intentos chapuceros, consiguió que el agua saliera a una temperatura razonable y se apartó para dejarla entrar en el cubículo doble.

—Aquí caben dos —señaló, apretando los puños para no abrazarla cuando pasó a su lado oliendo a sudor y excitación.

—Quizá en otro momento.

Ella sacudió la cadera y le cerró la puerta en las narices.

Pero no le dio la espalda, se echó gel del dispensador en la mano y la pasó despacio por su cuerpo, desde el cuello hasta el ombligo. A Hudson le pareció lo más erótico que había visto en su vida.

El cubículo de la ducha empezó a llenarse de vapor y él no pensaba tolerar que le tapara la vista, así que encendió el extractor de aire y se acomodó en el borde de la bañera a disfrutar del espectáculo.

No podía creer en su suerte. Cuando había lanzado el desafío, esperaba que Mak lo despellejara verbalmente, lo llamara de todo, desde perverso hasta psicópata.

Nunca, ni en sus sueños más optimistas, había esperado ver aquello. A Mak con los ojos cerrados y el agua cayendo por su cuerpo. Frotándose los pechos con las manos, arriba y abajo, en círculos hipnóticos, enjabonándose de modo que la cubrieran las burbujas. Bajando hacia el estómago y más abajo todavía...

Hudson contuvo el aliento cuando ella posó los dedos en su monte de Venus y luego los deslizó entre los pliegues. La lujuria golpeó el cuerpo de él al mismo ritmo que su corazón galopante. En su desesperación por contenerse, se tensaron todos sus músculos. Su necesidad de tocarla se imponía a su sentido común. Observarla era un infierno. La deseaba con todas las células cachondas de su cuerpo.

Cuando ella soltó un gemido, Hudson no pudo soportarlo más. Se levantó de un salto, abrió la puerta de la ducha y se arrodilló.

Mak abrió los ojos.

—¿Qué haces?

—Esto —él le agarró las nalgas y la acercó hacia sí.

—Esto no era parte del trato... ¡Ohh!

Hudson la lamió entre los pliegues y ella se sujetó en las paredes de la ducha y se arqueó un poco hacia su boca.

Era justo lo que él necesitaba para devorarla, alternando entre succionar y mordisquear. Rozando el clítoris con roces repetidos para luego lamerla con más calma.

Mak se volvió un poco loca. Ondulaba las caderas y embestía contra él, alentándolo. Sus súplicas incoherentes se hacían más intensas a cada lametón de él. Más eróticas.

En el instante antes de que llegara al orgasmo, él deslizó un dedo en su interior y lo movió mientras la lamía. Ella se deshizo, se le doblaron las rodillas y gritó:

—¡Oh, sí! —con tanta fuerza, que a él le resonó en los oídos.

Ufano por haberle dado placer como quería, tuvo que recurrir a toda su fuerza de voluntad para no enterrarse en lo más profundo de ella, y se irguió

con el agua cayéndole por la cara. Pero eso no era nada comparado con su ropa empapada.

Cuando empezaba a retroceder, ella le agarró una mano.

—¿Adónde crees que vas?

—A cambiarme.

Mak lo miró confusa. Se mordió el labio inferior.

—Pero... Es que... ¿Y tú qué? —tímida de pronto, apartó la vista—. ¿Por qué no vienes aquí conmigo?

Era la mejor invitación que Hudson había oído en todo el día, o, mejor dicho, en toda la puñetera década, pero quería que la primera vez que hicieran el amor fuera importante. Que durara toda la noche.

—Nada me gustaría más, pero recuerda que tienes una cita.

—¡A la mierda la cita! —murmuró ella.

Hudson sonrió y cerró la puerta de la ducha.

—Créeme, si entro ahí ahora, no saldríamos en una semana. ¿Por qué no aceptas eso como un preludio y yo hago lo que debo hacer y te espero ahí fuera? —señaló la puerta.

Mak no contestó, se limitó a mirarlo con ojos muy abiertos, como si no pudiera creer lo que acababa de pasar.

A él le ocurría lo mismo.

Al fin, ella asintió y se volvió, pero no antes de que él viera algo que le alegró el corazón.

La sonrisa coqueta de una mujer satisfecha que quería más.

Capítulo 9

—Hola, ya estoy en casa —dijo Charlotte, como de costumbre, cuando entró en la sala de estar del pequeño apartamento que compartían. Dejó su bolso y se sentó en el sillón más próximo—. Espero que tu día haya sido mejor que el mío.

Makayla había tenido un día normalito, pero lo sucedido después del ensayo en el cuarto de baño de Hudson había compensado de sobra por eso.

Tres horas después, todavía le costaba creerlo.

La había lamido y le había dado un orgasmo espectacular. Aquel hombre sabía hacer virguerías con la lengua.

—¿Por qué has tenido un mal día? —preguntó, pensando todavía en Hudson y en su lengua.

—Ha llegado un jefe nuevo desde el infierno —Charlotte se quitó los tacones, estiró las piernas y se estrujó los dedos de los pies—. Todavía no lo he visto en persona, pero ya es bastante malo cumplir sus órdenes a distancia.

—Creía que todos los contables erais personas educadas que os tratabais con dignidad y respeto.

Charlotte le hizo un corte de mangas.

—Este es el respeto que me merece tu opinión. En cuanto a que mi jefe sea contable, creo que es uno de esos ejecutivos que solo ven la última línea de las cuentas y a los que les importan un bledo los empleados.

—Sí, parece que ha sido un día duro —comentó Makayla.

Se moría por conocer la opinión de su amiga sobre lo que había pasado con Hudson, pero no estaba segura de querer hablar de ello.

—Parece que el tuyo no —Charlotte metió las piernas debajo de su cuerpo y la miró con curiosidad—. Tienes esa sonrisa de cuando pasa algo interesante.

—El ensayo ha ido bien —contestó Makayla, incapaz de reprimir una sonrisa amplia, el tipo de sonrisa que hacía que le dolieran las mejillas—. Muy bien.

—¿Pero qué...? —Charlotte entrecerró los ojos y soltó un grito—. No me lo creo. ¿Te has acostado con alguien en tu primer día?

—Claro que no —repuso Makayla. Pero había querido meter a Hudson en la ducha con ella y había admirado y maldecido el autocontrol de él.

Cuando le había dicho que quería mirar, la había sorprendido. Le había pedido que hiciera lo mismo que había acabado con su amistad cinco años atrás.

No obstante, la sorpresa por su audacia había dado paso rápidamente a la curiosidad y la sugerencia de él la había excitado. Pero había querido hacerle sufrir un poco.

Que él la mirara en la ducha había sido lo más erótico que le había pasado nunca. Su intención había sido volverlo loco, torturarlo, en venganza por lo mal que la había tratado la última vez que la había visto desnuda. Desgraciadamente, ella también había enloquecido en el proceso.

Nunca se había excitado tanto. Cuando él había abierto la puerta de la ducha, se había escandalizado, pero también había sentido alivio. Al consentir en que la viera desnuda, sabía lo que podía pasar. Contaba con ello para poder llamarlo hipócrita y liberar el resentimiento que albergaba todavía, a pesar de su recién despertada amistad.

Había sido una tonta. Tendría que haber sabido que aceptar por rabia el desafío de él tendría consecuencias. Había sentido curiosidad por ver hasta dónde podía llevarlo. No esperaba que él tuviera el mismo efecto en ella. Pero

había una pregunta que seguía molestándola. ¿La deseaba tanto que no podía resistirse o había querido demostrar algo, aunque fuera para sí mismo, igual que había hecho ella?

Fuera cual fuera la razón, cuando la rabia de ella se había evaporado y había superado la amargura del pasado, se había dado cuenta de que Hudson la miraba con admiración, no con disgusto, y nunca se había sentido tan poderosa como duchándose delante de él, sabiendo que por fin la miraba como ella quería. Sabiendo que la deseaba.

—Tú te has acostado con alguien. Mira tus mejillas —gritó Charlotte—. Te has puesto colorada.

Makayla se llevó las manos a las mejillas.

—No me he acostado con nadie, pero ha habido otras cosas.

—Cuéntame —Charlotte se frotó las manos, pero antes de que Makayla pudiera decir nada, sonó el timbre de la puerta.

—Esa será Abby —dijo, mirando su reloj—. Trae sobras de la pastelería.

—Estupendo, estoy muerta de hambre —Charlotte se levantó con agilidad. Su estructura pequeña siempre hacía que Makayla se sintiera como un ogro—. Tratar con jefes gilipollas me abre el apetito.

A Makayla también le daba hambre tratar con su jefe, pero no era hambre de comida.

—Hola, preciosas —Abby entró en la estancia con las bolsas de papel rosas y oro de Le Miel—. Traigo regalos.

—Sea lo que sea, quiero tres de cada —anunció Charlotte, camino ya de la cocina a buscar platos—. ¿A las dos os parece bien un *chardonnay*?

—Por favor —contestó Abby.

Miró con curiosidad a Makayla, que no decía nada.

—Te lo contaré en un momento —dijo esta.

Esperó hasta que Charlotte hubo servido un vaso de vino a cada una y todas tuvieron un plato con tartaletas de limón, cruasanes pequeños y *beignets*.

—Makayla ha hecho cositas en el trabajo —dijo Charlotte, antes de meterse una tartaleta entera en la boca—. Y está a punto de contárselo con detalle a esta pobre y patética solterona.

—¿Con alguien del trabajo? —como era de esperar, Abby aguzó el oído—. Dime que es Hudson. Es guapísimo —miró a Charlotte y movió las cejas—. ¿Conoces al actor Tom Hiddleston?

Charlotte arrugó la frente un momento. Chasqueó los dedos.

—Inglés, ¿verdad? ¿Alto, rubio, ojos azules e increíblemente sexy?

Abby asintió.

—Hudson podría ser su hermano gemelo.

Charlotte lanzó un silbido.

—¿Pero ese no es tu jefe? —preguntó.

Makayla suspiró. Quizá tendría que haber recordado eso cuando él abrió la puerta de la ducha.

—Técnicamente, sí. Pero somos viejos amigos.

—¿Amigos o «amigos»? —Charlotte hizo unos ruiditos sentimentales—. Me encantan las novelas jugosas en las que pasan de amigos a amantes.

Makayla resopló y señaló una torre de libros que había en una mesita lateral.

—Pues sigue con tus novelas porque no hay mucho que contar.

Abby sonrió con malicia.

—Creo que le preguntaré a Tanner...

—Ni se te ocurra —Makayla la miró de hito en hito y Abby se hizo la inocente y mordió uno de sus cruasanes estrella.

A Makayla le encantaban los pasteles de Abby, pero si comía la mitad que su amiga, no podría entrar en los leotardos, ni mucho menos bailar.

—Tendrás que darnos algo, amiga mía, si no quieres que ponga a escarbar a Tanner —Abby se limpió las manos y tomó el vaso de vino—. Y créeme, es

más cotilla que yo.

—Está bien, está bien. ¡Caray! —Makayla respiró hondo. Quería contarles a sus amigas lo que había ocurrido con Hudson, pero tenía miedo de que le dijeran lo que ya sabía, que era una estúpida por complicar la relación de trabajo con su jefe.

—Pero prometes no decirle ni una palabra de esto a Tanner, ¿de acuerdo?

Abby dudó, pero acabó por asentir.

—Nos lo contamos todo, pero teniendo en cuenta que eres mi mejor amiga y Hudson es su mejor amigo, nos mantendremos al margen. No se lo diré.

Makayla miró a Charlotte, que levantó las manos en el aire.

—¡Eh!, ¿a quién se lo voy a decir yo? Vosotras dos sois las únicas amigas que tengo.

Makayla buscó las palabras apropiadas, algo que contar a sus amigas sin decirlo todo. Hasta que se dio cuenta de que, si omitía los detalles jugosos, no habría mucho que contar.

—¿La versión corta? Yo tenía una prueba de vestuario para otro espectáculo en el que salgo, uno que solo se hace una noche. El ensayo se retrasó y no tenía tiempo de venir aquí a ducharme. Hudson vive en el apartamento encima del Embue y me propuso que me duchara allí para ahorrar tiempo —Makayla se sonrojó cuando vio que Abby abría mucho los ojos.

—¡No te creo! —exclamó—. ¿Se duchó contigo?

Charlotte sopló una pedorreta.

—Estoy celosa. Llevas una vida de lo más emocionante.

Eso no era cierto. A Makayla no le ocurrían a menudo cosas emocionantes. Lo de ese día había sido una aberración... que recordaría durante mucho tiempo.

—¿Queréis oír el resto? —preguntó.

—¡Sí! —gritaron las otras dos al unísono.

—El grifo de la ducha no funcionaba bien y no conseguía la temperatura

que quería, así que le pedí que lo arreglara.

—¿Y? —preguntó Charlotte, quien, inclinada hacia delante con los codos en las rodillas y la barbilla en las manos, estaba pendiente de todas sus palabras.

—Dijo que lo arreglaría... —Makayla hizo una pausa dramática— si le dejaba mirar mientras me duchaba.

Charlotte soltó un chillido y Abby abrió mucho la boca.

—No te creo. Eso es de lo más erótico.

—Sí, ¿verdad? —Makayla sintió cosquillas en la piel al recordar a Hudson mirándola con intensidad, como si no pudiera apartar la vista, como si la viera por primera vez—. No tendría que haber aceptado, pero hay una atracción mutua clara, la ha habido siempre y pensé que por qué no.

—¿Por qué no, claro? —Charlotte suspiró y se echó hacia atrás en el sofá con aire melancólico—. ¡Qué suerte tienes!

Desde que vivían juntas, Makayla nunca había visto a Charlotte salir con chicos, ni mucho menos tener novio. Ella la había alentado a ir a discotecas o a tomar una copa al bar el viernes por la noche, pero Charlotte prefería leer a socializar. Makayla confiaba en conseguir que fuera al Embue a verla actuar. Si ella tenía un bajón en lo referente a hombres, lo de su amiga era una sequía grave.

—¿Y qué pasó después? —preguntó Abby.

—Al principio me enfadé —por razones que no pensaba contar a sus amigas—. Quería decirle que se metiera ese desafío ridículo por donde quisiera —sonrió con astucia—, pero luego me propuse hacerle sudar por ser tan audaz, así que, mientras me miraba, creo que jugué un poco con él y... ah... terminó en la ducha... —no había un modo fácil de decirlo, así que fue al grano—. Se arrodilló y me comió.

—¡Madre mía! —Charlotte casi se cayó del sofá de tanto inclinarse hacia delante.

Abby chasqueó la lengua.

—Chica mala.

—O muy, muy buena, depende de cómo lo mires.

Después de haber cedido a la tentación, Makayla no había podido reprimir una sonrisa de placer. Había pasado de mujer indignada y despreciada a diosa gimiente y lasciva. En vez de sermonear a Hudson por su injusticia, había cedido ante él, porque su ira por la hipocresía de él se había disipado desde el momento en el que la había lamido y, teniendo en cuenta la intensidad del orgasmo, no se arrepentía de ello.

—Digamos que, si no hubiera tenido prisa, probablemente todavía seguiría allí, devolviéndole el favor.

—Vosotros dos acabaréis juntos —declaró Charlotte, pensativa—. Lo intuyo.

Abby, la más pragmática de las amigas de Makayla, parecía menos sumida en el romanticismo.

—¿Qué piensa él de este rollito? —preguntó.

A Makayla se le oprimió el pecho al oír que Abby definía como «rollito» lo que había pasado con Hudson. No debería importarle, porque, si seguían adelante, eso sería lo que tendrían, pero que lo dijera Abby implicaba que su amiga, o pensaba que ella no quería nada más o sabía algo de Hudson a través de Tanner y era él quien no quería más.

—No llegamos a hablarlo —contestó. Desapareció parte de su entusiasmo por contar con la opinión de sus amigas—. Pero yo le gusto, él me gusta y lo de la ducha podría ser el preludio de algo más.

—¿Tú quieres eso?

—Pues claro que sí —contestó Charlotte por ella—. Si es tan fantástico como decís, ¿por qué no iba a querer?

Abby apartó la vista con aire furtivo y a Makayla le dio un vuelco el corazón.

—¿Qué es lo que no me dices, Abby?

La interpelada vaciló un momento.

—Tanner y Hudson son amigos desde el instituto. Según Tanner, Hudson

jamás ha tenido una relación. Sale unas cuantas veces con una mujer y pasa a otra cosa. ¿Tú podrías aceptar eso, teniendo en cuenta que os conocéis de antes?

A Makayla, curiosamente, se le alegró el corazón al saber que Hudson nunca había estado mucho tiempo con una mujer. No porque le interesara, ni mucho menos, cambiar su historial, sino porque implicaba que, si tenían una aventura, eso no cambiaría la situación de ninguno de los dos.

No tenía tiempo para complicaciones, y menos con un trabajo que podía ser el primer paso para alcanzar su sueño.

—Los dos crecimos en Kings Cross. Nuestros caminos se cruzaban con regularidad y acabamos siendo amigos. Después nos peleamos y dejamos de serlo. Pero todo eso es pasado y, pase lo que pase ahora, los dos sabemos lo que queremos.

Sonaba bien en teoría, pero Makayla sabía que tenía potencial para ser más complicado que eso.

Trabajar con Hudson podía proporcionarle los contactos que necesitaba para subir en el mundo artístico. Podía conducirla al éxito. ¿Pero qué pasaba si tenían una aventura que salía mal? Esa vez podía tener consecuencias mucho más severas.

—Mientras los dos sepáis lo que os jugáis antes de empezar algo, estaréis bien.

—Creo que ya han empezado algo —intervino Charlotte con un guiño malicioso—. Lánzate, preciosa. Diviértete. Te lo mereces.

—Por que os duchéis juntos muchas veces —Abby alzó su vaso para brindar—. ¿O sería mejor decir ensuciéis?

Makayla rio y chocó su vaso con los de las otras. Aunque no necesitaba su aprobación para llevar las cosas más lejos con Hudson, la había ayudado sondear su opinión. No porque tuviera alguna esperanza de retroceder. La decisión hacía ya varias horas que estaba tomada, desde que había dejado caer la toalla y permitido que Hudson la viera desnuda.

¿Un gesto atrevido o un momento de locura?

Pronto lo descubriría.

Capítulo 10

Esa noche, Hudson tenía mucho trabajo.

El Embue tenía bastante éxito a diario, pero algunas noches eran de locura. Dirigir el club más de moda de Sídney tenía sus ventajas. Podía ser amigo de famosos y estrellas del deporte, conocía a las personas más interesantes de la ciudad y podía relacionarse con mujeres guapísimas.

Tendría que haberle alegrado que el contingente del mayor concurso de belleza de Australia hubiera elegido el Embue para una fiesta, pero la realidad era que, mientras veía pasar por su lado a una mujer espectacular tras otra, todas con poca ropa, solo podía pensar en Makayla.

¿Se habría arrepentido de lo ocurrido en la ducha?

¿Estaría pensando en su próximo encuentro?

¿Pensaría en él?

Por su parte, él no podía dejar de pensar en ella.

Nunca había esperado llegar tan lejos. Había querido ponerse a prueba, ver si había dejado atrás el pasado, comprobar que verla desnuda no haría que resucitara su repugnancia del pasado, no por ella, sino por lo que había representado para él verla desnuda la primera vez.

Por suerte, solo había sentido deseo, que fluía por sus venas con un ritmo incesante que no podía ignorar. Nunca había sido un hombre impulsivo, pero verla enjabonarse y tocarse había encendido algo en él que no podía negar.

Tenía que probarse y probarle a ella que la veía como una mujer hermosa y deseable y había dejado atrás sus reservas del pasado. Tenía que hacerlo por los dos.

Había abierto la puerta de la ducha sin saber lo que iba a hacer. Besarla, quizá. O tocarla. Pero la expresión de ella, como si temiera que se repitiera su rechazo, había sido superior a él.

Eso lo había destrozado y había decidido que tenía que darle placer y controlar el suyo.

Saborearla y oír sus gimoteos de satisfacción había sido increíble. Pero no podía olvidar la expresión de sus ojos ni que él era el culpable de ese miedo al rechazo por el modo terrible en que la había tratado cinco años antes.

Frunció el ceño e hizo otra ronda por el club, revisándolo todo, desde la limpieza de los vasos de cóctel hasta las manchas de la pista de baile. Los empleados seguramente captaban su estado de ánimo, pues mantenían las distancias y se esmeraban en que su zona de trabajo estuviera imaculada para no provocarlo.

Notó que vibraba su teléfono en el bolsillo y lo sacó. El corazón le dio un vuelco traicionero al ver el nombre de Mak en la pantallita.

Le había enviado un mensaje corto y agradable:

Tengo 2 entradas para espectáculo @ Casa de la Ópera mañana. ¿Estás libre?

Hudson trabajaba por la noche, pero si Mak quería salir con él después de lo que había pasado antes, eso significaba que no quería castrarlo por su atrevimiento y que estaba abierta a más.

Nada podía impedirle aceptar.

Vio a Tanner cerca de la cabina de sonido y se acercó con decisión, impaciente por responder al mensaje antes de que ella cambiara de idea o invitara a otra persona.

—¡Eh, chico! ¿Qué les echas en la bebida? —Tanner señaló a su alrededor—. Este sitio está a rebosar.

—Se corre la voz. Eso y que tienes el mejor encargado del mundo.

—Modesto, ¿eh? —Tanner se apoyó en la consola con su camisa blanca brillando fluorescente por las luces del club—. ¿Qué pasa?

—Como soy el mejor encargado del mundo, ¿puedo tomarme libre mañana por la noche?

Tanner enarcó las cejas.

—Tú nunca pides tiempo libre. ¿Qué pasa?

—Hay un espectáculo en la Casa de la Ópera que quiero ver.

—¡Ajá! —Tanner se llevó un dedo a la sien y fingió pensar—. ¿Eso se considera trabajo? ¿Vas a ver el espectáculo para sacar ideas para el tuyo?

Hudson no mentía nunca a su mejor amigo, pero sabía que, si le decía la verdad, nunca dejaría de meterse con él.

—Algo así —contestó. Era una verdad a medias.

—Claro, adelante. Disfruta —Tanner se encogió de hombros—. Y saluda a Mak de mi parte.

—¿Qué?

Tanner soltó una carcajada.

—Oye, gilipollas, cuando un adicto al trabajo como tú pide una noche libre por primera vez en cinco años, tiene que haber una mujer. Y vi cómo te afectó la audición con Mak, así que tiene que ser ella. ¿He acertado?

—Eres un mierdero —repuso Hudson, contento de que su amigo lo conociera tan bien—. Tiene dos entradas y me ha pedido que la acompañe.

—Sigue diciéndote eso —Tanner sonrió como un tonto—. Ya conoces el dicho, ¿verdad? Donde tienes la olla...

—¿No fue eso lo que hiciste tú con Abby?

—*Touché*, amigo mío —Tanner se encogió de hombros—. No digas que no te lo advertí.

Hudson le hizo un corte de mangas y se alejó, contestando ya al mensaje de

Mak.

No necesitaba advertencias. Sabía ya que una aventura con Mak podía llevar al desastre, pero con la excitación recorriéndole el cuerpo y haciendo que la deseara con una intensidad que no remitía por mucho que lo intentara, sabía también que había riesgos que valía la pena correr.

Capítulo 11

Hudson se había ofrecido ir a recoger a Makayla, pero ella había dicho que terminaba tarde en la pastelería y prefería que se encontraran en los escalones de la Casa de la Ópera.

Patético, teniendo en cuenta que lo había invitado ella y ya no tenía sentido acobardarse, pero eso era exactamente lo que había pasado desde que Charlotte le dio las entradas la noche anterior después de su sesión de cotilleo.

En ese momento había justificado su decisión de invitarlo como un modo de agradecerle la oportunidad de trabajar. Veinticuatro horas después, con la perspectiva de estar sentada a su lado en la oscuridad, intentando fijar la mente en el escenario y no en el hombre apetecible que le provocaba pensamientos traviosos, la decisión ya no le parecía tan inteligente.

En realidad, podía decir lo que quisiera sobre la invitación, pero la verdad era que quería pasar más tiempo con él.

Hudson había pasado años fuera de su vida y, en menos de una semana, se había vuelto a meter en ella sin ningún esfuerzo.

Makayla no podía dejar de pensar en él.

Probablemente en parte sería porque sus hormonas querían repetir lo que había sucedido en la ducha, pero también se debía a sí misma explorar aquello que había entre ellos.

Había salido con hombres de un modo regular desde hacía años. No con

pensamientos de futuro, sino por el simple placer de divertirse. No se había acostado con muchos porque era demasiado selectiva, pero le gustaba salir, disfrutaba del sexo y en el último año había salido poco y se había acostado poco.

Había llegado el momento de rectificar eso con un hombre al que respetaba y admiraba.

Siempre había sentido un gran respeto por Hudson. Era el tipo de hombre que entraba en una habitación y todo el mundo se daba cuenta. En el pasado había sido un chico agradable, bien dispuesto, trabajador y simpático con todo el mundo. Su actitud responsable le había conseguido trabajillos regulares en el Cross, porque nadie dudaba de que, si contrataba a Hudson, este haría el trabajo.

A pesar de lo ocupado de su agenda, siempre había tenido tiempo para ella. La había escuchado hablar de todo, desde su grupo de música favorito hasta del profesor más terrible que tenía. Jamás había hablado de enamoramientos, porque él lo había sido todo para ella.

Y cinco años después, allí estaban, con él caminando hacia ella, guapísimo con pantalones negros, camisa negra y una americana gris oscura. Ropa de diseñador perfectamente cortada, que acentuaba la dureza firme de su cuerpo. Un cuerpo que, si de ella dependía, vería desnudo antes de que acabara la noche.

—Me alegra que hayas venido —dijo cuando él llegó a su lado y le dio un beso en la mejilla.

—No me lo perdería por nada —contestó él. Se apartó, pero el olor de su *aftershave* permaneció en el aire, un olor cítrico con trasfondos exóticos más profundos. Misterioso. Seductor. Delicioso.

—No sabía que te gustaba tanto la ópera —comentó Makayla.

—No me gusta tanto —la mirada enigmática de él dejaba pocas dudas de qué era lo que le gustaba—. Pero sería un idiota si desperdiciara la oportunidad de pasar una velada contigo.

—Tienes mucha labia —la joven sonrió y le dio un codazo juguetón—. ¿Entramos?

—Claro —contestó él.

Le puso una mano en la parte baja de la espalda, un gesto inocuo para guiarla, y Makayla se esforzó por relajarse, pero no pudo evitar que sus terminaciones nerviosas iniciaran un baile caótico y le hicieran querer cambiar la ópera por una habitación en el hotel más cercano.

—Me encanta este lugar —dijo él cuando entraron en la Casa de la Ópera, con sus elevados techos tan hermosos como las velas blancas de fuera.

—¿Has estado en muchos espectáculos?

Hudson asintió. Miraba a su alrededor con un interés rayano en reverencia.

—La compañía teatral con la que trabajo viene aquí de modo regular y, siempre que puedo, los acompaño.

—Nunca se me habría ocurrido que te interesara el teatro —comentó ella. Se preguntó cuántas cosas más no sabría de él.

Habían pasado cinco largos años desde la última vez que habían hablado y de pronto se le ocurrió que quizá no sabía gran cosa de Hudson Watt.

En el pasado sabía que prefería el zumo de naranja al de piña, el fútbol americano con reglas australianas al rugby, y el jazz al pop. Pero en el presente sabía muy poco y eso la entristecía.

¿Cómo sería su relación si seguían en contacto?

—Supongo que se me pegó algo después de tantos años trabajando en clubs del Cross, viendo espectáculos de baile —dijo él. Su tono era cortante y crispado y Makayla sabía por qué.

Hudson no quería hablar de algunos de los espectáculos del Cross porque algunos incluían estriptis y esa era la razón de que hubieran roto su amistad. Pero si quería saber más de él, no podía echarse atrás cuando las cosas se ponían difíciles.

—¿Te interesa la faceta de producción? —preguntó ella.

Hudson asintió. Tenía los hombros rígidos por la tensión.

—He hecho mucho trabajo entre bastidores con la compañía de teatro. Eso me hizo pensar cómo sería combinar el espectáculo con el club —se encogió

de hombros—. Preparé una propuesta y Tanner me dio una oportunidad.

—¿Eso significa que tengo que mover el culo y bailar a conciencia para que impresiones a tu jefe y puedas hacer más espectáculos?

—Algo así —él sonrió—. Pero, por favor, cuida de ese culo. Da la casualidad de que me gusta.

A ella se le aceleró el pulso.

—Lo tendré en cuenta —dijo con timidez.

—Hazlo —habían llegado a sus asientos y él esperó hasta que se sentaron para susurrarle al oído—: Si necesitas ayuda cuidándolo, soy tu hombre.

Makayla se giró hacia él y sus ojos se encontraron. A pesar de la poca luz, vio la chispa de lujuria y calor que había en los de Hudson. Eso le dio valor para ponerle una mano en el muslo. Lo bastante baja para que no fuera indecente y lo bastante alta para resultar insinuante.

—Si haces eso, matarás mi concentración —musitó él.

En respuesta, ella subió un poco más la mano y apretó.

—De todos modos, nunca he sido muy forofo de la ópera —dijo Hudson. Cubrió la mano de ella con la suya y, cuando se apagaron las luces, la guio más arriba.

Estaba empalmado. Muy duro. Los dedos de ella cubrieron su pene y oyó un gemido apagado.

No supo cómo consiguieron sobrevivir al primer acto, cuarenta y cinco minutos intensos de vestuario exquisito y canciones perfectas. En circunstancias normales, habría estado fascinada, pero ese día solo podía concentrarse en la sensación de Hudson bajo su mano. En el modo en el que se mantenía sin mover un músculo, aunque su rigidez transmitía un control que la dejaba admirada.

Cuando la música se iba apagando y las luces parpadeaban, Hudson le soltó la mano y ella se enderezó en el asiento y dejó que sus ojos se fueran adaptando a la luz.

—¿Qué te apetece en el intermedio? —preguntó él.

Makayla no podía imaginarse sorbiendo champán, conversando y vivir luego la tortura de soportar todo el segundo acto deseándolo más a cada minuto que pasaba. Lo miró a los ojos.

—Tú —dijo.

Capítulo 12

A Hudson no le importaban las multas por exceso de velocidad a esa hora de la noche. Además, no habría podido ir despacio aunque hubiera querido. Con Mak sentada a su lado, irradiando una energía apenas controlada, que hacía que el aire entre ellos casi crujiera, le habría sido imposible.

Lo había sentido desde el momento en el que la había saludado en los escalones de la Casa de la Ópera. Como si hubiera cambiado algo entre ellos. Veía la invitación de ella como un paso enorme entre los dos. El reconocimiento callado por parte de ella de que lo había perdonado y entre ellos podía haber algo más que una amistad.

Nunca, ni en sus sueños más salvajes, se le había ocurrido que Mak quisiera irse en el intermedio porque no podía dejar de acariciarlo.

¿Sabía el efecto que le causaba cuando lo tocaba? Llevaba cuarenta y cinco puñeteros minutos empalmado y, cuando ella había dicho que quería irse, habría gritado de alegría.

Cuando dejó su vehículo en su plaza del garaje subterráneo y apagó el motor, sabía que estaban en el umbral de un cambio gigantesco en su relación.

Y como era idiota y caballero hasta el final, le dio una última oportunidad de retroceder.

—¿Estás segura de esto? —preguntó.

Se sentía incapaz de mirarla. Sabía que, si lo hacía, no podría resistirse a abrazarla y entonces ya no sería ella la que tomaría la decisión.

—Nunca he estado tan segura de nada.

Quería aquello tanto como él.

Lo que significaba que se moría de ganas de llevarla arriba.

Mak salió del auto antes de que él pudiera abrirle la puerta, así que le ofreció la mano. La joven la tomó y no se la soltó hasta que estuvieron en el apartamento de él. En cuanto se cerró la puerta, lo empujó contra la pared más cercana, apretó su cuerpo contra el de él y buscó la cremallera de su pantalón.

Lo malo de la satisfacción inmediata era que podía ser increíblemente sexy pero terminaba pronto. Y la primera vez que iba a estar con una mujer que había ocupado sus fantasías durante años, Hudson quería ir despacio. Muy despacio.

—¡Eh! Te deseo —dijo. La agarró por los brazos y la apartó un poco—. Te he deseado siempre. Déjame saborear cada momento de esto.

Mak entreabrió los labios en una sonrisa diabólica.

—¿O sea que quieres torturarme?

—Llámalo construir pasión en vez de tortura —él relajó la presión en los brazos de ella y empezó a subir y bajar las manos por la piel desnuda, que sentía temblar bajo sus caricias—. Francamente, me vuelves loco y quiero hundirme en ti en dos segundos.

—Demasiado pronto, pero teniendo en cuenta que has estado empalmado todo el primer acto, ¿cómo de despacio quieres que vaya esto? —apretó la pelvis contra él—. Porque, cariño, hay una diferencia entre construir pasión y matarme lentamente.

Él se echó a reír.

—Baila conmigo —dijo. Sonrió cuando ella, sorprendida, levantó las cejas—. Desde que viniste a la audición, he imaginado lo que sería tener tu increíble cuerpo moviéndose cerca del mío.

—Sexo vertical, ¿eh? —ella fingió pensar un momento antes de asentir—. Me gusta.

Hudson la llevó de la mano hasta su aparato de música, fue bajando

rápidamente por la lista de reproducción y eligió una de sus canciones favoritas.

—¿Prince? ¿En serio? —ella le dio una palmada juguetona en el brazo—. ¿Cuántos años tienes?

—Los suficientes para tener más sentido común, bastantes para que eso me importe un bledo y para hacer lo que me apetezca.

Cuando sonaban los primeros acordes sensuales, le tomó la otra mano, con su cuerpo vibrando de deseo apenas controlado y, cuando ella empezó a moverse al ritmo de la música, por un momento él no pudo hacer otra cosa que mirar.

Mak poseía una elegancia inherente que se transformaba en pasión cuando bailaba. Su cuerpo cobraba vida propia, como si la música fuera parte de ella. Combinaba contorsiones sinuosas con movimientos sensuales de las caderas, contoneos de hombros con serpenteos increíblemente seductores.

Hudson sabía que estaba perdido.

Tiró con fuerza de sus manos, con intención de devorarla, pero ella se resistió y su sonrisa sexy aumentó aún más el calor entre ellos.

—¿No decías que querías prolongar esto? —preguntó ella.

—He mentido —murmuró él, que había querido dejar de ir despacio en el mismo segundo en el que la había visto menear el trasero—. Ya he tenido bastantes preliminares con el primer acto de la ópera y mi autocontrol no puede sobrevivir a tus movimientos.

Mak enarcó una ceja, aunque su aire de falsa inocencia no engañaba a nadie.

—Solo estoy bailando, como tú querías.

—No me hagas caso. Soy un idiota.

La joven rio y se acercó más, hasta que pudo oler su sudor mezclado con la fragancia exuberante de ella, una combinación embriagadora que lo volvía loco.

—Pero tú no has bailado.

—Tú has bailado bastante por los dos —contestó él. Le palmeó el trasero y la atrajo hacia sí—. ¡Qué loco me vuelves!

La sonrisa lenta y seductora de ella hizo que le latiera con fuerza el corazón.

—Muéstramelo —dijo Mak.

Hudson no necesitaba que se lo repitieran.

—Este vestido te queda sensacional, pero llevo queriendo quitártelo desde que te he visto.

—Adelante —ella se dio la vuelta y mostró su piel lisa y suave. No había líneas de bronceado.

Por suerte, el vestido iba atado con un nudo sencillo al cuello y él lo deshizo con un movimiento de la muñeca. El vestido cayó hacia delante y Hudson reprimió un gemido cuando bajó los dedos por la columna hasta la cintura.

Jugeteó un momento con la cremallera, aunque su polla palpitante lo empujaba a arrancar la maldita prenda y terminar de una vez. Pero como demorar la satisfacción tenía también su encanto, fue bajando la cremallera muy despacio.

Apareció un tanga de raso negro.

¡Joder!

El vestido cayó al suelo entre murmullos de seda y ella quedó ante él vestida solo con el tanga y los zapatos de tacón de aguja. Su trasero era tal y como él había imaginado. Redondeado y firme. Hudson lo palmeó y lo presionó con los dedos.

—Date la vuelta —gruñó él.

Cuando ella obedeció, retrocedió y se permitió mirar todo lo que le apetecía.

Mak era exquisita.

La primera vez que la había visto desnuda se había permitido solo una mirada ilícita antes de, enfurecido, apartar la vista. En la ducha había estado

demasiado patidifuso para mirarla mucho rato.

Esa vez tenía intención de mirar a conciencia.

Los pechos eran perfectos. Alegres, plenos. Con hermosos pezones rosados que se ponían firmes y suplicaban que los succionaran.

Bajó la vista hasta donde quería entrar en ella. La vio enganchar los pulgares en el elástico del tanga y bajarlo para mostrar el paraíso. Rubio rojizo, un tono más oscuro que el cabello que le caía en cascada por los hombros.

En la ducha la había devorado muy deprisa, empeñado en darle placer y entregarse a la fantasía de saborearla. Esa noche iría despacio.

Más adelante.

Mak se quitó el tanga y adelantó una cadera en una pose provocativa.

—¿Con zapatos o sin zapatos? —preguntó.

—No tendrás tiempo de quitártelos —dijo él.

Se lanzó sobre ella, pero Mak retrocedió y le puso una mano en el pecho para contenerlo.

—Espera. Uno de los dos está demasiado vestido.

—Yo no necesito desnudarme —Hudson se abrió la cremallera del pantalón, donde apretaba su polla contra los calzoncillos—. Ya está. Listo.

—Tú no eres el único al que le pone mirar —Mak le dio un empujoncito—. Quiero verte desnudo. Vamos.

—Mandona —murmuró él, sonriente. Se quitó la americana y la tiró al suelo.

—Más deprisa —dijo ella, un poco jadeante.

Hudson obedeció. Desabrochó botones rápidamente y dejó caer la camisa al suelo.

Mak emitió un ruidito de apreciación cuando él se quitó los pantalones. Hudson se bajó los calzoncillos con la mirada de ella clavada en su entrepierna y casi cacareó de orgullo cuando ella abrió mucho la boca.

—Ya se notaba grande, pero... ¡caray! —dijo ella con tono de admiración—. Va a ser una noche fantástica.

Hudson quería preguntarle si solo sería una noche, pero se contuvo. Si solo estaba dispuesta a darle una noche, lo aceptaría sin hacer preguntas. Había esperado mucho y la deseaba demasiado para estropear la noche con conversaciones incómodas.

—No te muevas —dijo ella. Y se adelantó para arrodillarse a sus pies.

—Mak, quiero... ¡Joder! —Hudson gimió cuando ella tomó el pene y se introdujo el glande entre los labios. Empezó a jugar con la lengua, a lamerlo como si no se fuera a cansar nunca. A volverlo loco.

Hudson la miró introducirse más hondo. El calor húmedo de su boca le hizo apretar los dientes. Ella rodeó con la mano la parte que no le cabía en la boca y entonces fue cuando empezó de verdad la diversión. Mak empezó a mover la mano en sintonía con la boca, succionando y lamiendo como si él fuera todos sus sabores de helado predilectos mezclados en uno.

Era lo más erótico que él había vivido nunca, pero la presión en los testículos se acumulaba demasiado deprisa y tenía que detenerse. Quería que la primera vez que llegara al orgasmo con ella fuera dentro de ella.

—Cariño... —le puso una mano en la cabeza y la apartó con suavidad. Ella lo miró interrogante y él se arrodilló para quedar a su altura—. Estoy en el cielo, pero necesito estar dentro de ti.

—De acuerdo —contestó ella. Curvó los labios en una sonrisa pícar—. En el cielo, ¿eh?

—No tienes ni idea.

Después de haber esperado tanto, Hudson la besó por fin. Empezó por roces pequeños de sus labios sobre los de ella y fue aumentando poco a poco la presión. A hacerlos más largos. Hasta que ella sacó la lengua para rozar la de él y eso le perdió.

Sus lenguas se enredaron y él la atrajo hacia sí, aplastándole los pechos contra su torso. La piel de ella era suave pero muy caliente, como si ardiera de dentro hacia fuera.

Hudson conocía esa sensación.

Interrumpió el beso el tiempo suficiente para sacarse un condón del bolsillo del pantalón, se lo puso y volvió adonde quería estar. En brazos de Mak.

—Retrocede —dijo ella. Lo empujó ligeramente hasta que él apoyó la espalda en el sofá.

Lo montó a horcajadas y apoyó los brazos a los lados de la cabeza de él. Hudson contuvo el aliento cuando ella se colocó de modo que el pene de él quedara en su entrada.

Sin dejar de mirarlo a los ojos, fue bajando un poco más. Centímetro a centímetro. Con la boca abierta y los ojos vidriosos, hasta que lo tuvo todo dentro.

—Haces que me sienta lasciva —comentó. Alzó los brazos para apartarse el pelo de los hombros y echó la cabeza atrás adelantando los pechos en una postura de abandono total.

Hudson embistió hacia arriba y, como ella sonrió de satisfacción, volvió a hacerlo. Le sujetó las caderas y empujó repetidamente hacia arriba saboreando sus gemidos y sus jadeos.

Mak se ondulaba sobre él, alzándose y cayendo en sincronía perfecta con los latidos fuertes que él sentía en la cabeza y que bajaban por su columna hasta los huevos.

Quería chuparle los pezones, pero no podía apartar la vista de ella, del modo en que lo montaba con intención perversa.

Era demasiado. También era demasiado pronto, pero había tan pocas probabilidades de que no se corriera como de que olvidara aquella noche increíble. Deslizó la mano entre los dos, acarició el clítoris con los pulgares y empezó a sentir las ondas del orgasmo de ella muy adentro.

Mak aumentó el ritmo, subiendo y bajando con abandono, con el cuerpo reluciente por una película de sudor. El cuerpo de Hudson se tensó, incapaz de aguantar un segundo más. Acarició una vez más el clítoris y saboreó el momento del orgasmo de ella, quien, con el cuerpo rígido y los pechos hacia

arriba, gritó su nombre con una expresión inefable, y entonces él se corrió con tanta fuerza que vio puntitos de luz.

Mak se dejó caer sobre él, que la abrazó con fuerza.

No había palabras.

Habrían sido superfluas frente a lo que acababa de ocurrir.

Mak había hecho estallar su mundo en pedazos.

Capítulo 13

Makayla sabía que tendría que haberse ido en cuanto los latidos de su corazón habían recuperado la normalidad después de hacer el amor por primera vez en la sala de estar de Hudson, pero estaba demasiado saciada y lánguida para moverse y no había protestado cuando él la tomó en sus brazos, como si fuera la protagonista de una de esas novelas de amor que devoraba Charlotte, y la llevó a su dormitorio.

Donde ella se había quedado toda la noche.

Makayla jamás se quedaba a dormir con los hombres con los que salía. Disfrutaba de los preliminares, disfrutaba del sexo y después se marchaba.

Eso, el sexo, también era distinto. Normalmente disfrutaba más con los preliminares. Con el juego, el coqueteo, las caricias, las miradas... Y menos con el acto en sí. En su experiencia, la mayoría de los hombres no prestaban suficiente atención a su cuerpo más allá de meterla y pensar de pasada en darle un orgasmo a ella.

Hudson sí. Hudson había tocado su cuerpo como un maestro, acariciando cada centímetro, explorando cada grieta con la boca y las manos, lamiendo cada zona erógena y volviendo a por más. Cuatro veces.

Era la primera vez que Makayla hacía el amor seis veces en una noche. Algo increíble. Memorable.

Diabólico.

Porque cuando los primeros rayos del amanecer se colaban por las

persianas, iluminando al dios del sexo que dormía a su lado, no podía dejar de pensar adónde demonios irían desde allí.

—Te oigo pensar —dijo él en voz baja debajo del edredón. Se giró a mirarla—. Deja de analizar tanto.

Makayla se subió el edredón un poco más. A pesar de que él la había visto mucho desnuda durante la noche, se sentía extrañamente vulnerable.

—¡Eh!, acabo de despertarme. No analizo nada.

—Claro que sí —él le acarició la mejilla con un dedo con un gesto tierno que hizo que ella sintiera un bulto inesperado en la garganta—. Era de esperar, después del modo en que me has asaltado esta noche.

Makayla fingió sentirse ultrajada y él apartó la mano.

—Si no recuerdo mal, la mayoría de los asaltos los hiciste tú, amigo.

—Lo recuerdo —los ojos de él adquirieron un tono índigo, con inconfundibles chispas de lujuria—. Y pienso volver a hacerlo, empezando ahora mismo.

Nada le gustaría más a Makayla que dejarse llevar por las caricias magistrales de él, pero sabía que, teniendo en cuenta que lo vería esa tarde en el ensayo, sería mala idea irse sin aclarar lo que había pasado entre ellos.

—Espera —dijo, poniéndole una mano en el pecho. El corazón de él latía fuerte, firme, confiado.

Igual que su dueño. En otro tiempo, Hudson había sido su roca. Su amigo. Hasta que la había juzgado mal y la había dejado sola, como todas las demás personas de su vida.

Makayla había aprendido entonces una lección dura, a no depender de nadie que no fuera ella misma. Se había ceñido a esa idea y le había ido bien. Independencia por encima de todo lo demás.

Pero había una línea fina entre la independencia y la estupidez. Y esa sería la línea que recorrería si no reconocía que, gracias a Hudson, tenía una oportunidad de triunfar en su carrera, pero podía haberla estropeado acostándose con su jefe.

—¿Qué ocurre? —Hudson tenía el ceño fruncido y ella anhelaba acariciarlo y alisarlo.

—No me interpretes mal, lo de anoche fue increíble, pero...

Ella vaciló, buscando las palabras apropiadas para transmitir su confusión y su preocupación.

—Pero no quieres repetir, ¿es eso?

El ceño de él se hizo más profundo. Torció la boca con disgusto.

—No sé lo que quiero —confesó ella. Se frotó el cuello para aliviar la tensión que le contraía los músculos—. El sexo contigo ha sido fenomenal, y tan poco habitual, que quiero hacerlo una y otra vez. Pero llevo años dejándome la piel para ser bailarina y tu espectáculo es la primera oportunidad importante que he tenido en años y no quiero estropear eso. Además, eres mi jefe y tampoco quiero que circulen rumores de que consigo papeles acostándome con el jefe. Así que, si esto nuestro continúa, tendrá que ser en secreto, pero eso suena sucio y es impropio de nosotros y...

—Alto. Frena un poco, respira —él le puso la mano en la cintura y su calor la reconfortó—. Conque el sexo ha sido fenomenal, ¿eh?

Makayla resopló enfadada.

—Típico de los tíos lo de centrarse en el sexo y pasar por alto todo lo demás.

—Es broma, querida —Hudson le dio un beso suave en los labios—. ¿Lo que dices es que quieres continuar esto?

La joven quería mentir. Quería huir lejos de la boca persuasiva de él y de su mirada penetrante. Pero estaba con Hudson, la persona que la había cuidado en otro tiempo, y no haría nada que pudiera poner de nuevo en peligro su amistad, porque tenerlo de nuevo en su vida era un regalo precioso que había desenvuelto y saboreado.

—A riesgo de sonar como una idiota, ya me gustabas entonces y lo de esta noche ha sido increíble —dijo. La alivió ver que él ya no tenía el ceño fruncido—. Y sí, llámame codiciosa pero quiero más.

Hudson sonrió.

—Estoy a favor de eso.

—Pero no lo quiero a costa de mi carrera —ella sabía que podía parecer insensible y calculadora, pero tenía que ser así. La autopreservación era lo que la había sostenido todos los años en los que había tenido que economizar para sobrevivir—. Considérame despiadada si quieres, pero nunca he dejado que una relación se entrometa entre mis objetivos y yo, y no voy a empezar ahora, ni siquiera por ti.

—¡Caray! —exclamó él. Su mirada se había vuelto cautelosa—. Eres muy directa.

—Tengo poca tolerancia a las tonterías —ella se encogió de hombros—. Así que o jugamos esto a mi modo o lo dejamos aquí.

—Yo tengo poca tolerancia a los ultimátum —él volvió a fruncir el ceño—. Pero entiendo lo que dices.

Makayla sintió un dolor en el pecho, que se fue extendiendo hacia arriba. Por decirle la verdad, ¿lo había perdido antes de empezar?

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó.

Hudson tardó una eternidad en contestar. Emociones conflictivas desfilaban por sus ojos. Esperanza. Preocupación. Excitación. Obstinación.

Cuando abrió la boca para contestar, ella se preparó para una respuesta que no le gustaría.

—Mak, llevo años fantaseando contigo y ahora que acabo de pasar una noche estupenda a tu lado, ¿de verdad crees que soy tan tonto como para dejarte marchar? —fue subiendo la mano que tenía en la cintura de ella con una caricia lenta que terminó en la cara y descansó en la mejilla—. Jugaremos a tu modo. Lo que tú quieras y cuando tú quieras. No lo sabrá nadie excepto nosotros.

Makayla tembló de alivio. Se lanzó sobre él y enterró la cara en su pecho.

—Gracias.

Hudson la abrazó, consolador. Ella se acurrucó contra él con la sensación de que acababa de tocarle la lotería. Un trabajo fantástico y, además, un tío

sensacional. Hacía mucho tiempo que la suerte no estaba de su parte y no quería que nada alterara aquello.

—¿Mak?

—¿Sí?

—Si este es nuestro secreto, ¿podemos pasar ya a la parte sucia?

Makayla rio contra su pecho y se apartó. Hacía mucho tiempo que no se sentía tan alegre.

—Tengo que ir a trabajar.

—Esto no tardará mucho —comentó él.

Su sonrisa lobuna provocó cosquillas de anticipación en ella. Hudson se puso un condón y fue bajando por la cama, llevándose consigo el edredón. La dejó desnuda y expuesta. Unas débiles marcas rojas en su piel eran la prueba que quedaba de su maravillosa noche de desenfreno.

Él deslizó un dedo entre sus pliegues con un movimiento largo que hizo que ella se arqueara.

—Muy mojada —declaró él. Se llevó el dedo a la boca y lo lamió—. ¡Qué dulce!

Makayla miró cómo la saboreaba sin vergüenza y pensó que era lo más erótico que había visto en su vida. Le encantaba lo desinhibido que era, como si el sexo fuera simplemente una extensión de su amistad.

—¿Qué vas a hacer? ¡Oh!

Hudson le separó las rodillas, se colocó en posición y la penetró con una sola embestida.

—Has dicho que no había tiempo para preliminares —dijo. Le levantó el trasero y le colocó una almohada debajo para alzarle las caderas y acceder mejor a su punto dulce. Volvió a embestir—. Este quiqui tiene que ser rápido.

Makayla lo abrazó con las piernas, entrelazó los tobillos y cruzó las manos detrás de la cabeza.

—Adelante.

Su postura de «no me importa nada» hizo reír a Hudson, quien bajó la mano para acariciarle el clítoris.

—Parece que estés flotando en una colchoneta en la piscina.

—Excepto por esto, claro —ella le dio un golpecito en el trasero con el pie—. Esta postura no resultaría apropiada en la piscina.

—Cierto —dijo él.

Se retiró despacio y la embistió con brío renovado. Una y otra vez. Con embestidas fuertes y largas. Haciendo que el cuerpo de ella se tensara con cada movimiento.

Entretanto, le acariciaba el clítoris con el pulgar, alternando toques ligeros con otros más fuertes, sin dejar de embestir. Más excitada que nunca en su vida, ella lo miraba hacer.

La presión fue aumentando a medida que él cobraba velocidad. Sus movimientos eran tan fuertes que los codos de ella golpeaban el cabecero una y otra vez.

—Hudson...

Su cuerpo se tensó y empezó a tener espasmos. Makayla terminó con gemidos bajos, de los que él se hizo eco un segundo después.

Relajada, descruzó las piernas y Hudson se dejó caer encima de ella y, generoso hasta el final, echó su peso a un lado para no aplastarla.

—¿Vas a llegar tarde al trabajo por mi culpa? —murmuró en el cuello de ella, antes de mordisquear la piel tierna debajo de la oreja.

—No, voy bien —repuso ella, tan saciada que no podía moverse, pero sabiendo que Remy la mataría si llegaba tarde por segundo día consecutivo—. De hecho, tengo tiempo para ducharme. ¿Quieres acompañarme?

—Llegarás tarde —él la acarició, haciéndole cosquillas en la piel. Subió la mano por el muslo de ella y rozó su estómago con los dedos antes de apoyarlos muy cerca de su monte de Venus—. Es mejor que llames ahora y se lo digas.

Y eso fue lo que hizo Makayla.

Capítulo 14

Hudson estaba deseando que terminara la semana.

Habitualmente odiaba los fines de semana por la sencilla razón de que trabajaba muchas horas en el teatro y después tenía noches de ajeteo en el club.

Aquel fin de semana sería distinto.

Tenía una cita preparada con Mak, un paso atrás en el tiempo que esperaba que solidificara lo que él ya sabía.

Estaban puñeteramente bien juntos.

Ser pareja no interfería con su trabajo. Si acaso, el modo de bailar de ella había subido de nivel, impregnado de una pasión y una gracia que faltaba a menudo en los escenarios modernos. O quizá, teniendo en cuenta que habían pasado toda la semana uno en brazos del otro, él fuera muy parcial y veía sensualidad en todos los movimientos de ella.

No se cansaba de ella y, por suerte, eso era mutuo.

—¡Eh, Hudson!, ¿cómo va eso? —preguntó la voz animosa de Reg Grober, el mayor promotor de espectáculos que había llegado alguna vez a las costas de Australia. Hudson cruzó el escenario y el otro, un hombre alto de cabello gris, avanzó hacia él—. ¿Has descubierto alguna estrella últimamente?

Hudson se había ganado en los últimos años fama de descubrir talentos desconocidos para musicales famosos y darles el empujón que necesitaban

para triunfar. Se enorgullecía de tener buen ojo para el talento y también de llamar a Reg su amigo.

Tenía un buen trabajo como encargado del Embue, y sabía que siempre podía contar con Tanner, pero había aprendido desde muy joven que los empleos no siempre eran eternos y las personas no siempre eran de fiar. Consideraba a Reg como una especie de seguro, un contacto que podría serle útil algún día si se hundía el mundo bajo sus pies, como había ocurrido en el pasado.

—La semana que viene estreno un espectáculo en el club que dirijo. Hay muy buenos bailarines. Deberías venir a verlo —estrechó la mano que le tendía Reg—. Avísame qué noche vas a venir y dejo tu nombre en la puerta.

—Puede que lo haga —Reg señaló el teatro vacío—. No puedo creer que hayamos estado al completo todos los días. ¡Quién iba a imaginar que a la gente le gustaría tanto un musical sobre iconos australianos en la playa!

—Todo lo que tocas se convierte en oro, amigo.

Reg aceptó el cumplido con una sonrisa amplia.

—Hablando de oro, ¿conoces a alguna bailarina excepcional? Estoy montando un espectáculo en Broadway y una chica del coro se ha roto la pierna. Necesitamos una bailarina buena que empiece allí dentro de un mes.

A Hudson se le aceleró el corazón. Conocía a una bailarina, una de las mejores, cuyo sueño era actuar en Broadway, pero cuando le había dicho que quizá tuviera contactos que pudieran ayudarla a llegar allí, no había previsto que sería tan pronto.

Si daba el nombre de Mak, ella quizá lo abandonara en un mes.

Cuatro breves semanas y lo suyo habría terminado antes de que llegara a empezar en serio.

Consideró, por un momento, la idea de mentir. Pero no podía hacerle eso a Mak por muy egoísta que fuera y por mucho que quisiera quedársela para sí.

—Conozco a una —dijo—. Sería perfecta.

Reg sonrió.

—Estupendo. Haremos audiciones en una semana, te enviaré los detalles —se golpeó la aleta de la nariz con un dedo—, y procuraré ser completamente imparcial, aunque sé que cualquier persona que tú me envíes será fantástica.

—Gracias, Reg —Hudson volvió a estrecharle la mano y agitó en el aire la tabla sujetapapeles que llevaba en la otra mano—. Tengo que volver al trabajo.

—Desde luego. Ya te dejo.

Cuando Reg se alejó, Hudson pensó que tenía que llamar a Mak para darle la buena noticia. Sacó el teléfono del bolsillo y buscó su nombre en los contactos, pero se detuvo con el pulgar en el botón de llamada, paralizado por un sinfín de pensamientos desagradables.

Cuando ella se enterara, ¿rompería lo que había entre ellos para concentrarse en su gran oportunidad?

¿Se quedaría con él las semanas siguientes por obligación, en agradecimiento por haberle conseguido ese trabajo?

O, lo más importante de todo, ¿lo dejaría sin importarle nada de eso?

Hudson odiaba los secretos. Se había criado con ellos. Ocultando el alcoholismo de su padre a los profesores y los trabajadores sociales. Viendo a hombres engañar a sus esposas en los clubs de estriptis. Viendo prostituirse a las mujeres. Un mundo de secretos que se infectaban y hacían que se sintiera sucio por culpa de ellos.

No podía ocultarle aquel secreto a Mak por su propia conveniencia.

Miró su nombre en la pantalla y apretó el teléfono con tanta fuerza, que no le habría sorprendido que se rompiera.

Se lo diría.

Tenía que decírselo.

Más tarde.

Odiándose por ello, volvió a guardarse el teléfono y se concentró en procurar que el espectáculo de ese día saliera sin fallos, pero no pudo sacudirse la sensación de que, al hacer que se cumplieran los sueños de Mak,

arruinaba el suyo.

Capítulo 15

—Creo que me gustabas más cuando no follabas con regularidad — declaró Charlotte, instalada en su taburete favorito al lado de la ventana de Le Miel—. Ahora estás muy subida.

Makayla sonrió a su compañera de apartamento y le puso delante una taza de cacao caliente.

—No puedes recriminarle a una chica que esté satisfecha.

—Por favor. Ahórrame los detalles.

—Por suerte para ti, no soy de las que follan y lo cuentan —Makayla le guiñó un ojo—. ¿Te traigo algo más?

—Uno de esos *beignets* decadentes —Charlotte señaló la vitrina donde estaban las increíbles creaciones de Abby que hacían salivar a todos los clientes—. Y añade también un *pain au chocolat*.

Makayla enarcó las cejas.

—¿Tienes hambre?

—Ahogo mis penas en pasteles —Charlotte suspiró y hundió un poco los hombros—. ¿Recuerdas el jefe nuevo del que te hablé? ¿El que trabaja a distancia y ni siquiera puedo decirle lo que pienso de él a la cara? Me está volviendo loca.

—Pues dimite. Trabajas bien y debe de haber montones de trabajos para buenos contables.

Por el rostro de Charlotte cruzó una sombra de miedo.

—A los empollones introvertidos no se nos da bien hacer gestos grandilocuentes como dejar un trabajo antes de tener otro.

—Pues empieza a buscar. O mejor aún, apúntate a una de esas agencias que te buscan un trabajo de ensueño así —Makayla chasqueó los dedos.

Sabía que no era tan fácil. Ella llevaba años apuntada a todas las agencias de talentos de la costa este y sabía por experiencia que eran contados los trabajos de ensueño, pero Charlotte se mostraba tan lúgubre que tenía que animarla como fuera—. Ningún jefe tiene derecho a hacerte tan desgraciada.

Charlotte entornó los ojos, pero no antes de que Makayla captara un brillo malicioso en ellos.

—A diferencia del tuyo, que te hace enormemente feliz.

—Hudson es un gran tío —Makayla se encogió de hombros con un gesto de indiferencia que no dejaba traslucir hasta qué punto lo consideraba un gran tío.

En el trabajo sabía lo que tenía que hacer y la trataba con profesionalidad. Exigía perfección a su gente e imponía una agenda rígida. A la joven le gustaba trabajar con un jefe que respetaba a sus bailarines y sabía lo que hacía.

Y fuera de los ensayos, Hudson era sencillamente... increíble.

La hacía sentirse querida como nunca se lo había hecho sentir ningún hombre. El principal objetivo de él parecía ser darle placer, y ella le devolvía el favor con creces.

Pero los golpes le habían enseñado que si algo parecía demasiado bueno para ser verdad, normalmente lo era, y sabía que aquella aventura no terminaría bien.

Porque terminaría. De eso no había duda. Makayla nunca había perdido de vista su objetivo de triunfar en Broadway. Todas las audiciones a las que se presentaba, todas las pruebas de vestuario y los espectáculos de baile, aunque tuvieran pocos espectadores, habían sido parte de ese gran plan.

No podría renunciar a eso por un hombre, por muy especial que fuera. Y

menos por uno que ya le había fallado terriblemente en una ocasión.

Habían dejado atrás el pasado, pero, en el fondo, una pequeña parte de ella resentía que él no le hubiera dado ninguna explicación por su comportamiento de aquella noche.

Desde que empezaron su relación de amantes, Makayla había escondido deliberadamente en el fondo de su mente el recuerdo del estallido injustificado de él, pues no quería estropear la diversión que tenían los dos dentro y fuera del dormitorio.

Pero aquella duda residual, por muy hondo que la escondiera, seguía allí. ¿Iba a ser tan tonta como para lanzarse de lleno a una relación con Hudson y exponerse a otra caída?

Su corazón alentaba la confianza, su cabeza le gritaba una lógica que no podía negar.

La había dejado una vez sin explicaciones.

Podía volver a hacerlo.

—Tienes suerte de haber encontrado a alguien como Hudson —Charlotte apoyó la barbilla en la mano y, peliculera como era, sus ojos soñadores probablemente imaginaran un hombre como los protagonistas de esas novelas que no podía dejar de leer.

—¿Estáis hablando de mi mano derecha?

Makayla se puso rígida cuando Tanner apareció detrás de ella y le echó un brazo por los hombros.

—Hudson es un tío estupendo y nunca lo he visto tan feliz, así que supongo que eso tiene algo que ver contigo. A mí no me da detalles, lo cual me cabrea, porque quisiera burlarme un poco de él y no puedo. ¿Me cuentas tú algo?

Makayla se sonrojó. Se sacudió el brazo de él y le dio un codazo en las costillas.

—No diré ni una palabra —se pasó un dedo por los labios e hizo el gesto de cerrar una cremallera—. Y déjalo en paz.

—¡Ah!, lo proteges. Eso lo respeto —Tanner le guiñó un ojo a Charlotte,

quien siempre parecía sorprendida de que un hombre tan sexy como Tanner le hablara a ella—. ¿Verdad que el amor es genial?

—Tú deberías saberlo, teniendo en cuenta que estás tonto por Abby — contestó Makayla, alzando una mano en el aire.

No necesitaba ver la sonrisa idiota de Tanner para saber que estaba loquito por su mejor amiga.

—¡Eh!, tengo una idea —dijo Tanner con mirada maliciosa—. Tenemos que hacer una cita doble un día de estos. Hudson y tú y Abby y yo. Así me enteraré de primera mano.

—Eso no va a pasar —Makayla vaciló. No quería que pareciera que su relación con Hudson era alto secreto, pero tenía que avisar a sus amigos para que no sacaran por accidente el tema delante de la gente equivocada, como los bailarines del espectáculo—. Hudson y yo llevamos esto en secreto.

Tanner y Charlotte la miraron con una incredulidad que casi resultaba cómica.

—Él me dio el papel protagonista en su espectáculo y no quiero que se rumoree que me acosté con el jefe para conseguir el papel.

Tanner pareció entenderlo entonces.

—Es una buena razón. No diré ni una palabra.

—Y yo no tengo a quién decírselo —comentó Charlotte, taciturna.

—Os dejen —Tanner retrocedió con las manos en alto, como si quisiera evitar un sermón—. Pero por lo que pueda servir, apruebo que Hudson y tú estéis juntos. Nunca lo había visto tan relajado y accesible. Tú le sientas bien.

Se alejó sin dar tiempo a que Makayla contestara, con lo que esta se quedó más preocupada que nunca.

Aparte de mantenerla en secreto, no habían hablado de los límites de su relación. ¿Hudson comprendía que tenía fecha de caducidad? ¿Que ella acabaría yéndose a Estados Unidos en pos de su sueño?

—¿Qué te pasa? —Charlotte le tocó el brazo y arrugó la frente con preocupación—. Parece que te hayas atragantado con un cruasán.

—Esto del amor es duro —Makayla se sentó en un taburete. Le habría gustado no tener que trabajar más para poder irse a casa a encerrarse a rumiar todo aquello.

Charlotte abrió mucho los ojos.

—¿Te has enamorado de él?

Makayla, sobresaltada, negó con la cabeza.

—No. Es un modo de hablar.

No podía permitirse enamorarse en aquel momento, y mucho menos de Hudson. Le había partido el corazón una vez y le había hecho mucho daño. No quería devolverle el favor, pero eso sería lo que haría cuando terminara aquello.

Si alguno de los dos estaba enamorado, sería un desastre.

—¿Alguna vez has tenido una relación seria? —preguntó.

Charlotte resopló. Señaló su atuendo clásico de pantalones grises, blusa blanca y zapatos planos.

—¿Tengo pinta de ser una mujer que inspire grandes pasiones?

—No te rebajes —repuso Makayla—. Muchos hombres tendrían suerte de tenerte.

—Sí, díselo a los cientos de sementales que llaman a mi puerta —replicó Charlotte con sequedad.

Makayla sonrió.

—¿Eso es un no? ¿Ninguna relación seria?

—Ninguna relación, punto —Charlotte suspiró y se movió incómoda en el taburete—. En la universidad salí algunas veces con compañeros de contabilidad. Chicos anodinos que eran muy aburridos —movió la cabeza—. A riesgo de parecer un tópico de una de las fabulosas novelas que leo, necesito un chico malo. Un tío grande, atrevido, irritante y arrogante que me ponga de los nervios.

Makayla se reprimió para no decirle que un hombre así le rompería el

corazón antes de que se diera cuenta.

—Créeme, querida. Cuando menos lo esperes, encontrarás a un hombre estupendo.

Charlotte puso los ojos en blanco.

—Sí, y también me metamorfosearé en sirena.

Makayla eligió sus siguientes palabras con cuidado, para no ofender.

—¿Quieres que hagamos un cambio de imagen? ¿Que juguemos con distintos looks? ¿Cambiar un poco el pelo y el maquillaje?

Charlotte arrugó la nariz, como si acabara de descubrir que la leche de su cacao caliente estaba pasada.

—Todo eso no es para mí. Además, cuando encuentre a alguien, quiero gustarle por mí misma, no por unas pestañas postizas y unas extensiones en el pelo.

Makayla se podía identificar con eso. Hudson conocía su pasado, sus defectos, pero le gustaba de todos modos. Incluso había olvidado el susto de verla desnudarse en escena, y ese tipo de aceptación era muy raro.

Hudson era un hombre que valía la pena. Lástima que no pudiera quedarse con él.

Miró su reloj e hizo una mueca.

—Tengo que volver a trabajar.

—Claro —Charlotte señaló la vitrina—. Empezando por servirme los pasteles que te he pedido.

Makayla sonrió.

—El hombre que tenga la suerte de que lo quieras espero que tenga la misma adicción a la pastelería francesa que tú.

—Si no la tiene, yo lo convertiré —Charlotte escondió una sonrisa detrás de la taza de cacao que se llevó a los labios, pero Makayla reconoció en ella un gesto agrisado.

Su amiga era una persona casera. Una mujer que anhelaba el sueño infantil

de un esposo, hijos, un perro y una hipoteca. Su modo de mantener limpio el apartamento y de cocinar indicaban que sería una buena esposa. Makayla confiaba en que, en la persecución de ese sueño, no encontrara algún imbécil que pisoteara su corazón.

—Marchando un *beignet* y *pain au chocolat* —dijo.

Sirvió el pedido a su amiga y, cuando volvía a la cocina, sus pensamientos giraron de nuevo hacia lo que Tanner había dicho de que ella hacía feliz a Hudson y nunca lo había visto así.

¿Cómo de feliz sería Hudson cuando ella se fuera?

Capítulo 16

—Cuando dijiste que comeríamos las mejores hamburguesas de la ciudad, no sabía que me traerías aquí.

Mak miró con ojos de alegría el restaurante deteriorado situado en el corazón de Kings Cross.

—Hace por lo menos seis años que no como una de las hamburguesas especiales de Jonnie.

—Eso me parecía —contestó Hudson. Estaban sentados en un banco de vinilo rojo en la mesa del rincón, al lado de la máquina de discos—. De todos modos, entonces casi nunca comías hamburguesas. Siempre estabas pendiente de tu peso.

Mak arrugó la nariz con disgusto.

—Sí, casi se convirtió en una obsesión... hasta que mi madre me hizo entrar en razón.

—Los bailarines tenéis que estar en forma, no ser insectos palo —él le tomó la mano a través de la mesa y se la llevó a los labios—. Además, yo creo que tienes un cuerpo sensacional y no lo cambiaría en nada.

—Adulador —murmuró ella. Sonrió cuando él le besó el dorso de la mano antes de soltarla—. Soy una bailarina demasiado voluptuosa, pero me dejo el culo trabajando en el gimnasio y corriendo a diario para poder conseguir los papeles que quiero.

Hudson se sintió culpable al instante. La culpabilidad le pesaba como una losa en el pecho, y tuvo que resistir el impulso de frotárselo para librarse de ella.

Todavía no había mencionado el papel en Broadway del que le había hablado Reg. Faltaban pocos días para la prueba y sabía que tenía que decírselo, pero había esperado esa cita con impaciencia, un recorrido por la nostalgia y los recuerdos, y no quería estropearla.

Porque sabía lo que ocurriría en cuanto le hablara de la audición. Que Mak empezaría a obsesionarse, querría investigar el espectáculo en cuestión, ensayar y concentrarse en aquella gran oportunidad para su carrera.

No la culpaba. Él haría lo mismo. Pero una pequeña parte de él se resistía a decírselo, al menos durante un día más.

Estaba seguro de que la perdería. Se había pasado la vida haciendo lo que necesitaban otros y pensaba que podía permitirse ser un capullo egoísta unas horas más.

—¿Va todo bien?

Hudson se puso tenso. Debería alegrarle que ella supiera captarlo tan bien, pero eso no ayudaba a aliviar la culpa que lo carcomía.

—Sí, ¿por qué?

—Llevas dos días ensimismado, como si tuvieras algo en la cabeza.

—Solo a ti —Hudson volvió a tomarle la mano—. Nunca había tenido una relación y desconcentra bastante.

—Conozco esa sensación —Mak le apretó la mano—. Tengo que centrarme en la noche del estreno de la semana que viene y asegurarme de que mis pasos queden perfectos en la samba final, pero a veces, en los ensayos, me sorprende pensando en otras cosas.

Se sonrojó y Hudson deseó abrazarla y hacer cosas traviesas con ella.

—¿Por ejemplo?

El rubor de ella se hizo más intenso.

—El modo en que me posees en la ducha todas las mañanas. Tu

impaciencia por las noches, que casi no nos deja llegar al dormitorio.

Sacó la punta de la lengua para humedecerse el labio inferior, un gesto que lanzó una descarga eléctrica directa a la polla ya endurecida de él.

—Tu modo de usar la lengua para hacer que me olvide de todo —terminó ella.

Hudson se movió en el asiento para intentar aliviar la opresión de los vaqueros, pero no sirvió de nada.

El único modo de aliviar su pene dolorido era enterrarlo en lo más hondo de Mak o que lo succionara su exquisita boca.

—¿Tienes idea del efecto que produces en mí? —preguntó. Entrelazó los dedos con los de ella—. Me dan ganas de mandar a la porra las hamburguesas y sacarte de aquí enseguida.

—¿Estás empalmado? —preguntó ella, con fingida inocencia. Hudson reprimió un gemido—. Lástima que estas mesas no tengan manteles —Mak sonrió con malicia—. O podría haberte ayudado con ese pequeño problema.

—Mi problema no tiene nada de pequeño y lo sabes.

—Modesto, ¿eh?

Rieron juntos y, esa vez, a Hudson no le pesó la culpa en el pecho, sino en el corazón, que se agitó de un modo que hacía que le fuera difícil respirar.

La relación entre ellos era como siempre la había imaginado. Eran amigos que se convertían en amantes, y eso fortalecía aún más su vínculo. La suya era el tipo de conexión que surgía de años de confianzas compartidas. El tipo de relación nacida de la confianza.

Pero Mak no siempre había confiado en él lo bastante para contarle toda la verdad, como aquella noche, grabada de un modo indeleble en su mente, en la que ella le había quitado las anteojeras que llevaba puestas.

Y años después, él hacía lo mismo. Le ocultaba información.

¿Qué indicaba eso sobre su relación?

—¿Por qué empezaste a hacer estriptis? —preguntó.

La frase le salió sin pensar, antes de que pudiera censurarla, o al menos disfrazarla con otros términos.

Como era de prever, ella retiró la mano y su expresión se volvió sombría.

—¿Por eso me has traído aquí, para hablar del pasado? —Mak arrugó el labio superior con disgusto—. ¿Has pensado que dándome hamburguesas como en los viejos tiempos me soltarías la lengua?

«¡Mierda!», pensó Hudson. Había lanzado la pregunta en un momento vulnerable, desesperado por enterarse de algo que lo había atormentado durante años, pero, al hacerlo, también había metido una cuña entre ellos. Su día de dulces recuerdos se había ido a la porra.

—Nuestra cita aquí no tiene nada que ver con que intentara ablandarte —dijo. Mostró las palmas abiertas, en el gesto de alguien que no tenía nada que ocultar—. Supongo que, cuanto más intimamos, menos quiero que nada manche esto nuestro. Y aunque hemos dejado atrás aquella noche, odio que ocurriera. Y creo que está entre nosotros como un tema intocable que ambos ignoramos.

A ella le brillaron los ojos de rabia. Se inclinó hacia delante y apoyó los brazos en la mesa.

—¿Tienes idea de lo que fue para mí que me dijeras todas aquellas cosas dolorosas la noche que me viste haciendo estriptis antes de salir de mi vida?

Movió la cabeza, pero no antes de que Hudson viera un brillo de lágrimas en sus ojos.

¡Joder! La había hecho llorar.

—La noche que te vi en Le Chat perdí los nervios porque no quería esa vida para ti y...

—Eso no era decisión tuya —repuso ella con una voz que era poco más que un susurro—. No preguntaste por mis motivos. No pediste una explicación. Sacaste conclusiones y me juzgaste sin más.

Se pasó una mano por el pelo y él deseó poder hacer lo mismo y acariciárselo.

—¡Dios, Hudson! ¡Cuánto te eché de menos! Eras mi mejor amigo, la única persona que me entendía de verdad y de pronto ya no estabas allí —ella se

golpeó el pecho con la mano—. Fue como si me clavaras un cuchillo aquí, y no me he recuperado nunca.

Hudson no lloraba jamás, pero, por primera vez en mucho tiempo, sintió la quemazón de las lágrimas.

—Lo siento de verdad. Mucho de lo que dije aquella noche no tenía nada que ver contigo y sí mucho con mi propia mierda.

Mak levantó la cabeza y lo miró con curiosidad.

—¿Qué quieres decir?

Hudson nunca le había hablado a nadie de su madre ni de sus primeras sospechas, concretadas más tarde en la horrible verdad. De niño la había visto caer en picado, pasar de ser una camarera respetable a bailarina de estriptis y a algo mucho peor que había descubierto más tarde.

Ver a la mujer que idolatraba alejarse de él sin mirar atrás lo había matado por dentro.

Por eso había discutido con Mak aquella noche terrible y por eso no había sido capaz de quedarse cerca para verla recorrer el mismo camino despreciable.

Perder a su madre lo había destrozado. Perder a Mak del mismo modo habría acabado con él.

Había cortado los lazos con ella y se había retirado sin mirar atrás.

Podía confiarle la verdad, pero algo le hizo contenerse. Algún mecanismo de autoprotección de mucho tiempo y profundamente enterrado le gritaba que no podía confiar en nadie, y menos en la mujer a la que había hecho daño y que tenía el potencial de devolvérselo.

—Tú sabías que había trabajado en distintos clubs desde los diez años — Hudson se frotó la cara, pero no le sirvió para aliviar tensiones—. Vi a muchas mujeres caer en la tentación del dinero fácil y desnudarse. Después se complicaba el tema y no podían dejarlo. Unas se entregaban a las drogas y otras daban el paso siguiente...

Se detuvo horrorizado al ver la expresión glacial de ella. Una expresión que parecía decir que ya nunca volvería a verlo como antes.

—Odié verte allí arriba. Que no hubieras recurrido a mí si necesitabas dinero. Que no confiaras en mí lo suficiente para contármelo antes de hacerlo.

—Eres idiota —dijo ella en voz baja y letal—. ¿Crees que quería desnudarme en una habitación llena de babosos? Necesitaba dinero rápido para pagar el funeral de mamá. Era lo mínimo que se merecía, después de todos los sacrificios que había hecho por mí durante años. Acepté ese trabajo una noche. Una sola.

Hudson sintió náuseas y miró a la mujer a la que había juzgado mal mientras buscaba algo que decir, pero no se le ocurrió nada.

—Veía lo mucho que trabajabas, cómo deseabas desesperadamente salir del Cross, y no estaba dispuesta a pedirte tanto dinero —Mak movió la cabeza y el pelo rojizo le cayó sobre los hombros y medio ocultó su rostro—. Me avergonzaba tener que hacer aquello para sacar dinero, y no te lo habría dicho bajo ningún concepto. Pero entraste allí y te portaste como un capullo.

—¡Joder!, lo estropecé todo —él necesitaba un ancla en un mundo que de pronto se había vuelto tambaleante y apoyó las manos en la mesa—. ¡Ojalá pudiera retroceder en el tiempo y actuar de un modo distinto aquella noche! Pero no puedo. Soy un idiota. Pero sé que quería protegerte de una vida que no te merecías.

La furia que inundaba la boca de ella disminuyó un poco.

—En una cosa tienes razón. Eres idiota.

—Era —él probó a sonreír—. Quiero pensar que ahora soy más listo.

—Eso es discutible —Mak posó las manos sobre las de él y disolvió con ese gesto el nudo de ansiedad que le apretaba el pecho a Hudson—. Ahora que hemos hablado del tema pendiente, ¿podemos concentrarnos ya en el presente?

A él le habría encantado, pero seguía corroído por la culpa. La había juzgado muy mal aquella terrible noche, había dejado que sus ideas preconcebidas nublaran su criterio y había sacado conclusiones precipitadas.

Se sentía como un tonto. Cabreado también. Le enfurecía pensar que ella no había acudido a él porque daba tanta importancia a salir del Cross. Sabía lo que opinaba ella de hacer estriptis, sabía que se había propuesto triunfar

como bailarina sin tener que desnudarse, pero no había confiado en ella lo suficiente y había sacado conclusiones.

Tendría que haber sabido que debía de haber algo grande detrás de la decisión de ella de desnudarse aquella noche. Tendría que haberle dado el beneficio de la duda.

Desgraciadamente, no podía cambiar el pasado, pero podía compensarla dándole el futuro que siempre había soñado.

—Hablando del presente, tengo noticias que puede que te gusten.

Mak enarcó una ceja.

—No te hagas muchas ilusiones porque puede que no salga nada de esto, pero ¿recuerdas que te mencioné que tengo contactos en la industria del teatro?

La joven clavó sin darse cuenta los dedos en las manos de él y adelantó un poco el cuerpo.

—¿Sí?

—¿Has oído hablar de Reg Grober?

Mak abrió mucho los ojos.

—Es muy importante. Produce muchos espectáculos relevantes aquí y bastantes en el extranjero.

—Ayer me lo encontré y mencionó que buscaba una bailarina para su próximo espectáculo en Broadway. Me preguntó si conocía a alguna...

—¡Oh, Dios mío! No te creo.

—Pues sí —Hudson sonrió cuando ella le soltó las manos para aplaudir de contento—. El casting es la semana que viene, pero Reg confía en mi criterio y seguro que tienes posibilidades. De hecho, creo que dijo que cualquiera a quien recomendara yo sería un valor seguro.

Mak se dejó caer contra el respaldo del banco con expresión incrédula y las mejillas animadas por dos manchas de color.

—¿Hablas en serio?

—¿Crees que bromearía con algo tan importante? —él sonrió cuando vio

un brillo de lágrimas en los ojos de ella—. Sé que ese es tu sueño.

—No sé qué decir —Mak se levantó, se acercó al banco de él y le hizo señas de que le dejara sitio. Se sentó a su lado, lo abrazó y apoyó la cabeza en el hueco de su cuello—. Gracias.

—De nada —Hudson la estrechó en sus brazos e inhaló el aroma a vainilla de su pelo, deseando que pudieran estar siempre así.

Pero ella volvió a su banco cuando llegaron las hamburguesas. Comieron, bromearon y hablaron del trabajo, como hacían siempre.

A pesar de todo eso, Hudson percibía un trasfondo, una fuerza poderosa que alejaba a Mak de él.

Sabía que había hecho lo correcto al hablarle de la audición para Broadway, aunque lo hubiera hecho llevado por la culpa.

¿Pero a qué precio?

Capítulo 17

Makayla sabía que debería escuchar a Hudson cuando recorrían las calles familiares de King Cross, pero su mente se iba una y otra vez a la noticia que le había dado durante la cena.

Le había conseguido una audición con Reg Grober. Nada menos que Reg Grober. Y para bailar en Broadway. Nada menos que en Broadway.

Se había pellizcado varias veces cuando Hudson no la miraba y luego se había comido una de las famosas hamburguesas de Jonnie sin saborearla.

Broadway.

Su sueño desde el primer momento en que se había puesto unos zapatos de claqué con tres años.

Su madre había potenciado su amor por el baile, ahorrando todo lo que podía para pagarle clases. Claqué, jazz, ballet... Makayla lo había bailado todo. Y había practicado hasta que le sangraban los dedos de los pies, repitiendo coreografías delante del espejo agrietado de segunda mano que había en la sala de estar del apartamento de un dormitorio situado encima del bar Bluey's, en Darlington Road.

Aunque vivían en el corazón de Kings Cross y Makayla se había criado entre bares, su madre le había inculcado valores desde la más tierna infancia. En ocasiones veía cosas que no debería ver una niña de su edad, pero a ella no se le permitía hacer esas cosas.

En parte por eso le había dolido tanto que Hudson la juzgara tan mal la

única noche que se había desnudado, pues él debería haber sabido que no lo habría hecho a menos que estuviera desesperada.

Pero después de lo que habían hablado antes de la cena, parecía que ya habían dejado atrás esa noche. Él había perdido los nervios porque quería protegerla. Buenas intenciones, malos actos.

Habían aclarado el tema y, a continuación, él había soltado la bomba.

Y desde ese momento, ella no había conseguido pensar en otra cosa.

—Eh, ¿me estás escuchando?

Mak rio y le apretó la mano.

—¿La verdad? No sé cuánto hemos andado y no he oído la mitad de lo que has dicho. No puedo dejar de pensar en la audición.

—Sabía que pasaría eso cuando te lo dijera —Hudson sonrió, la tomó del brazo y reinició la marcha—. Eres predecible.

—¡Eh!, eso no me gusta —Makayla lo golpeó con la cadera.

Hudson esquivó una pared y se tambaleó en un espacio pequeño entre dos edificios, tirando de ella. El hueco podría haber pasado por un callejón si no hubiera sido tan estrecho, con apenas sitio para ellos dos. Un lugar pequeño, que resultó más pequeño aún cuando ella se apretó contra él y la espalda de él golpeó la pared.

—Conque predecible, ¿eh? —ella se movió de modo que la polla de él rozara su punto más dulce y contuvo el aliento—. ¿Quieres que te muestre lo poco predecible que puedo ser?

Makayla había hecho muchas cosas en su vida. Sexo en público no estaba entre ellas. Pero estaban en un callejón, ocultos a los ojos de la gente. Nadie pasaba nunca por allí. De hecho, solo habían seguido ese camino porque era el que recorrían años atrás, cuando él la acompañaba a casa.

—¿Hablas en serio? —los ojos de Hudson brillaban de excitación a la luz débil que entraba por la apertura del callejón.

—Bueno, tengo que disipar esa idea preconcebida que tienes de mí —repuso ella, antes de deslizar la mano entre sus cuerpos y agarrar la erección

de él—. ¿Y qué mejor modo que seduciéndote en un callejón?

Frotó el pene y la complació oír que Hudson gemía.

—Sexo apasionado y rápido en un callejón. ¿Puede haber algo menos predecible?

Hudson la besó en los labios y, en su impaciencia por devorarla, los dientes de ambos chocaron un poco. Deslizó la lengua en la boca de ella, ordenando y exigiendo, jugando con ella hasta que Makayla se apretó más porque necesitaba más.

Cuando él le subió la falda, se alegró mucho de haberse puesto un vestido. Una de las manos firmes de él le palpó el trasero mientras la otra se deslizaba en sus braguitas para acariciar con el dedo su punto caliente.

—Me encanta que seas tan receptiva —le murmuró él al oído. Mordisqueó la piel suave de debajo de la oreja y deslizó primero un dedo y después otro dentro de ella, al tiempo que hacía magia con el pulgar en su clítoris—. Tan apretada. Tan húmeda...

Makayla gimió cuando él aumentó la presión en el pulgar y la llevó al borde del orgasmo mucho más deprisa de lo que habría creído posible. No sabía si era por el miedo a que los vieran, el mordisco del frío en el trasero desnudo o lo segura que estaba de que Hudson podía darle placer, pero fuera lo que fuera, estaba llegando al orgasmo con rapidez y ya empezaba a sentir temblores.

Se aferró a él cuando el pulgar cambió ligeramente de ángulo en el clítoris y empujó más fuerte y más deprisa. Makayla le clavó los dientes en el hombro y se rindió a la espiral de placer que la envolvió con una oleada tras otra, hasta que se dejó caer flácida contra él.

Casi no se dio cuenta de que él buscaba algo en el bolsillo, se abría la cremallera y se ponía un preservativo, pero sí sabía lo que se acercaba y su cuerpo se tensó expectante.

Cuando Hudson se apretó contra ella, Makayla le pasó una pierna por la cintura para darle todo el acceso que necesitaba para penetrarla de una sola embestida fuerte.

Tal vez fuera la estrechez del callejón y el ángulo de sus cuerpos, o quizá lo lascivo de la situación, o tal vez el morbo del sexo en la calle, pero fuera lo que fuera, ella no recordaba haber estado jamás tan excitada.

Cada embestida era un placer nuevo, ondas de gusto a modo de cosquilleo se extendían por su cuerpo, su piel estaba hipersensible a cada caricia y su cuerpo se acoplaba con el de Hudson de un modo nuevo, más intenso.

Lo deseaba con cada centímetro de su cuerpo y todas las terminaciones nerviosas de su cuerpo vibraban.

—Lo querías fuerte y rápido, ¿no? —preguntó él.

—Sí —Makayla dio un respingo cuando él embistió con más fuerza y más rápido, con el principio del orgasmo rozando ya los límites de su consciencia.

—La señora solo tiene que pedir —murmuró él. La agarró por las nalgas y la levantó. La colocó en el ángulo apropiado para que llegara al clímax, que se produjo con tanta rapidez y espontaneidad que ella soltó un grito, que Hudson se apresuró a silenciar cubriéndole la boca con la suya.

Se puso rígido y ella tragó su gemido. La fuerza del orgasmo de él hizo que Makayla deseara que pudieran repetirlo.

Hudson la bajó al suelo y se retiró. Le alisó la falda y se volvió para quitarse el preservativo y adecentarse, mientras que Makayla no pudo hacer otra cosa que apoyarse en la pared hasta que dejaron de temblarle las piernas.

Cuando él giró de nuevo hacia ella, su sonrisa iluminó el callejón.

—Eso ha sido... —movió la cabeza, momentáneamente sin palabras— lo más erótico del mundo.

La abrazó con fuerza.

—Eres increíble, ¿lo sabes?

—Dime algo que no sepa.

Hudson soltó una risita, que reverberó también en el pecho de ella, y se apartó un poco.

—¿Esto te ha abierto ganas de postre? —preguntó—. ¿Quieres que tomemos una copa y un trozo de tarta de manzana en Bluey's?

—Me gustaría —contestó ella.

Buscó en el rostro de Hudson alguna señal de que lo que acababa de pasar entre ellos significaba tanto para él como para ella.

Acababa de vivir el sexo más intenso de su vida y en público y eso le había hecho darse cuenta de que jamás habría confiado tanto en otro hombre que no fuera él.

Hudson la hacía sentirse valorada, segura y, por qué no decirlo, también amada.

Y eso la asustaba terriblemente.

No podía perder de vista su objetivo, y menos aún cuando parecía que ya podía estar a su alcance. Si todo iba según su plan y bordaba la audición con Reg Grober, se mudaría pronto a Nueva York, y enamorarse de Hudson solo serviría para complicarlo todo.

No podía enamorarse de él.

No lo haría.

Pero ¿y si ya era tarde?

Capítulo 18

Hudson no había sido un monje precisamente. Dirigía el club más de moda de Sídney y eso implicaba que nunca faltaban mujeres hermosas que querían estar con él. Eso no lo volvía vanidoso, simplemente era un hecho que aceptaba con gratitud.

Pero nunca, desde que perdió la virginidad a los quince años con una mujer mucho más mayor que dirigía un bar en el Cross, había disfrutado del tipo de sexo arriesgado que acababa de vivir con Mak.

Eso lo había dejado sin palabras. Literalmente.

La había llevado al Cross para hacer con ella un recorrido por la memoria. Ni en sus sueños más salvajes se le había ocurrido que harían el amor en un callejón.

Nunca se había sentido tan desconcertado. Mak lo desconcertaba constantemente con su facilidad para pillarlo por sorpresa. ¿Lo hacía a propósito, para mantener una distancia emocional con él? De pronto se le ocurrió otra posibilidad más oscura.

¿Ese sexo tan fenomenal había sido el modo en que lo había recompensado ella por la audición con Grober?

Odiaba pensar así, porque le daba la impresión de que eso degradaba lo que habían compartido diez minutos atrás. No quería que se sintiera agradecida ni creyera que le debía algo.

¿Qué pensaría si supiera que le había dado la noticia de la audición

porque se sentía culpable por haber sido tan capullo en el pasado?

La reacción de ella había sido la que esperaba. Tenía la mente en otra parte y sus respuestas eran vagas. Se alejaba ya de él. Si no hubieran tropezado con el callejón, ¿habría querido pasar el resto de la velada con él o estaría ya en su casa, ensayado para el espectáculo de Broadway y todo lo que entrañaba?

Odiaba estar así, confuso y preocupado. Por eso había hecho lo único que se le había ocurrido para restablecer el equilibrio, llevarla al Bluey's y confiar en que los recuerdos de su pasado en común fortalecieran los vínculos que había entre ellos.

—¿Cuánto tiempo hace que no vienes por aquí? —preguntó cuando le sostenía la puerta abierta para que entrara.

—Demasiado —Mak parpadeó rápidamente y miró a su alrededor—. No puedo creer que esté igual.

—Ya conoces a Bluey. Lo que no está roto, no se arregla —Hudson la guio entre el gentío de amantes del jazz que atestaba el club.

Estaban todas las mesas llenas y la zona de pie próxima al escenario tenía unas diez filas de personas. Hudson se alegró de ello. Un club lleno tendría ocupado a Bluey y, con suerte, pensaría menos en su viaje inminente al más allá.

—Hasta huele igual —Mak inhaló hondo y cerró los ojos—. Aros de cebolla fritos y bourbon.

Hudson entendía lo que quería decir. Todos los lugares en los que había trabajado en otro tiempo habían tenido un olor distintivo, unos más agradables que otros. El Bluey's le había olido bien porque sabía que allí encontraría a Mak, instalada en el apartado pequeño separado de la zona principal del bar. Haciendo deberes o leyendo revistas, pasando el tiempo hasta que su madre terminara de trabajar.

Al divisar a Bluey, le tocó la mano a la joven.

—Ahí hay alguien a quien le encantaría verte.

Mak abrió los ojos y miró el pasillo que iba del bar a la parte de atrás.

—¡Oh, Dios mío! Tiene un aspecto terrible.

—Eso no se lo digas a él —Hudson la guio hacia Bluey, a quien se le iluminaron los ojos al verlos—. ¡Maldito cáncer! Es muy injusto.

—Está esquelético —murmuró ella. Le apretó la mano a Hudson—. ¡Pobre Bluey!

Sin embargo, cuando se acercaron a él, sonrió, le soltó la mano a Hudson y abrazó al dueño del bar.

—¡Cuánto tiempo!

—Y que lo digas, muchacha —Bluey la mantuvo abrazada y Hudson apartó la vista por miedo a que fuera muy fácil leer en sus ojos la emoción que le apretaba la garganta.

Cuando Bluey y Mak se separaron por fin, Hudson vio que el primero la miraba con lágrimas en los ojos.

—Eres la viva imagen de tu madre —tendió un brazo y le tocó el pelo—. Hasta tienes el mismo color llamativo.

—Mamá era hermosa, así que supongo que tengo suerte.

—Sí que lo era —Bluey carraspeó y señaló la barra—. ¿Qué vais a tomar?

—Para mí un chardonnay, por favor —Mak miró a Hudson—. ¿Y tú?

Hudson necesitaba algo más fuerte, algo que le ayudara a vencer la tristeza y la sensación interna de que ya había perdido a Mak.

—Whisky solo.

Bluey enarcó las cejas con un gesto de incredulidad cómica.

—Es la primera vez en todos estos años que tomas una bebida de hombre.

—Esta noche estoy haciendo cosas nuevas —Hudson miró a Mak y ella se ruborizó.

Bluey resopló y le dio una palmada en el brazo.

—Un consejo, muchacha. No dejes que este tonto te engatuse.

—Puede que sea demasiado tarde para eso —repuso ella. Le pasó una

mano por la cintura con una sonrisa y apoyó la cabeza en su hombro—. Cuando quiere, tiene mucho encanto.

Bluey volvió a resoplar, pero no pudo ocultar una sonrisa.

—Vuelvo enseguida con esas bebidas. Instalaos en el apartado.

—O sea que crees que soy encantador, ¿eh? —Hudson la llevó al apartado que había en un rincón, donde habían pasado incontables horas charlando, y le frotó el cuello con la nariz—. Porque todavía no has visto nada.

—Mmm—ella casi ronroneó cuando él le mordisqueó la mandíbula y bajó luego por el cuello hasta el punto tierno situado encima de su hombro—. ¿Quieres oír algo perverso?

Hudson alzó la cabeza y la miró a los ojos.

—Siempre.

—Eso que haces ahora... Yo fantaseaba mucho con esto entonces —se ruborizó—. Y llené muchas libretas con nuestras iniciales mezcladas en corazones, cuando todo el mundo creía que hacía deberes.

La nostalgia se apoderó de él y estrujó con fuerza su pecho.

—Yo sentía lo mismo por ti, pero la diferencia de edad...

—Sí, lo sé. Si hubiéramos empezado a salir entonces, les habría dado un ataque a todos —una chispa de malicia iluminó sus ojos—. Sobre todo si hubiéramos sido tan traviosos como ahora.

—«Traviosos» es decir muy poco —musitó él. Su polla estaba ya a media asta solo con pensar lo que habían hecho menos de veinte minutos antes.

—Pues quizá podamos pensar otras palabras. Pero más tarde —ella arqueó la pelvis contra la de él con una sonrisa de malicia.

—Eres insaciable —murmuró él—. Le dio un beso en los labios—. Y me gusta mucho que lo seas.

—¡Por lo que más queráis, buscaos una habitación! —dijo Bluey, entrando en el apartado. Dejó una bandeja con tres vasos en la mesa—. Siempre te he tenido por una chica lista, Mak. No sé lo que ves en este idiota.

—Tiene sus puntos buenos —ella rio, se soltó de Hudson y fue a sentarse a la mesa—. Uno de ellos es que no olvida a sus amigos —hizo una mueca y puso una mano encima de la de Bluey, que descansaba en la mesa—. Siento no haber venido por aquí.

—Son cosas que pasan —Bluey se encogió de hombros, pero, en su modo de apretar la mandíbula, Hudson vio lo mucho que significaban para él las palabras de la joven—. Después de la muerte de tu madre, seguiste adelante con tu vida. Es lo natural.

—Sí, pero tendría que haber venido de visita —Mak frunció los labios—. Hudson me ha dicho lo del cáncer.

—Como ya he dicho, son cosas que pasan —Bluey parpadeó unas cuantas veces y apretó la mandíbula—. Me estoy muriendo, así que no perdamos tiempo machacando lo obvio y hablemos de otras cosas —los miró con recelo—. Contadme lo que hay entre vosotros.

—Nada —dijo Mak.

Hudson y Bluey rieron.

—¡Eh!, no se lo diré a nadie —Bluey se tocó la nariz—. Lo que ocurre en el Bluey's no sale del Bluey's.

Hudson esperó a que Mak dijera algo, pues no quería excederse y decir algo que no debía. Por ejemplo, que tenían una relación pero podía acabarse en cualquier momento.

Mak sonrió a ambos con picardía.

—Hudson es mi jefe en este momento, así que se supone que no debo decir nada, pero... —dobló el dedo índice y miró a Bluey—. Me gustaba muchísimo hace años, así que no puedes culpar a una chica por perder la cabeza y enamorarse un poco de él.

Hudson sonrió. Ella admitía estarse enamorando. Eso tenía que ser algo bueno, algo para seguir adelante. Pero ¿por qué tenía la impresión de que las palabras de ella eran una especie de premio de consolación, teniendo en cuenta que se iría pronto?

Bluey alzó los ojos al techo.

—Al menos es un buen chico.

—Gracias por ese respaldo tan entusiasta —Hudson levantó su whisky en un brindis—. Por los viejos tiempos. Y la gente de los viejos tiempos.

Bluey tomó su vaso de ron oscuro, su veneno personal desde que Hudson podía recordar, y chocó los vasos.

—Por aprovechar al máximo cada minuto.

—Por nosotros —añadió Mak.

Su sencillo brindis tuvo un significado añadido para Hudson cuando lo miró a los ojos intentando expresar un mensaje que él no tenía esperanzas de interpretar.

¿Se daba cuenta de que la noticia que le había dado en la cena suponía el fin de lo suyo? ¿De que era muy probable que hiciera las maletas y se fuera a Nueva York sin él? ¿Le importaba que se acabara aquello?

No habían establecido un tiempo límite para esa relación. En realidad, no habían hablado gran cosa del tema. Se habían entregado a una pasión largo tiempo contenida sin precisar lo que implicaría para ambos que aquello fuera en serio.

Porque los dos habían sido tan estúpidos como para creer que no sería así.

Después de la maravillosa primera noche que habían pasado juntos, Mak había dicho que no dejaría que una relación le impidiera lograr sus objetivos y él había contestado que estaría encantado de aceptar aquello como fuera surgiendo.

¿Pero qué pasaba si Mak quería darlo por terminado antes de que hubiera llegado a empezar en serio?

—Hablando de viejos tiempos, ¿queréis oír una locura? —Bluey dejó su vaso en la mesa con demasiada fuerza e hizo una mueca—. Como estaba tan enamorado de tu madre, no toqué vuestro apartamento después de que ella muriera y tú te marcharas.

—¿Qué? —Mak se quedó paralizada en el sitio con los ojos muy abiertos por la sorpresa—. ¿No se lo alquilaste a nadie más?

Bluey negó con la cabeza.

—No podía soportar cambiarlo —se sonrojó y se pasó una mano por el rostro—. A riesgo de que penséis que soy un viejo solitario, me gusta ir allí a veces a recordar.

—¡Caray! —Mak se echó hacia atrás en la silla—. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Tú puedes hacerla, yo puedo no contestarla —dijo Bluey, quien parecía avergonzado.

—¿Por qué nunca le dijiste a mamá lo que sentías?

—¿Estás de broma? Ella estaba muy por encima de mí —Bluey frunció el ceño—. Pero ahora no pasa ni un solo día en el que no lamente no haber tenido pelotas para decírselo.

En el pecho de Hudson pasó algo, una voltereta incómoda del corazón que hizo que quisiera frotarse la piel para eliminar el extraño dolor. ¿Tenía él pelotas para hablar y decirle a Mak que, para él, aquella relación no era solo algo transitorio?

Nunca había tenido una relación que durara más de unas cuantas citas. Nunca había conocido a una mujer que captara su atención más tiempo. Pero Mak era todo lo que podía desear. Lo seducía, cautivaba y desconcertaba a tantos niveles que, si intentaba decir en voz alta lo que sentía, no sabría por dónde empezar.

Al principio había pensado que la fuerte atracción entre ellos tenía más que ver con el pasado, con que por fin había conseguido lo que había deseado y era tan bueno como había imaginado.

Pero había algo más y lo sabía. El problema allí era si lo sabía ella.

—Por lo que pueda servir, ella nunca hablaba de hombres, pero tu nombre salía a menudo en la conversación —Mak le dio una palmada en la mano a Bluey—. De hecho, yo habría jurado que era posible que tuvierais algo en secreto pero quisierais ocultármelo a mí.

Bluey se sonrojó más todavía y lanzó un juramento entre dientes.

—¡Ojalá! Lo más cerca que estuve de comunicarle a tu madre que me

gustaba fueron los besos de rigor en Nochevieja —sonrió lentamente—. Siempre me aseguraba de que ella trabajara ese día.

—Muy hábil —comentó Hudson, a quien le habría gustado que Bluey hubiera corrido el riesgo cuando había tenido la oportunidad.

Independientemente de lo que ocurriera entre Mak y él, jamás se arrepentiría del tiempo que habían pasado juntos. Pero en ese sentido era avaricioso, quería más.

—Puedes subir a ver el apartamento, si quieres —Bluey terminó su vaso de ron—. Yo tengo que volver al bar.

A Mak se le iluminaron los ojos.

—Me encantaría.

Hudson dudó, sin saber si seguir a Bluey o quedarse con Mak. No quería entrometerse en sus recuerdos, pero sentía un fuerte impulso de permanecer a su lado. Casi como si ella se fuera a marchar si la perdía de vista. Una locura.

Bluey los despidió con la mano antes de volver al bar y Hudson tuvo la sensación de que estaba de más.

—¿Quieres venir conmigo? —Mak se levantó y le tendió la mano—. Ven a ver mi antiguo dormitorio, donde pasé tantas horas deseándote.

Hudson respiró aliviado y le tomó la mano.

—Tenías un gusto exquisito —dijo.

—O demasiado tiempo para mí y una vida social tan escasa que no conocía a ningún otro chico aparte de a ti y por eso...

—Déjalo antes de que lo estropees —dijo él. Tiró de ella en el pasillo para darle un beso.

Un beso largo y profundo con la boca abierta, que enseguida tuvo como consecuencia que se empalmara y anhelara estar dentro de ella.

—Si no andamos con cuidado, acabaremos ardiendo —susurró ella contra la boca de él. Lo besó desde la barbilla hasta la oreja, donde mordisqueó el lóbulo—. Me gusta esta pasión que tenemos.

—A mí también —para demostrarlo, Hudson se apretó contra ella y disfrutó su gemido de placer—. Pero hacerlo en el pasillo del Bluey's parece casi un sacrilegio.

—Pues vamos arriba lo antes posible —ella tiró de su mano escaleras arriba y a él no le quedó más remedio que seguirla, divertido, esperanzado e increíblemente excitado.

Le gustaba que lo deseara tanto como la deseaba él y que hubiera instigado el sexo apasionado en el callejón, pero tenía la impresión de que, siempre que entraban en el terreno de las emociones, como en las confesiones que había hecho ella unos minutos antes en la mesa, Mak volvía inmediatamente al terreno de lo físico. Hudson no sabía si lo hacía como maniobra de distracción o era un mecanismo para lidiar con los sentimientos porque le resultaban incómodos.

Tendría que preguntárselo a ella, pero no podía pronunciar las palabras cuando toda su sangre había bajado a sus partes íntimas. Se lo preguntaría más tarde. Mucho más tarde.

—Nunca he subido aquí —dijo, cuando ella se detuvo delante de una puerta en la parte alta de las escaleras.

—Bluey nunca dejaba que subiera nadie que no fueran los inquilinos —Mak se apoyó en la puerta, sujetando todavía la mano de él—. Casi reuní valor para invitarte a venir un día que mamá no estaba, pero creo que Bluey se dio cuenta, porque se inventó un recado tonto para mandarte fuera cuando llegaste, y no pude hacerlo.

—Más vale tarde que nunca, supongo.

Se sonrieron mutuamente, con sonrisas bobaliconas que reflejaban su pasado compartido y lo lejos que habían llegado.

—Vamos, antes de que este viaje por los recuerdos me haga llorar a lágrima viva —ella giró hacia la puerta y probó el picaporte.

La puerta se abrió y lo primero que notó Hudson cuando entraron fue lo limpio que estaba todo.

—Parece que Bluey tiene alguien que viene una vez a la semana.

—Sí —repuso Mak, con voz tan baja que era casi inaudible.

La joven tiró de su mano para soltarse y él la dejó ir y cerró la puerta tras de sí. Mak se introdujo en el apartamento.

El lugar se veía viejo. Había un sofá de dos plazas de algodón raído, un sillón de vinilo agrietado, una mesa de comer para dos y una pequeña cocina. En la sala se abrían dos puertas: una llevaba al cuarto de baño y la otra a un dormitorio.

Le resultaba increíble que Mak y su madre no se hubieran agobiado mutuamente en un lugar tan pequeño. Él había tenido mucho más espacio en su casa, pero eso no había ayudado a la relación con su padre. Aunque hubiera habido un continente entero entre ellos, su querido papá se las habría arreglado para convertir su vida en un infierno.

—Ahora parece mucho más pequeño —comentó ella, como si le leyera el pensamiento. Se quitó los zapatos y caminó hacia el dormitorio—. Mamá siempre me hacía quitarme los zapatos en la puerta. Decía que era mejor para mis pies de bailarina que dejara que se flexionaran y se extendieran con naturalidad.

—¿Nunca sentiste el impulso de volver aquí? —preguntó él.

Le sorprendía que alguien que había querido tanto a su madre como para llegar hasta el punto de hacer estriptis para sacar dinero para su funeral no hubiera vuelto al lugar en el que se había criado.

Mak se encogió de hombros y se apoyó en la jamba del dormitorio con expresión alicaída.

—Este sitio dejó de tener interés cuando murió mamá. Y habría dado igual donde hubiéramos vivido, porque para mí mi hogar era ella, no el apartamento.

—Tienes suerte de que estuvierais tan unidas —Hudson dudó un momento antes de añadir—: Te envidio eso.

—¿Nunca pensaste en buscar a tu madre?

La sensación familiar de náusea que sentía en las entrañas siempre que pensaba en su madre le hizo desear no haber subido allí. No podía contarle la

verdad a Mak. No podía arruinarle la noche, la velada en la que quizá había conseguido por fin su gran oportunidad. No podía mancharla con lo que había descubierto cuando había ido en busca de su madre. La verdad que casi lo había matado. No quería que Mak lo compadeciera. Esa noche no. Así que asumió una expresión de falta de interés, algo en lo que tenía mucha práctica.

—No tiene sentido intentar buscar a alguien que no quiere que lo encuentren.

—¿Tú padre nunca lo intentó?

—Mi padre es un gilipollas —repuso él, cortante. Y se arrepintió al instante de aquel estallido por un tema del que no quería hablar.

Nunca había comentado con nadie la mierda que había sido su vida familiar. Solo Tanner tenía alguna idea de lo malo que había sido lo de su padre, pero su mejor amigo tampoco sabía ni la mitad.

Y que Mak hurgara en una herida profunda e infectada bien oculta solo sirvió para enfatizar lo que ya sabía.

Que su pasado no tenía derecho a interferir con su futuro.

Trabajaba duro para pagar los cuidados especiales que necesitaba su padre. Cumplía con su parte, aunque el viejo bastardo no se lo mereciera.

Hacía las visitas de rigor en Navidad y en el cumpleaños de su padre y ahí terminaban sus obligaciones familiares. Era mucho más fácil ocuparse del problema con dinero y mantener las distancias que ser masoquista e infringirse dolor, cosa que sucedía inevitablemente cada vez que veía al viejo.

Mak levantó una mano y fingió escribir con la otra.

—Tomo nota. Evitar hablar de familias.

—Perdona —él se pasó una mano por la cara—. Es un punto doloroso.

—Ya me he dado cuenta —ella cruzó la pequeña sala de estar y le tendió las manos—. ¿Quieres que te enseñe la casa?

Él miró a su alrededor.

—Creo que ya he visto casi todo.

—Te falta el dormitorio —Mak le tomó las manos y se acercó hasta que sus pezones rozaron el pecho de él.

Hudson no necesitó nada más para olvidar el pasado y concentrarse en el presente.

—Muestra el camino —la hizo retroceder hacia el dormitorio paso a paso, despacio pero con firmeza, sin dejar de mirarla a los ojos.

—¿Qué habrías hecho si hubiera intentado desviarte del camino recto hace cinco años? —preguntó ella. Parpadeó con coquetería y sonrió con astucia.

—Como era más mayor y más sabio, habría sido un caballero, por supuesto.

Hudson se detuvo en el umbral del dormitorio y observó rápidamente el pequeño interior. Había dos camas individuales. Incómodo pero factible. Teniendo en cuenta que el callejón no había presentado problemas, una cama individual no lo iba a detener.

—Por suerte para mí, ya no eres tan sabio —ella agarró la camisa de él y tiró hacia sí para darle un beso de los que indicaban que quería devorarlo lo más rápidamente posible, y que siempre conseguían dejarlo sin aliento y empalmado.

Mak tenía un modo de usar la lengua que lo volvía loco. Con embestidas cortas y lametones lánguidos, sin que supiera cuándo tocaba qué. Un sistema desordenado y muy erótico.

—¿Seguro que esto no es muy raro para ti? —preguntó.

La empujó hacia la cama más próxima, confiando en que ella no se arrepintiera.

—¿Bromeas? En el pasado fantaseaba siempre con que estabas aquí conmigo —Mak le abrió la bragueta y deslizó la mano dentro. Hudson lanzó un gemido—. Caía en la cama por la noche, agotada de hacer deberes y de las clases de baile, demasiado nerviosa para dormir.

Acarició el pene de él. El brillo de sus ojos era muy malicioso.

—Te imaginaba aquí, tumbado conmigo —pasó el pulgar por el glande y él se puso rígido—. Tocándome.

Apartó la mano con cuidado y procedió a abrirle el botón de los vaqueros y tirar de ellos por las piernas abajo, junto con los calzoncillos.

—Por suerte para mí, la realidad sobrepasa a mi imaginación de entonces.

—¿Te tocabas cuando pensabas en mí? —preguntó él.

—Sí. Justo así —ella se sonrojó y bajó las manos despacio por su cuerpo. Se rozó los pechos y pellizcó los pezones antes de subirse el vestido y deslizar los dedos bajo el elástico de las braguitas.

—¡Joder! —musitó él, fascinado, viéndola darse placer.

—Cada cosa a su tiempo, amigo mío —repuso ella con una sonrisa astuta. Se quitó las bragas y siguió jugando consigo misma.

Deslizó el dedo corazón entre los pliegues y lo movió en círculos. Siguió frotándose con él hasta que su respiración se alteró y se volvió jadeante.

Hudson, dividido entre el placer y el dolor, agarró su polla y subió el puño arriba y abajo. Quería penetrarla pero no estaba dispuesto a detener aquel espectáculo erótico.

—¿Quieres terminarme tú? —Mak levantó hacia él el dedo, brillante y húmedo, como si le ofreciera un premio, y a Hudson le palpitó la polla.

No fue necesario que se lo pidieran dos veces.

Por suerte, había tenido la previsión de llevar varios preservativos en la cartera desde que habían empezado a salir y se puso uno en tiempo récord, antes de alzarla un poco y penetrarla hasta lo más hondo. Saboreó la primera introducción en el calor prieto y húmedo de ella y resultó maravilloso cuando ella se apretó en torno a él, haciéndole sentirse como un rey.

Todas las veces era así. Así de bueno. O de malo, porque no podía evitar pensar que cada vez podía ser la última, ¿y dónde demonios lo dejaría eso?

—Tengo que terminar ya —dijo ella, con voz ronca. Levantó una pierna y apoyó el pie en la cama.

Decidido a borrar sus dudas y concentrarse en el placer, él le agarró el trasero, y la adelantó un poco para rozar su clítoris con cada embestida.

—¡Ah, sí, así! —ella echó atrás la cabeza y arqueó el cuerpo contra él con un abandono que resultaba muy sexy. Tenía la piel resbaladiza por el sudor, los labios entreabiertos y la mirada vidriosa por la pasión—. Ahora, Hudson. Ahora...

Él la embestía como un poseso, ignorando todo lo que no fuera la exquisitez de estar dentro de aquella mujer. Del éxtasis espectacular que sintió cuando el orgasmo llegó como un tren de mercancías, derribando sus barreras y dejándolo más expuesto que nunca.

Mak gritó al mismo tiempo que él. Alzó la cabeza con tanta rapidez que casi lo dejó sin sentido.

No le importó. Lo único que le importaba era tener a aquella mujer en su vida más tiempo, muchos días más.

—Te quie... —¡joder!, casi se había dicho que la quería. Y, a juzgar por la expresión sobresaltada de ella, se había precipitado, así que añadió rápidamente—: Te quiero disfrutar así —y se encogió de hombros con indiferencia fingida para dar más credibilidad al cambio de frase.

—Yo también —contestó ella. Le dio un pico muy breve en los labios y se soltó.

¡Oh, oh! ¿Su abrupta retirada era consecuencia de la casi declaración de amor de él o todo era cosa de su imaginación?

Llamaron a la puerta y ella abrió mucho los ojos, sorprendida.

—Yo voy —señaló por encima del hombro con el pulgar—. Hay otra puerta que lleva al baño, si necesitas asearte.

Hudson pensó que sería buena idea, teniendo en cuenta que estaba allí de pie, con un preservativo en la mano y desnudo de cintura para abajo.

—Gracias —dijo. Salió deprisa del dormitorio con el corazón en un puño.

Sí, definitivamente, allí pasaba algo. Estaba seguro.

Oyó murmullos de voces en la sala de estar, así que cerró la puerta del baño con la sala y se limpió. Cuando oyó cerrarse la puerta de fuera, abrió la del cuarto de baño, se asomó a la sala y encontró un verdadero festín en la pequeña mesa de comedor.

Mak le hizo señas de que se acercara.

—No sé si estar agradecida o avergonzada de que Bluey nos haya enviado esto pensando que quizá hemos hecho apetito.

—¿Ha dicho eso?

—No, ha enviado a uno de sus empleados con el mensaje y la comida.

—¡Viejo loco! —dijo Hudson. No obstante, su estómago emitió un ruido sordo cuando se acercó a la mesa a mirar la comida—. Pero recuérdame que le dé las gracias cuando bajemos.

Bluey les había enviado aros de cebolla fritos, alitas picantes, costillas a la barbacoa y patatas fritas, más dos trozos gigantes de tarta de manzana y dos botellas de limonada.

—Me muero de hambre —dijo Mak. Le tendió un plato para que se sirviera—. Tengo la impresión de que hace días que comí la hamburguesa.

—Creo que ya hemos quemado esa comida dos veces —murmuró él con rostro inexpresivo. Observó atentamente la reacción de ella y le alivió verla reír. La incomodidad de unos minutos antes parecía haber desaparecido.

—Yo sí que he hecho hambre —dijo ella. Llenó su plato y se sentó—. Es el mejor ejercicio que pueda haber.

Hudson levantó una mano.

—Estoy más que encantado de aceptar el papel de entrenador personal tuyo —guiñó un ojo—. Un entrenado muy personal.

—Estás contratado —Mak levantó una botella de limonada para brindar—. Por muchas sesiones de ejercicio juntos.

—Brindo por eso —Hudson chocó su botella con la de ella y dio un trago grande—. ¿De verdad crees que Bluey nos ha enviado aquí porque pensaba que follaríamos?

—Ni idea, pero teniendo en cuenta cómo me miras, no hay que ser un Einstein para adivinarlo —ella tomó una alita y empezó a comérsela con bocados grandes y poco delicados, lo cual hizo reír a Hudson.

—¿Y cómo te miro? —preguntó.

—Como si yo fuera esto —agitó la alita en el aire— y tú estuvieras muerto de hambre.

Hudson sonrió y se encogió de hombros.

—Un hombre tiene que comer.

—Sí —los ojos de ella se oscurecieron de pasión, quizá pensaba en los muchos modos en que la había comido él desde que se habían reencontrado.

—Tienes que dejar de mirarme así —comentó Hudson, sirviéndose algo de comida—. Si me vas a atacar de nuevo, necesito energía.

—Me parece bien —ella terminó la alita y devoró cinco costillas mientras él comía unos cuantos aros de cebolla.

—¡Caray! Sí que tienes hambre.

—Es la comida —Mak señaló lo que quedaba del festín—. Bluey nos enviaba estas cosas regularmente a mamá y a mí, siempre que ella hacía un turno doble o bailaba luego en otro club. Es un hombre muy considerado.

Por su mejilla rodó una lágrima y se la secó con la mano libre.

—¡Maldita sea! Estar aquí me ha puesto sentimental.

—Lo entiendo —le aseguró él.

Era verdad. Había sentido lo mismo cuando había ido a ver a Bluey la semana anterior, y eso que él no había vivido allí. ¿Cuánto peor debía de ser la nostalgia para Mak?

—Estar aquí, en este apartamento, hace que piense que quizá no debería haber rehuido tanto el pasado —Mak dejó una costilla en el plato y se limpió las manos en una servilleta con expresión cauta—. Después del funeral de mamá, escapé del Cross sin mirar atrás, pero no debí hacer eso —movió la cabeza—. No debí permitir que una noche de estriptis manchara todos los buenos recuerdos de mi infancia aquí.

—¿Por eso te fuiste?

Mak se mordió el labio inferior. Asintió.

—Sí. Me sentía tan sucia, que ya no podía ir por la calle sin pensar que todos los hombres me miraban con lascivia, que habían sido testigos de mi vergüenza —levantó una mano—. Y antes de que empieces a disculparte de nuevo, mi marcha no tuvo nada que ver con tu estallido —se golpeó el pecho—. Fue cosa mía, pero no debí ignorar el pasado. Me gustó crecer en el Cross. Este era mi hogar y yo me sentía segura. Tendría que haber mantenido el contacto con Bluey, que siempre había sido muy bueno conmigo.

—Sabe que aquí dentro lo aprecias —Hudson se señaló el corazón—. La gente que más nos importa sabe lo que sentimos por ellos aunque no los hayamos visto en siglos, y Bluey es una persona muy buena y sabe lo que sientes.

—Basta, me vas a hacer llorar —murmuró ella. Se pasó una mano por los ojos—. ¿Sabías que me compraba mis revistas favoritas de adolescentes y me las dejaba en el apartado para cuando llegara del instituto?

Hudson sonrió al imaginarse al grandullón de Bluey pidiendo revistas de adolescentes en el quiosco de prensa.

—Eso es genial.

—Y no solo eso —a ella, perdida en los recuerdos, se le nublaron los ojos—. Se aseguraba de que la pista de baile estuviera despejada una hora al día después de clase para que pudiera practicar. De que no hubiera grupos ensayando ni pruebas de sonido, solo mi música y yo.

—Es un hombre considerado —repitió Hudson. No añadió que quizá Bluey había volcado su cariño en Mak porque no había tenido hijos propios y estaba enamorado de su madre.

—Hasta me prestó dinero más de una vez cuando quería comprarle un perfume especial a mamá por su cumpleaños. No parece justo que acabe de conectar con él y se vaya a morir tan pronto.

Desgraciadamente, la vida no era justa. Hudson lo sabía mejor que nadie, pero Mak no necesitaba su cinismo en ese momento.

—Bluey es un realista. Y creo que tú también. La vida es frenética para todo el mundo. Él lo entiende. Solo tienes que venir alguna vez cuando puedas. Él te lo agradecerá —dijo.

Hablaba como si eso fuera fácil, cuando, en realidad, si Mak pasaba la audición con Grober, se iría al extranjero más pronto que tarde. Pero no quería pensar en eso todavía y, por supuesto, no quería que eso les amargara el resto de la velada.

—¿Quién te ha hecho tan sabio? —ella hizo una bola con la servilleta y se la lanzó.

Hudson la atrapó en el aire y la apuntó con un dedo.

—Siempre he sido sabio, querida. Has tardado mucho en darte cuenta.

Mak le sacó la lengua, tomó unas patatas fritas y las mojó en ketchup.

—Gracias —dijo. Se comió las patatas y lo miró con gratitud.

—¿Por qué?

—Por haberme traído aquí —señaló la habitación—. Necesitaba reconectar con mi pasado, pero hasta esta noche no me había dado cuenta de hasta qué punto.

—De nada —contestó él.

El dolor incómodo del pecho había regresado. Quizá había comido demasiadas costillas.

Mak lo miró con la vista baja.

—¿Puedo decirte algo? —preguntó.

—Lo que quieras.

—Este recorrido por los recuerdos ha sido mucho más especial porque tú estás aquí.

El irritante dolor se intensificó y Hudson sintió muchas ganas de decir lo que sentía. Pero ella no había respondido bien a su desliz anterior. De hecho, le había faltado poco para salir corriendo del dormitorio, y eso seguramente era una muestra de lo que pasaría si confesaba sus sentimientos.

—Me ha gustado estar aquí —Hudson forzó una sonrisa cuando en realidad quería estrecharla en sus brazos y enterrar el rostro en el pelo de ella.

—Basta ya de sensiblerías —Mak chasqueó los dedos—. Vamos a

terminar esta maravillosa comida y luego me puedes llevar a casa —sus ojos brillaron de entusiasmo—. Tengo que ensayar para una audición muy importante.

Cualquier esperanza que pudiera albergar él de pasar la noche juntos murió en ese momento. Aquello era importante para ella, su sueño de toda la vida.

Hudson lo entendía, pero eso no significaba que tuviera que gustarle.

Capítulo 19

Desde que había aparecido en escena el jefe nuevo de Charlotte, no era extraño que esta se quedara a trabajar hasta tarde y llegara a casa alrededor de medianoche. Makayla nunca se había alegrado tanto como esa noche de tener el apartamento para ella sola.

Hudson la había dejado allí media hora antes. Se había duchado, se había puesto una vieja sudadera de rugby de algodón y se había sentado en el sofá a buscar en internet los próximos espectáculos de Reg Grober.

La dejó anonadada ver la cantidad de producciones en las que intervenía. En cuanto al espectáculo de Broadway para el que iba a hacer la prueba, si conseguía que le dieran el papel, estaría ya en buen camino. Sería una gran estrella dorada en su currículum, que podía conducir al tipo de papeles con los que hasta el momento solo había podido soñar.

Esa era su gran oportunidad.

¿Por qué, entonces, no podía evitar estar preocupada?

Conocía la causa. Hudson. El hombre que le había robado el corazón en el pasado y había vuelto a capturárselo por segunda vez.

Solo que esa vez era peor. Mucho peor. Esa vez había invertido en sentimientos hasta el punto de imaginarlo en su vida para siempre, y él había hecho lo mismo.

Estaba segura de que él había estado a punto de declararle su amor en el viejo dormitorio. Había dicho que la quería antes de disimular y salir con una

frase rara para cubrirse. Y ella se había alegrado de que retrocediera. Se había sentido aliviada. Era demasiado. No podía lidiar la misma noche con el trabajo de sus sueños y el hombre de sus sueños.

Desgraciadamente, los dos serían mutuamente excluyentes.

Si conseguía el trabajo, perdía al hombre.

La solución debería ser evidente. Le había dicho desde el principio que jamás permitiría que ningún hombre pusiera en peligro su sueño. Él sabía lo que había. Pero una cosa era establecer una serie de reglas para seguir teniendo el mejor sexo de toda su vida, y otra muy distinta enamorarse de él y darse cuenta de que, por mucho que quisiera, no podía tenerlo todo.

Oyó el ruido de una llave en la cerradura y un segundo después entró Charlotte en la habitación, con los zapatos en una mano y un maletín en la otra. Se sobresaltó cuando vio a Makayla sentada en la penumbra.

—Hola. ¿Va todo bien?

—Trae el vino y te lo cuento.

—De acuerdo —Charlotte soltó los zapatos y el maletín y se dirigió a la cocina—. Aunque a esta hora casi prefiero un cacao caliente.

—Pues haz el mío doble —le dijo Makayla, quien sabía que ni siquiera un cacao caliente podría conseguir que durmiera aquella noche.

Había tantas posibilidades dándole vueltas en la cabeza, que ninguna cantidad de alcohol o de cacao podrían adormilarla.

—Toma, un especial Charlie con nubecitas extra —Charlotte le pasó una taza y se instaló en un sillón enfrente de ella.

—¿Charlie? ¿Tú no odiabas que te llamaran así?

—Sí —Charlotte arrugó la nariz—. Mi nuevo jefe no solo es un capullo sádico que se excita torturándome a distancia y dándome trabajo suficiente para diez personas, sino que ahora, además, me llama Charlie por teléfono.

—¿Y se lo consientes?

—Necesito el trabajo —Charlotte tomó la taza con ambas manos y sopló sobre el líquido hirviente—. Pero te prometo una cosa. El día en que ese

neandertal ponga el pie en la oficina, será el día en el que yo le clave accidentalmente una estaca en el corazón.

Makayla rio.

—Eso me gustaría verlo.

—Pero háblame de lo que has hecho tú hoy y dime por qué estás sentada en la oscuridad. ¿No tenías una cena con el señor Atractivo? Pensaba que pasarías la noche en su casa.

—Han pasado muchas cosas y he pensado que era mejor que durmiera aquí esta noche.

—¡Oh, oh! ¿Problemas en el paraíso?

Makayla negó con la cabeza.

—Problemas exactamente no, más bien complicaciones.

—¿Quieres hablar de ello? —Charlotte tomó un sorbo de cacao—. Puede que tenga una experiencia nula con los hombres, pero sé escuchar.

Makayla no sabía por dónde empezar, así que dejó fuera los encuentros sexuales de aquella velada y el recorrido por la memoria y se lanzó a lo más profundo.

—Hudson ha usado su influencia en el mundo del teatro para conseguirme una audición con un productor que necesita una bailarina para su próximo espectáculo en Broadway.

Charlotte estuvo a punto de escupir el chocolate.

—¿De verdad? ¡Oh, Dios mío!, eso es increíble.

—Sí, ¿verdad? Estoy encantada. Si te soy sincera, todavía no puedo creerlo. No es que tenga ya el trabajo, pero tengo una oportunidad y eso solo ya es increíble.

Charlotte frunció el ceño.

—¿Y cuál es el problema?

Makayla apretó las manos en torno a la taza y dejó que su calor penetrara en ella. No sirvió para anular el frío que inundaba sus huesos cada vez que

pensaba en alejarse de Hudson.

—Puede que me haya enamorado de Hudson y no quiero estar enamorada, porque eso estropeará todo aquello por lo que he trabajado hasta ahora. Además, no quiero hacerle daño después de lo bien que se ha portado conmigo, primero admitiéndome en su espectáculo y ahora dándome esta oportunidad increíble. Estoy dividida entre mi sueño y el hombre, y no debería ser así. No debería ser un problema. Yo siempre elijo el sueño, pero esta vez se trata de Hudson y...

Se le acabó el fuelle y se echó hacia atrás en el sofá con cuidado de no derramar cacao caliente por todas partes.

Charlotte la miró con ojos muy abiertos.

—Es un gran dilema.

—Dímelo a mí —Makayla tomó unos sorbos de su taza. Cuanto más deprisa bebiera, menos probabilidades habría de que acabara por echárselo encima si se animaba la conversación—. Eres la mujer menos loca por los hombres que conozco. Eres sensata y lógica y valoro tu opinión imparcial. Dime lo que piensas.

Charlotte vaciló, dejó su taza en la mesita de centro y apoyó las manos en su regazo.

—Está bien, pero antes de decir nada, ya ves que nunca he tenido novio, así que puede que no esté cualificada para dar consejos —dijo. Se sonrojó—. Soy un caso patético, lo sé. ¿Todavía quieres mi opinión?

—Sí, por favor. Eres sensata y yo necesito eso ahora mismo —contestó Makayla—. Tú puedes sacarme de este embrollo que me he montado yo sola.

—Pues bien —Charlotte respiró con fuerza—, ¿no hay ninguna probabilidad de que puedas nadar y guardar la ropa? ¿Tener el trabajo y al hombre?

—¿Cómo? Si consigo el trabajo, tendré que estar en Nueva York indefinidamente, lo cual es mi sueño. No puedo pedirle a Hudson que me espere. Yo no le haría eso.

Charlotte frunció el ceño.

—Buen argumento. ¿Y una relación a distancia?

Un destello de esperanza hizo que Makayla se incorporara, pero no tardó en volver a hundirse en el sofá.

—No tendré dinero suficiente para venir a verlo cada pocos meses y no puedo esperar que haga él todo el esfuerzo y sea el que viene siempre a verme. No sería justo —movió la cabeza—. Además, ¿has visto lo bueno que está? ¿Tengo derecho a esperar que esquive a incontables mujeres a cambio de tener sexo intermitente por teléfono y vernos cara a cara dos o tres veces al año?

—Si él siente lo mismo que tú, quizá eso le interese.

Sentía lo mismo. Y eso era parte del problema. Si triunfaba en Broadway, no necesitaba la distracción de pensar si Hudson estaría satisfecho con su acuerdo de una relación a distancia ni cómo lo llevaba o con quién.

Makayla había mantenido su independencia hasta aquel momento por una razón. Porque nada ni nadie se había interpuesto entre ella y su sueño. Desgraciadamente, esa vez la había traicionado su estúpido corazón y sentía mucho más por el hombre de lo que sería aconsejable.

—Lo siento, querida, la relación a distancia es lo más lógico que se me ocurre a estas horas —Charlotte reprimió un bostezo—. Vamos a dormir y por la mañana te cuento si se me ha ocurrido algo más.

—Gracias por escucharme —Mak terminó el cacao y se puso de pie—. Hablando de cosas más prácticas, tú dijiste hace unas semanas que te ibas a ir y nos toca renovar el alquiler pronto. Si yo me voy también, ¿quieres que le diga a la agencia que lo anuncien?

—No. Dame unas semanas más —Charlotte arrugó la nariz—. El sitio que tenía en mente es mucho más caro que este y, si me canso de aguantar las tonterías del jefe, quizá tenga que buscar pronto otro trabajo.

—Está bien —Makayla vaciló, sabía que la vida amorosa de su compañera de piso no era asunto suyo, pero se sentía obligada a decir algo—. No mates al mensajero, ¿de acuerdo? Pero si no sales, nunca encontrarás novio. Relaciónate y diviértete.

—Sí salgo —dijo Charlotte, cruzando los brazos en una postura defensiva.

—Ir al supermercado y a clase de yoga no cuenta.

Charlotte le sacó la lengua.

—Sé que tienes razón, pero no tengo energía para salir en citas malas. Y las páginas web o las aplicaciones para ligar no son lo mío —se sonrojó—. No me gustan los rollos esporádicos.

Makayla se tapó la boca y fingió horrorizarse.

—No me digas que quieres un compromiso.

Esa vez Charlotte le hizo una pedorreta.

—Algo así.

—Te propongo un trato. Independientemente de lo que ocurra con esa audición, a finales de la semana próxima, saldremos una noche. Nos llevaremos también a Abby para que no esté siempre atada a ese grillete de Tanner.

Charlotte la miró como si le hubiera propuesto que se dedicaran a recorrer las calles en busca de hombres.

—No me gusta salir. Odio maquillarme y nunca tengo nada que ponerme.

—Nada de excusas —Makayla levantó la mano—. Lo vamos a hacer.

Charlotte acabó por asentir con la cabeza.

—Está bien.

—Me alegro —Makayla se dirigió a la cocina a limpiar su taza, pero se detuvo en el umbral—. ¿Qué tendría que tener para ti un buen novio? ¿Bíceps grandes? ¿Pectorales grandes? ¿Polla grande?

Charlotte le tiró un cojín a la cabeza y Makayla se echó a reír.

—Tengo la impresión de que tu hombre está a punto de llegar.

Charlotte puso los ojos en blanco y guardó silencio.

Makayla, por su parte, ya había encontrado a su hombre. Desgraciadamente, no sabía cómo retenerlo ni si quería hacerlo.

Capítulo 20

Hudson atacó con brío el saco de boxeo. Primero con la izquierda y después con la derecha. Repitió mecánicamente aquel ejercicio hasta que el sudor empapó su cuerpo y le goteó a los ojos. Solo entonces se detuvo a respirar, se desató los guantes con los dientes, se los quitó y agarró una toalla.

Se secó la cara, se colgó la toalla al cuello y se sentó en un banco cercano a beber agua. Esta sació su sed, pero no sirvió para soltar la opresión de la garganta. El nudo que se había instalado allí desde que confesó sus sentimientos la noche de antes.

Veinticuatro horas más tarde, todavía le costaba creer que casi le había dicho a Mak que la quería. Su modo de cubrirlo, el «te quiero disfrutar así» había sido, cuando menos, patético. Y todavía no sabía si ella se lo había tragado. Había salido tan deprisa del dormitorio, que sospechaba que no.

Que una mujer saliera corriendo al oír que el hombre con el que salía la quería, no era buena señal, pero lo había devuelto de golpe a la realidad. Hasta ese momento, había vivido en un mundo de fantasía, pensando que el entusiasmo de Mak por el sexo y que quisiera pasar tiempo con él significaban que lo quería.

Desgraciadamente, a Mak solo le interesaba bailar y, aunque él la admiraba por estar tan entregada a su trabajo, no podía evitar sentirse molesto.

En el momento en el que le había dicho lo de la audición de Broadway, la había perdido.

Había sabido que sería así, y por eso había retrasado decírselo.

Lo cual lo convertía en un gilipollas.

Arrojó la toalla a un lado y estiró el cuello. Eso hizo poco por aliviar la tensión que tenía en los hombros. Había creído que una buena sesión de gimnasio calmaría su frustración ante una situación aparentemente insostenible, pero no había sido así.

Mak era una bailarina fantástica, de las mejores que había visto en su vida. Conseguiría el papel para Broadway y se iría, eso era seguro. Dejando atrás al idiota que se había enamorado de ella.

Debería alegrarse por ella. Se alegraba por ella.

Si se lo repetía mucho, quizá acabara por creérselo.

—¡Mierda! —murmuró. Apretó los puños inconscientemente y se levantó, preparado para otra sesión de ejercicio.

Sin embargo, antes de que volviera a ponerse los guantes, se le adelantó un chico al saco de boxeo. Un adolescente de unos catorce años, con rastas teñidas de negro y apartadas de la cara con una cinta, cinco pendientes en cada oreja, otro en la ceja y dos más en el labio. Pero lo que le llamó la atención a Hudson no fue eso, sino su expresión hosca y desafiante.

La misma expresión que había tenido él a esa edad.

Enfadado con el mundo. Con la injusticia de tener un padre alcohólico. Con la madre que le había dado la espalda.

Había albergado esa rabia largo tiempo, hasta que había descubierto la verdad sobre su madre y por qué había caído tan bajo.

Su rabia contra su padre seguía intacta y por eso eran tan infrecuentes sus visitas. Ya hacía bastante por aquel viejo bastardo pagándole una residencia especial de lujo para pacientes con demencia inducida por el alcohol. Tendría que bastar con eso.

Observó un rato al chico. Su técnica no era mala, aunque dejaba caer los hombros demasiado a menudo y su gancho derecho necesitaba mejorar mucho.

Casi se ofreció a ayudarlo, pero le bastó ver el brillo fiero de sus ojos

para no moverse del banco.

Al chico no le interesaba la técnica del boxeo, necesitaba un modo de desahogar su antagonismo contra el mundo y cada vez que atacaba el saco era un golpe más a la persona o a lo que quiera que lo había conducido a ese punto.

Hudson había sido afortunado, había tenido a Tanner, quien tenía un padre igual de desastre y eso los había unido. En la época del instituto habían ido mucho por allí, pues preferían golpear un saco de boxeo antes que a algunos gilipollas de su clase.

Jim's había sido su santuario. Un mundo distinto al de ese en el que los llamaban del pub para que fueran a buscar a su viejo borracho y lo arrastraran hasta su casa, del mundo en el que esquivaban puñetazos y botellas de cerveza, en el que recibían insultos que un chico jamás debería tener que escuchar.

Hudson entonces odiaba a su padre, huía a ese gimnasio y encontraba solaz en hacer distintos trabajos por el Cross. Había empezado a trabajar a los trece años y ganar dinero se había convertido entonces en su primer objetivo, porque el dinero sería su modo de escapar, su billete para una vida lejos de Kings Cross y los recuerdos podridos que encerraba.

—¡A la mierda! —gritó el chico. Golpeaba el saco con tanta furia, que la cadena que lo sujetaba se agitaba y oscilaba como si fuera una serpiente.

Hudson seguía sin decir nada, pero cuando el chico alzó la vista de mala gana, vio en sus ojos la misma rabia, dolor y frustración que él había albergado en otro tiempo.

—¿Quieres agua? —Hudson sacó otra botella de su bolsa y se la tendió.

No le sorprendió que el chico frunciera el ceño y se marchara encorvado hacia la puerta como si estuviera deseando escapar.

Hudson tampoco había querido aceptar ayuda cuando tenía su edad. Había hecho lo posible por mantener a la gente a distancia porque dejar que se acercaran implicaba contar cómo era su vida y divulgar secretos que no quería revelar.

Mak había sido la única persona a la que había permitido que tuviera un

atisbo de su vida. Confiaba en ella ya entonces y tenerla de nuevo en su vida había sido un regalo de Dios.

Por eso iba a ser tan dura su marcha.

Capítulo 21

Tres noches después, Makayla seguía sin saber qué hacer sobre su relación con Hudson. Aunque, teniendo en cuenta el poco tiempo que habían pasado a solas en las últimas setenta y dos horas, quizá ni siquiera tuvieran una relación.

Por alguna razón inexplicable, tenía la impresión de que él la esquivaba.

Normalmente, después de los ensayos iban a casa de él y pasaban la noche haciendo salvajemente el amor hasta que se dormían abrazados. Pero las tres últimas noches él había alegado que tenía trabajo en el club y estaría ocupado hasta la madrugada. La explicación era razonable, teniendo en cuenta que había pasado pocas horas en el club las noches de antes por causa de ella, pero su falta de interés resultaba dolorosa.

Parecía que no la echara de menos en absoluto, cuando ella solo podía pensar en él y en la audición con Grober, que tendría lugar al día siguiente.

Fingía que no le importaba el comportamiento frío de él. Después de todo, ella había sido la personificación de la mujer que buscaba relaciones esporádicas. Pero Hudson había dado un paso más ese día, al gritarle por un desliz sin importancia durante el ensayo, y Makayla había llegado a la conclusión de que tenía que hablar con él.

Necesitaba saber qué era lo que le atormentaba antes de que eso arruinara su concentración para la audición más importante de su vida.

Esperó a que todos los bailarines se retiraran al vestuario y se acercó a él,

que tomaba notas sobre la barra situada en un rincón.

—¿Podemos hablar un momento?

Hudson no alzó la vista, solo levantó un dedo.

—Espera que termine esto.

Makayla se controló para no decirle que parecía que ya había terminado.

Hudson tardó cinco minutos más en dejar de garabatear y ella aprovechó para hacer unos estiramientos mientras lo miraba a escondidas.

Cuando él alzó la vista por fin y dejó la tabla sujetapapeles en la barra, la miró con el ceño fruncido.

—¿Querías hablar?

—¿Va todo bien? —una pregunta estúpida, teniendo en cuenta el ceño fruncido y los labios apretados.

—Hay algún fallo técnico de última nota que tenemos que solucionar antes del estreno —Hudson golpeó las notas con el bolígrafo—. Tendría que haber sabido que no iba a salir todo bordado.

—¿Hay algo que pueda hacer yo?

—Bailar lo mejor que puedas el domingo. He sido un capullo gruñón, perdona.

—No hace falta que te disculpes. Tu trabajo es importante para ti, eso lo entiendo —se sentía aliviada porque el comportamiento de él se debiera al trabajo y no a ella—. Mañana tengo mi audición con Reg.

—¿Ya ha llegado el día? —Hudson se pellizcó el puente de la nariz—. ¡Mierda! Tengo la sensación de que he perdido días con todo este trabajo. Estoy desbordado —movió la cabeza como si quisiera despejarla—. ¿Estás preparada o es una pregunta estúpida?

—Estoy preparada —contestó ella.

Lo decía en serio. Había investigado el espectáculo de Broadway hasta que le habían empezado a doler los ojos de mirar la pantalla del ordenador. En ese sentido había sido una bendición no pasar tanto tiempo con él los últimos

días. No debería haberse angustiado tanto por eso.

—Buena suerte —sonó el teléfono de Hudson y este lo sacó del bolsillo. Miró la pantalla con expresión inescrutable—. Tengo que contestar.

Makayla se esforzó por no hacer caso de su intuición, que le decía que la actitud distante de él se debía a algo más que a cuestiones de trabajo.

—De acuerdo. Voy a cambiarme y luego me paso a decirte adiós —dijo.

Hudson asintió con aire ausente, volviéndose ya para contestar la llamada. Makayla creía en las virtudes del trabajo, pero Hudson llevaba aquello al extremo y la intuición de ella se iba convirtiendo en certeza y sabía ya que era una tontería aceptar la excusa del trabajo.

Dirigía el club más de moda de Sídney. Era evidente que estaba ocupado, pero antes había conseguido sacar tiempo para ellos. ¿Qué había pasado en los últimos días para que eso cambiara?

Se había mostrado distante desde la noche que habían ido a Kings Cross. Desde entonces había una frialdad palpable entre ellos.

Makayla no lo entendía.

Irritada contra sí misma por dejar que aquello estropeará su concentración cuando debería pensar solo en la importantísima audición del día siguiente, agarró su bolsa de trabajo y se fue al vestuario.

Se disponía a abrir la puerta y entrar allí cuando oyó su nombre y se detuvo a escuchar. El mundo del baile rebosaba de cotilleos. Era algo con lo que había vivido desde que empezó en esa profesión. Su madre se lo había advertido desde el principio, en cuanto se había dado cuenta de que nada ni nadie podrían impedir que Makayla persiguiera su sueño.

En su mayor parte, no hacía caso de eso. Los apuñalamientos por la espalda a mala leche no eran lo suyo, pero cuando oyó que uno de los bailarines masculinos la llamaba zorra altanera, se acercó más a la puerta. Escuchar a escondidas tampoco era su estilo, pero no quería que nada hiciera peligrar el espectáculo de Hudson, porque él necesitaba que saliera bien.

—¿Habéis oído cómo le ha gritado hoy a esa mandona? Ya era hora de que el grandullón se quitara las anteojeras sexuales de los ojos y le bajara un poco

los humos.

¿Mandona? Como primera bailarina, tenía autoridad para comentar los movimientos con sus compañeros de baile. Si eso la convertía en mandona, podía soportarlo.

¿Pero anteojeras sexuales? Se le heló la sangre. Si creían que Hudson llevaba puestas anteojeras sexuales en lo referente a ella, ¿cómo se habían enterado? ¡Demonios! Había dejado muy claro que no debía enterarse nadie, precisamente por aquella razón.

—Probablemente por eso le dieron el papel de primera bailarina —intervino una voz chillona—. Acostarse con el jefe es el modo más seguro de conseguir el mejor papel aunque seas una bailarina corriente.

Si a Makayla se le había helado la sangre un momento atrás, ahora le hervía. Su secreto era público y había resultado en lo que había querido evitar: la maledicencia.

¿Bailarina corriente? Eso era un golpe bajo. Tal vez no tuviera un ego del tamaño de la Casa de la Ópera, pero sabía que su virtuosismo no tenía nada de corriente.

—¿Estáis seguros de que se acuesta con él? —preguntó una voz de barítono, la voz de otro de los bailarines masculinos—. En los ensayos no parece que sean íntimos.

La mujer de antes soltó una risita.

—¿Estás ciego? ¿No has visto cómo se miran cuando creen que nadie los ve? Es asqueroso. Te digo que están follando.

—Terrible —repuso el barítono—, pero eso no significa que consiguiera el papel así.

—Además de torpe bailando, eres tonto —dijo el primer hombre—. Sé que mi amiga Sha hizo la prueba para ese papel y ni quiera acabó con nosotros con el coro, así que la pelirroja consiguió el papel tirándose al jefe.

—Te equivocas —insistió el de la voz de barítono—. Ella es buenísima. He trabajado en espectáculos por toda Australia, además de en Londres y en París y nunca he visto una primera bailarina tan buena como ella.

Makayla tuvo que reprimir las ganas de entrar allí y besar a ese hombre.

—Sois unos envidiosos. En vez de quejaros y hablar mal de la gente, ¿por qué no os dedicáis a ensayar más? —preguntó el barítono. Hizo una pausa y Makayla contuvo el aliento y se preguntó qué diría a continuación su defensor —. Me encanta bailar, pero odio este mundillo por los idiotas estrechos de miras como vosotros.

Makayla deseaba tanto aplaudir, que apretó los puños para contenerse.

A la proclamación de su defensor siguió un silencio. Lo rompió la voz de la mujer.

—Tienes razón. Me da mucha envidia que sea tan buena. Hace que todas las coreografías parezcan fáciles y la odio por eso.

El hombre cuya amiga Sha no había conseguido un papel en la obra dijo:

—Yo sigo pensando que se tiró al jefe para conseguir el papel.

Makayla no esperó a oír más. Tenía que hablar con Hudson y descubrir por qué se había ido de la lengua.

Entonces se le ocurrió que quizá la esquivaba por eso. ¿Se sentía culpable por haber descubierto su secreto? ¿Había sido un error o lo había hecho con la intención de obligarla a admitir que tenían algo más que una relación esporádica y que habían entrado en el terreno de las relaciones serias?

Si era así, le esperaba un duro despertar.

No se metería en nada presionada, y mucho menos en una relación que podía descarrilar los planes de toda su vida.

Capítulo 22

Hudson volvió a guardarse el teléfono y miró el escenario vacío.

Odiaba las confrontaciones y haría cualquier cosa por evitarlas. De niño ya se escondía debajo de la cama cuando oía llegar a su padre chocando con las paredes y maldiciendo a gritos, para esquivar la bronca que se produciría inevitablemente.

En el colegio había usado las palabras más que los puños para desahogar sus frustraciones y había enseñado a Tanner a hacer lo mismo.

Trabajando de adolescente en distintos lugares de Kings Cross había aprendido la mejor lección de la vida para evitar la confrontación: entender a la gente. Había sido sincero y espabilado y se había esmerado por hacer bien su trabajo, tres cualidades que admiraba la mayoría de la gente.

Veía esas cualidades en Mak y su admiración por ella no tenía límites.

Y, ahora, tenía que ser él quien destruyera su sueño.

—¡Joder! —murmuró, pasándose una mano por el pelo.

Reb Grober había tenido la cortesía de llamarle para hacerle saber que el productor de Nueva York había cubierto ya el hueco en el cuerpo de baile. Lo que implicaba que la agencia de casting de Reg llamaría pronto a Mak.

Hudson le había pedido que le diera media hora antes de que le llamara la agencia, pues quería ser él quien se lo dijera. Se sentía mal por el modo en que la había tratado los últimos días y le parecía lo correcto.

Porque establecer una distancia emocional entre ellos antes de su inminente ruptura era mucho más fácil en teoría que en la práctica. Le destrozaba verla marchar cada noche sabiendo que había elegido dejarla ir en vez de subirla a su casa y hacerle el amor.

Pero había tenido que hacerlo, había tenido que pasar por la tortura de ir dejando su adicción por ella poco a poco en lugar de verse obligado a hacerlo de golpe cuando se marchara.

Se sentía estúpido. No habría audición, lo que significaba que ella no se iría pronto a Nueva York. Para ella sería una decepción, pero él se sentía aliviado.

Mak seguiría allí. Y eso significaba... ¿Qué?

¿Podían continuar profundizando en su relación, solo para que ella se marchara de todas formas más adelante?

¿Podían mantener el *status quo*, ignorando ambos lo evidente, que se habían implicado a un nivel más profundo de lo que creían?

¿Podían fingir que invertir sentimientos en una relación que no tenía futuro no era lo más estúpido que habían hecho en su vida?

Antes de que tuviera tiempo de ensayar un modo de darle la noticia sin brusquedad, Mak entró como una tromba en la estancia y cerró la puerta con fuerza.

—¿Por qué lo has hecho? —se acercó a él con los brazos en jarras y los puños apretados—. ¿Tienes idea de cómo socava esto mi posición aquí?

Hudson miró confuso a la mujer furiosa que se acercaba a él. ¿La habían llamado ya de la agencia y creía que él tenía algo que ver con que se hubiera cancelado la audición? De ser así, eso revelaba lo que de verdad pensaba de él, y no era nada bueno.

—Oye, yo no he tenido nada que ver con...

—No lo empeores mintiendo —dijo ella entre dientes—. ¿Crees que soy idiota? ¿De qué otro modo habrían podido enterarse?

Al parecer, aquello no era por el casting. Eso no hacía que Hudson se sintiera mejor, teniendo en cuenta que ella estaba lo bastante cerca para

clavarle un dedo en el pecho, irradiaba furia y tenía los pelos finos de las sienes de punta, como si hubiera metido el dedo en un enchufe.

—Cuando empezamos, sabías que no quería que la gente se enterara de lo nuestro. ¡Lo sabías! —el pecho de ella subía y bajaba al ritmo de su respiración y Hudson no pudo evitar excitarse mirándola—. Están diciendo exactamente lo que yo pensaba que dirían si se enteraban, que conseguí este papel porque me acostaba con el jefe.

—Mak...

—¿Por qué los hombres no podéis tener la boca cerrada?

Hudson había querido aplacarla, pero aquel comentario con el que lo equiparaba a todos los demás hombres no le gustó.

—Yo no le he dicho ni una palabra a nadie sobre lo nuestro —respondió. Hablaba con una calma letal, cuando en realidad quería gritarle por no confiar en él—. Yo nunca te haría eso, y estaría bien que pensaras que soy un buen tío que no te traicionaría así.

Mak perdió parte de su furia. Hundió los hombros.

—Quizá no fuera intencionado. Tal vez le comentaras algo a Tanner y os oyera alguien.

—Yo no he hecho eso.

¡Mierda! Si ya estaba cabreada con él por aquello, ¿qué pasaría cuando le diera la mala noticia?

Podía adornarla con buenas palabras, intentar hacerlo con gentileza, pero le irritaba mucho que Mak lo considerara un capullo que hablaba de su relación con otros cuando ella le había pedido específicamente que no lo hiciera.

Le daría la mala noticia sin tapujos.

—Ya que estás empeñada en echarme la culpa de algo que no he hecho, tengo más noticias malas.

Mak apretó los labios y lo miró con reprobación. Su silencio helado era muy expresivo. A Hudson le recordó la última vez que habían tenido una

discusión terrible, cinco años atrás, cuando él la había acusado con vileza y ella no había hecho otra cosa que aguantar el chaparrón.

Él había querido que se defendiera, que le dijera que hacía mal al asumir que había elegido una vida que solo podía acabar en dolor, pero ella se había cerrado en banda y lo había mirado con tanto odio, que a Hudson no le había quedado otra opción que marcharse.

Confió en que la mala noticia no llevara de nuevo a otra ruptura entre ellos.

—La llamada de hace un rato era de Reg Grober, que ha tenido la cortesía de comunicarme que han cancelado la audición para el espectáculo de Broadway. El productor de Nueva York ha encontrado a alguien.

Mak dejó caer la mandíbula y lo miró con incredulidad.

—¿Qué demonios...?

—Esto es el mundo del espectáculo. Son cosas que pasan —Hudson se encogió de hombros y se dio cuenta de que había cometido un gran error cuando ella palideció y retrocedió un paso.

—¿Cosas que pasan? —repitió ella. Echaba tanto fuego por los ojos, que era un milagro que él no quedara frito en el sitio—. ¿Podrías ser más desdeñoso con mi sueño?

—Lo siento por ti, pero imagino que estarás acostumbrada a estas decepciones en este mundillo...

—¡Cierra el pico, joder! —gritó Mak.

Su rostro mostraba repugnancia y caminó hacia la puerta, dejándolo desconcertado.

Hudson había esperado desilusión.

No había esperado un nivel de rabia así.

Como si le echara la culpa a él.

Cuando ella se detuvo en la puerta y apoyó las manos en la madera, con la cabeza colgando, Hudson quiso correr a su lado.

No lo hizo.

Porque había visto aquel nivel de rabia irracional otras veces, cuando la persona que hervía de furia necesitaba un chivo expiatorio. Había hecho de eso tantas veces con su padre en el pasado, que sabía que no soportaría repetirlo, ni siquiera con la mujer que amaba.

Permaneció quieto. Observando. Esperando. Sabiendo sin la menor sombra de duda que, cuando ella se volviera y hablara, habrían terminado.

Capítulo 23

A Makayla le ardía el pecho por el esfuerzo de contener las lágrimas. Había ido allí buscando pelea, queriendo hacerle a Hudson tanto daño como le había hecho él revelando su secreto.

Hudson lo había negado, su sinceridad resultaba evidente en su mirada franca y ella se había sentido como una guarra.

Hasta que él le había echado más mierda encima. Apoyada en la puerta, intentaba recuperar el sentido común, pero no podía negar el pensamiento que más ocupaba su cabeza en ese momento.

A él no le importaba que se hubiera roto su sueño. Su encogimiento de hombros indicaba una indiferencia total. Una aceptación de las de «son cosas que pasan». Y la furia que ella se había esforzado por reprimir volvió a hervir y la envolvió con una oleada tras otra, hasta que empezó a temblar de rabia.

Se volvió. Intentó calmarse, pero fracasó. En el fondo sabía que se sentiría de mierda hasta que pudiera purgar sus pensamientos íntimos más insidiosos.

—Tú te alegras de esto, ¿verdad? —se acercó a él con pasos pequeños y medidos y se detuvo a poca distancia, lo cual quizá no fuera buena idea en aquel momento—. Así me quedo en Sídney y podemos continuar nuestro rollo. ¿Es eso?

—Entiendo que te hayas llevado una decepción, pero no mates al mensajero —él levantó las manos con expresión sombría. ¡Como si eso pudiera calmarla!—. La agencia quería llamarte directamente para contártelo,

pero como fui yo el que le dio tu nombre a Reg, él me ha llamado antes por cortesía. Y le he pedido que me diera media hora para ser yo el que te lo dijera.

—Y supongo que debo estarte agradecida por eso —comentó ella. Se mostraba infantil y maleducada y se odiaba por ello—. Pero da igual cómo quieras disfrazar esto o quién dé la noticia. El fondo es lo mismo, que esto apesta.

Esa vez, cuando él se encogió de hombros, Makayla tuvo que recurrir a todo su autocontrol para no darle un puñetazo.

—Habrá más oportunidades. Otras audiciones...

—¿Para Broadway? No es probable —ella negó con la cabeza. Quería que Hudson entendiera lo importante que había sido para ella—. Crees que me muestro irracional y que exagero, pero se trata de mi vida. ¿Lo entiendes?

Él no hizo ademán de consolarla. No movió ni un músculo. Permaneció inmóvil, demasiado tranquilo y controlado. Como un puñetero robot.

—Lo entiendo.

Cuando habló por fin, Makayla sintió carne de gallina en los brazos al oír su voz baja y letal.

—Entiendo que perder esta audición te ha hundido de tal modo que me echas la culpa a mí. Entiendo que la idea de permanecer aquí y tener una relación conmigo te resulta aborrecible —su todo no cambió, pero sus ojos se volvieron de un azul glacial que provocaba escalofríos—. Entiendo que quizá yo solo haya sido para ti un medio para conseguir un fin, que me has utilizado para conseguir la gran oportunidad que siempre has querido y no significa nada para ti.

Le lanzó esas acusaciones dolorosas a la cara con claridad y concisión, y cada una de ellas fue como un dardo con la punta envenenada.

Makayla no lo había utilizado.

¿O sí?

Se trataba de Hudson, el chico con el que había fantaseado de adolescente. El que siempre había estado a su lado. El que se había alejado por causa de

sus demonios.

Resultaba irónico que en esa ocasión fuera ella la que terminara la relación entre ellos. No por venganza, sino como un modo de asumir el control que no había tenido la última vez.

Todavía le dolía. Y esa vez sería mil veces peor, puesto que se había enamorado. Pero al menos no se quedaría con la sensación de que él no le había dado ninguna oportunidad.

Esa vez habían tenido esa oportunidad.

Y habían fracasado.

—Si te crees de verdad todas las sandeces que acabas de decir, es que estás delirando. No sé lo que ha pasado esta noche. No sé si lo de que se cancele la audición ha sido el destino, has sido tú utilizando todos los medios posibles para retenerme aquí o ha sido mi puta suerte, pero me he cansado de esperar mi gran oportunidad —se dio una palmada en el pecho—. Voy a hacer que ocurra.

Hudson frunció los labios con amargura.

—¿Sigues acusándome de haber maniobrado para que no cambiara nuestra situación? —soltó una carcajada desprovista de alegría—. Crees de verdad que soy un mierda, ¿no es así?

Makayla casi lo tocó entonces, tanto le partía el corazón la perplejidad mezclada con dolor que mostraba él. Pero ya no podía retroceder, tenía que seguir hasta el final.

Había terminado de depender de los demás, en particular de Hudson, para su felicidad.

—Cuando se acabe este espectáculo, me iré a Nueva York —enderezó los hombros. La idea resultaba menos ridícula pronunciada en voz alta—. Triunfaré yo sola, sin ayuda de nadie.

Las pupilas de él se dilataron por la sorpresa, eclipsando el hermoso tono azul que tanto iba a echar ella de menos.

—¿Así sin más? ¿Te irás a Estados Unidos sin empleo, sin permiso de trabajo y con fondos limitados? —arrugó la frente con escepticismo—. ¿Cómo

vas a sobrevivir hasta que llegue tu gran oportunidad?

Miraba fijamente un punto por encima del hombro de ella, probablemente porque no era capaz de mirarla a los ojos, y Makayla adivinó en aquel momento qué era lo que le producía tanta angustia. Lo supo muy adentro, en ese fondo de su ser que ya no podía volver atrás y cambiar una decisión del pasado.

No porque quisiera cambiarla. Se había desnudado aquella noche para honrar a su madre, para agradecerle los muchos años de sacrificio, para darle la despedida que merecía.

Hudson ya sabía eso, pero seguía sin confiar en ella. No creía que pudiera sobrevivir sin caer en algún modo de vida sórdido que él aborrecía.

Makayla se tocó el labio inferior con el dedo y fingió pensar un momento, antes de chasquear los dedos.

—Ya sé. Si no puedo ganarme la vida, siempre podré desnudarme por dinero. O mejor aún, hacerme señorita de compañía. O algo igual de vil. Tú pareces creer que estoy a un paso de eso.

—No seas ridícula —replicó él, pero el sonrojo de sus mejillas traicionaba su negativa—. Solo estoy preocupado por ti.

—Soy mayorcita. Puedo cuidar de mí misma —Makayla, muy dolida, miró su reloj con gran aspaviento—. Tengo que irme a casa para empezar a preparar mi viaje. Nos vemos mañana en el ensayo final.

Quería que él dijera algo, cualquier cosa, que le hiciera quedarse.

Quería alguna señal de que lo suyo no había terminado, de que quedaba alguna esperanza de que todavía pudieran, de algún modo, lograr que aquello funcionara.

Lo quería todo: Broadway, el estrellato y a él.

Desgraciadamente, había aprendido hacía tiempo que había una gran distancia entre lo que quería y lo que conseguía.

Le partió de nuevo el corazón que Hudson permaneciera quieto, irradiando desaprobación, y la observara con el ceño fruncido retroceder hasta la puerta, donde ella se giró y salió con la cabeza muy alta.

Capítulo 24

Como si aquella semana de mierda no fuera ya bastante mala para Hudson, a primera hora de la mañana lo llamaron de la residencia de su padre y le pidieron que fuera. La enfermera no le explicó cuál era el problema, pero insistió en que fuera de visita ese día.

Eso después de la bronca con Mak de la noche anterior y de haber dormido un máximo de noventa minutos, cuando por fin había conseguido llegar a casa del trabajo a las cuatro de la mañana.

Si verla desnuda en un escenario nueve años antes había sido malo, lo de la noche anterior había sido mucho peor.

Le había insultado sin darle ocasión de explicarse y pensando lo peor de él. Hudson había soportado mucho de eso de chico. Profesores que no le creían debido a la situación en su casa, amigos que lo juzgaban por no tener una casa lo bastante buena a la que invitarlos, jefes que no confiaban en él hasta haberlo puesto a prueba muchas veces, simplemente porque en el Cross nadie confiaba en nadie.

Esa falta de confianza le empujaba a ser el mejor. A mostrarle al mundo que, independientemente de los problemas que había tenido de chico, nada ni nadie podía hundirlo. Se enorgullecía de su ética del trabajo, de su fiabilidad, de su sinceridad.

Al parecer, todo eso le importaba un bledo a Mak.

Había hecho bien en distanciarse esa semana, en erigir barreras

emocionales. Su relación había terminado como había previsto. No, como había previsto no. Había anticipado que seguirían siendo amigos. Buenos amigos. Amigos de los que hablaban con regularidad, se comunicaban por videoconferencia y hasta se subían a un avión para Nueva York en un impulso.

¿A quién quería engañar? Había esperado que pudieran ser mucho más que amigos, pero eso se había ido a la mierda.

Estaba mejor sin ella.

Entonces, ¿por qué se sentía tan mal?

Metió el vehículo en el aparcamiento de la residencia y apagó el motor. Normalmente tardaba unos momentos en prepararse para afrontar a su padre. Eso le ocurría siempre que iba allí. Habían pasado demasiadas cosas entre ellos, había demasiados recuerdos malos para poder olvidarlos.

Lo había intentado. Había pasado un bache difícil cuando, al cumplir los dieciocho años, había ido en busca de su madre. Lo que había descubierto le había llevado a la bebida y había pasado una noche tras otra ahogando sus penas en una botella. Hasta que se había mirado al espejo, visto el parecido con su padre y había salido de aquella fase. Había contado la verdad a su padre y le había echado la culpa de todo. Como era de esperar, a su viejo no le había importado nada. Había llamado a su madre de todo y la había acusado de haberlo conducido a la bebida.

Hudson sabía que no era así.

Sabía quién era el verdadero culpable de su desastrosa crianza, y, desde luego, no era su madre.

Respiró hondo, contó hasta diez y abrió la puerta del coche. Lo primero que notó fue la brisa del mar. Lo segundo fueron las vistas de la bahía de Sídney, de un color cerúleo perfecto, salpicado de barcos de vela y yates, con mansiones esparcidas por la orilla norte.

Aunque su padre no se lo merecía, había elegido una de las mejores residencias de la ciudad y pagaba tarifas exorbitantes por ese privilegio.

Tal vez fuera sentimentalismo, tal vez fuera culpabilidad, o quizá el deseo fútil de que ojalá hubiera podido hacer algo así por su madre. Fuera lo que

fuera, había pagado la entrada que le habían pedido y trabajaba duro para seguir pagando las mensualidades.

Sus visitas obligatorias a su padre solo eran de dos clases. O su padre tenía momentos lúcidos en los cuales le atacaba por tenerlo encerrado en aquella «cárcel», o tenía un mal día y, demente, parloteaba sin cesar, entre enfadado y recalcitrante. Exactamente igual que cuando era un borracho mezquino.

Hudson no iba a menudo. Pensaba que ya había cumplido teniéndolo en casa todo el tiempo que había podido y pagándole después aquella residencia de lujo. Pero que lo llamaran las enfermeras no podía significar nada bueno y procuró prepararse para lo que encontraría.

Sonrió como pudo y se acercó al mostrador.

—Hudson Watt para ver a Wiley Watt, mi padre.

No reconoció a la recepcionista de cuarenta y tantos años, pero teniendo en cuenta lo infrecuente de sus visitas, eso no era extraño.

La mujer sonrió y señaló la puerta cerrada.

—Adelante. Yo le abro con el mando. Tiene los mismos ojos que Wiley — dijo cuando él tenía ya la mano en el picaporte.

¿Vidriosos y desagradables? Hudson confiaba en que no. Hizo una inclinación de cabeza y empujó la puerta cuando oyó el zumbido.

El olor a lavanda era más fuerte al otro lado, como si el personal de la limpieza intentara ahogar los olores a antiséptico y a vejez. Le cosquilleó la nariz.

La zona de las enfermeras estaba justo al cruzar la puerta, un área sólida que recordaba el interior de una nave espacial. Su posición hacía que las enfermeras pudieran ver todas las habitaciones y todos los pasillos. Era perfecto para ocupantes con tendencia a deambular.

Reconoció a varias de las enfermeras, sobre todo a las más jóvenes, que siempre coqueteaban con él. Pero ese día no estaba de humor y se limitó a dedicarles una sonrisa sombría y mirar a la enfermera jefe, que lo había llamado.

—Gracias por venir, Hudson —la mujer se cruzó de brazos.

—¿Cómo está Wiley? —ya nunca lo llamaba papá. Wiley Watt no se merecía ese título.

—Pregunta mucho por ti últimamente. Por eso te he llamado —la enfermera hizo una pausa como buscando las palabras apropiadas—. Pronto tendrá su reconocimiento anual y esperaremos a ver lo que dice el doctor, pero parece que la demencia empeora. La mayoría de sus parloteos giran sobre ti y una mujer que asumo que será tu madre. ¿Kim? Se altera mucho, hasta el punto de llorar.

A Hudson le dio un vuelco el corazón. Era un poco tarde para que a su padre le saliera conciencia.

—¿Hoy está lúcido? —preguntó.

La mujer asintió.

—Tiene uno de sus mejores días, por eso he pensado que debías venir a hablar con él. A ver si puede hacer las paces con lo que quiera que le preocupa de modo que esté más tranquilo otros días.

No hacía falta que fuera más explícita. Su padre seguramente había dicho cosas reveladoras, horribles, en sus parloteos de demente, y las enfermeras creían que hablar con él podía disminuir su culpabilidad. Imposible. Wiley Watt necesitaría un año entero de confesiones para empezar a sentir alguna semblanza de paz.

—Hablaré con él —dijo Hudson, con el mismo entusiasmo que si se estuviera ofreciendo a sacarse una muela sin anestesia—. Gracias por habérmelo dicho.

La mujer vaciló antes de tocarle levemente el brazo.

—He trabajado veintiséis años con dementes y es raro ver el nivel de arrepentimiento que muestra tu padre, porque normalmente no pueden procesar emociones por acontecimientos del pasado, y menos cuando la causa que ha precipitado la demencia es el alcohol. Dale una oportunidad, ¿de acuerdo?

Hudson no podía prometer nada, así que guardó silencio.

La enfermera suspiró. Sabía que se metía donde no la llamaban.

—Está en su habitación.

—Gracias —contestó Hudson.

Nada de lo que pudiera decir su padre cambiaría el desastre del pasado, pero si eso facilitaba el trabajo de las enfermeras, estaba dispuesto a escuchar lo que el viejo tuviera que decir.

Llamó a la puerta con los nudillos y esperó los cinco segundos de rigor antes de abrirla y entrar.

Wiley estaba sentado en una mecedora al lado de un ventanal grande, por donde entraba la luz del sol, que lo calentaba como a un gato y hacía que le brillara la cabeza calva. Para tratarse de alguien que había bebido alcohol suficiente en su vida para ahogar en él el hígado y el cerebro, no tenía mala pinta. Tenía el rostro cruzado de arrugas y una expresión perpetuamente amargada, pero mantenía un buen peso y parecía en buena forma para sus setenta y ocho años. De no ser por la demencia, seguramente seguiría bebiendo todos los días hasta caer dormido.

Como en todas las demás visitas, Wiley lo ignoró hasta que Hudson se sentó en una silla enfrente de él.

—Hola —dijo.

—¿Qué haces aquí? —preguntó su padre con el mismo tono gutural, casi un gruñido, que Hudson había soportado todos los días de chico.

—He venido a ver cómo te va.

—Estoy encerrado en una casa de locos llena de viejos estúpidos. ¿Cómo crees que me va?

O sea que sí tenía un buen día. Estaba lúcido. Hudson no sabía si eso era bueno o malo.

—Este es un buen sitio, te cuidan bien —dijo. Le habría gustado sacudir a aquel viejo egoísta y hacerle entender lo mucho que tenía que trabajar para pagar las facturas.

—¿Sigues haciendo trabajos en el Cross? —preguntó Wiley.

Aquello pilló a Hudson por sorpresa. De todas las veces que había ido

allí, su padre nunca había preguntado nada de su trabajo, ni mucho menos de los trabajos que hacía de adolescente para llevar comida a la mesa.

—No. Ahora dirijo un club nocturno. Y trabajo también en teatro.

Wiley arrugó la nariz e hizo una mueca.

—Ocupaciones de mariquita, si quieres saber mi opinión.

—No quiero —repuso Hudson.

Esperó, curioso por ver qué más diría su padre y con la esperanza de que le revelara algo sobre su madre.

Nunca olvidaría el día en que la había encontrado. Demasiado tarde.

Ese día lo atormentaba desde entonces.

Había querido saber más de la madre a la que recordaba de cuando era pequeño, la madre que lo abrazaba siempre que podía, la madre que olía a fragancias exóticas, le contaba cuentos antes de dormir y lo acostaba todas las noches.

Esa era la mujer que quería recordar, no la mujer que yacía en una habitación destartalada con una aguja clavada en el brazo.

—Tu madre quería que fueras abogado —dijo Wiley.

Hudson se sobresaltó. Había mencionado a su madre. Parecía que le hubiera leído el pensamiento.

—Son todos unas sanguijuelas que te chupan la sangre, pero habrías ganado dinero —Wiley se pasó una mano por la cabeza y se alisó un pelo inexistente—. Ella salía con uno cuando nos conocimos, pero no pudo resistirse a mis encantos y nos enrollamos tres meses después.

Hudson no podía imaginar que su padre tuviera ningún encanto, pero guardó silencio.

—Últimamente pienso mucho en ella. Cuando no estoy... —Wiley se dibujó unos círculos en la sien con el dedo—. Odio no poder recordar ni mi nombre la mitad del tiempo.

Aquello, que admitiera que tenía un problema de memoria, era otra

primicia.

—Los doctores dicen que es por el alcohol —el viejo movió la cabeza y tuvo la decencia de mostrarse culpable por una vez—. Parece que el alcohol hizo muchas cosas para joderme la vida.

Su padre no se merecía ni un gramo de compasión, pero, por un momento, Hudson sintió algo parecido a eso.

—Podrías haberlo dejado si hubieras querido.

¿Cuántas veces había vaciado botellas por el fregadero con la esperanza de que su padre dejara de beber? ¿Cuántas veces había oído sus promesas huecas de que no volvería a probar ni una gota más de bebida diabólica? ¿Cuántas veces había tenido que ayudarlo a volver a casa desde el pub?

Promesas vacías a juego con su vida vacía, desde que su madre lo había dejado para que lo criara un capullo mezquino.

—Solo bebía para parar el dolor de aquí —Wiley se llevó un puño al corazón—. Kim me lo rompió cuando se fue.

Bajó la mano, que temblaba ligeramente.

—Fue culpa mía. Yo la empujé a irse. Nunca fui lo bastante bueno para ella, le hice hacer cosas terribles por dinero y luego la odié por ello...

Hudson sabía que su madre había recurrido a la prostitución para sobrevivir. La dueña de la casa donde la había encontrado le había contado más de lo que quería saber después de que le siguiera la pista hasta Melbourne y la viera muerta.

Pero jamás, ni en sus peores pesadillas, había sospechado que Wiley la hubiera obligado a hacerlo cuando estaban todavía juntos.

—¿Qué le obligaste a hacer? —preguntó. Hablaba con precisión letal y tenía que hacer gala de todo su autocontrol para no golpear a aquel ser despreciable que nunca había hecho nada para ganarse el título de padre.

Cuando nos conocimos, yo trabajaba de mecánico. Nos casamos enseguida y naciste nueve meses después, así que ella tuvo que dejar de estudiar para profesora. Pero yo no sabía qué hacer con un bebé, era un mal padre —Wiley tosió y Hudson esperó a que siguiera. Aquello era nuevo para él.

No recordaba a su padre trabajando. Lo recordaba en la casa, bebiendo, un hombre violento al que tenía un miedo cerval. Era su madre la que trabajaba, principalmente de noche. Y él se quedaba en casa con un hombre airado al que apenas conocía y que le gritaba que no saliera de su habitación.

Algunas noches se acostaba con hambre, deseando que apareciera su madre de pronto como un ángel de la guardia, pero cuando llegaba, estaba dormido, y al despertarse se echaba en sus brazos sin decirle cuánto le aterrorizaba su padre.

—No podía trabajar con resaca y en unos meses me quedé sin trabajo. Entonces empezó lo duro —Wiley lo miró de hito en hito, como si fuera culpa suya—. Kim no tenía cualificaciones y aceptaba los trabajos que podía encontrar. Cajera. Limpiadora. Camarera. Pero no ganaba suficiente.

La pena hizo que Wiley bajara la vista y Hudson creyó por un momento que se había dormido.

—Un amigo me dijo cuánto podía ganar en los clubs de estriptis, desnudándose. La animé a hacerlo porque necesitábamos dinero desesperadamente —Wiley frunció el labio superior con disgusto y Hudson no supo si era por imaginar a Kim desnuda o por haberla empujado a ello—. Eso nos alivió un poco, el dinero era un regalo del cielo. Pero yo ya no podía mirarla igual —dijo.

Parpadeó rápidamente y Hudson confió en que no se echara a llorar. Lo que oía le daba náuseas, no quería tener que soportar también lágrimas de cocodrilo.

—Una noche cometí el error de ir a mirar a un club. Y para mí, ese fue el fin. Perdí la cabeza —Wiley se presionó los párpados con los dedos y Hudson resistió el impulso de hacer lo mismo—. Le dije que no podía acercarme a ella nunca más, que lo nuestro había terminado —movió un brazo en el aire—. Y debido a eso, acabé aquí, un hombre solitario con la mente perdida.

Hudson sentía una rabia impotente, una furia que albergaba contra su padre desde hacía años. El viejo bastardo se lo merecía, teniendo en cuenta que había empujado a su madre a irse por algo que antes la había empujado a hacer.

Pero nadie había apuntado con una pistola a su madre una vez que se había alejado. Podía haber buscado otro empleo, haber ido a buscarlo y haberlo apartado de aquel padre borracho y patético.

En vez de eso, se había dejado guiar por el dinero y había dado el paso del estriptis a la prostitución. Y no había mirado atrás. No lo había llamado. No había ido a buscarlo.

Y lo peor era que podía identificarse con lo que había sentido su padre la noche que había visto desnudarse a Kim, porque él había sentido lo mismo al ver a Mak desnuda en el escenario. Eso lo había cambiado todo entre ellos. Él también se había enfadado y lo había pagado con ella, había puesto una cuña en su amistad que había durado años.

Solo había conseguido volver con ella al enterarse de cuál había sido su motivación. Esa era la diferencia con Wiley. Su padre conocía las motivaciones de Kim pero la había atacado de todos modos. ¡Bastardo!

—¿Por qué me cuentas todo esto ahora?

Wiley se hundió más en la mecedora, como si intentara desaparecer en ella.

—Porque fui un marido de mierda y un padre de mierda y no quiero irme a la tumba sin decirte la verdad. —¿Que eras un borracho mezquino y cruel que empujó a mi madre a marcharse y dejarme a mí cuidándote?

Wiley se encogió de hombros, como si los años de sacrificios y trabajo duro de Hudson carecieran de importancia.

—Últimamente tengo muchos sueños. Pesadillas. El pasado se mezcla con el presente y esas cosas —dijo. Tiró de un hilo en la costura de sus pantalones de chándal—. Pensé que tenía que decírselo a alguien.

—¡Qué suerte la mía! —murmuró Hudson.

Ya había oído bastante. Sentía lástima de su padre, del cascarón vacío en que se había convertido, pero no podía perdonarlo. El tiempo de la absolución había pasado ya.

—¿Qué haces aquí? ¡Fuera de mi habitación! —aulló Wiley. Se puso de pie con dificultad y blandió un bastón inexistente—. No quiero desconocidos

en mi habitación. ¡Enfermera!

Hudson se levantó, aliviado de poder irse. El cambio de la lucidez a la confusión a veces se producía así, con tanta rapidez que no tenía tiempo de pensar un modo de aplacar a su airado padre.

—¡He dicho que fuera!—el rostro de su padre se puso morado, el color familiar de la ira que Hudson reconocía de los viejos tiempos—. ¡Lárgate!

El joven hizo exactamente eso. Irse sin mirar atrás.

Capítulo 25

Makayla adoraba la excitación de la noche del estreno. La anticipación de actuar delante de una multitud, la culminación de muchas horas de ensayos, el olor a maquillaje y laca del pelo mezclado con el sudor de los nervios. El parloteo nervioso de los intérpretes, que no podían evitar pavonearse. Había hecho aquello durante años y nunca se cansaba.

Pero aquella noche, el estreno no la tenía embelesada como otras veces. Porque después de aquella noche, solo le quedarían nueve espectáculos más en el Embue y luego dejaría atrás su vieja vida para embarcarse en la nueva.

Había tenido tres días para reunir el dinero del vuelo, organizar los documentos del viaje y buscar un alojamiento temporal. Había tenido suerte, un contacto del mundillo del baile le había conseguido un permiso de trabajo y había encontrado una habitación en una casa, que compartiría con otras cuatro aspirantes a bailarinas. Se marcharía, pues, en cuanto finalizara su compromiso con el Embue.

Debería estar encantada.

¿Por qué, entonces, se sentía letárgica?

Había conseguido sobrevivir a los últimos ensayos fingiendo indiferencia por Hudson y él había hecho lo mismo. La trataba con una cortesía fría que la hacía anhelar el calor de antes.

Pero su amistad estaba arruinada, y con ella, cualquier oportunidad que hubieran podido tener de intentar algo más. Tendría que sentirse aliviada. Una

relación a distancia habría sido una lucha. Sin embargo, había sido una tortura ver a Hudson los tres últimos días y no poder bromear, sonreír ni reír con él.

Le cosquilleaban los dedos por el ansia de pasarlos por el pelo alborotado de él. Sus ojos buscaban los de él para ver alguna emoción en aquel azul índigo tan especial. Su cuerpo anhelaba estar cerca de él, sentir su calor, la chispa que él siempre conseguía prender en ella como jamás podría hacer ningún otro hombre.

Ese era otro tema. Después de haber tenido un sexo tan fantástico, ¿cómo se iba a conformar con menos? Toda la situación era muy irritante. ¿Y si cuando aterrizara en Estados Unidos se dedicara a buscar al norteamericano más sexy que pudiera encontrar y follara con él como una loca?

Pero, si fuera tan fácil, habría tenido más relaciones sexuales fantásticas. La realidad era que los tíos buenos eran demasiado egoístas y vagos en la cama, y los simpáticos con un talento mediano no le servían para fuera del dormitorio.

Hudson había sido lo mejor de ambos mundos. Mundos que habían colisionado y explotado.

—¡Mierda! —murmuró cuando el rincón externo de sus pestañas falsas resbaló un poco al intentar pegarlas.

Darle vueltas al pasado no ayudaba a ser un as en el escenario, y ella quería hacer un buen trabajo a toda costa. Tenía que probarle a Hudson que su ruptura no la afectaba en absoluto, aunque le temblaran las manos y le fallaran las piernas al pensar en bailar en el escenario delante de él.

La última vez que la había visto en un escenario, aparte de en los ensayos, no había terminado bien. Y la verdad era que aquella noche la atormentaba más a ella de lo que probablemente había atormentado a él.

Había conseguido superar la vergüenza, pero no la creencia de que podía haber habido otro modo de conseguir el dinero que necesitaba para el funeral de su madre.

Llamaron a la puerta y Hudson asomó la cabeza.

—¿Preparada?

Makayla asintió con la cabeza. No quería hablar por miedo a que la voz le temblara tanto como temblaba ella por dentro.

Hudson hizo una pausa, como si quisiera decir algo más, pero acabó encogiéndose de hombros.

—A escena en diez minutos.

Cuando se marchó, ella exhaló el aliento que no sabía que retenía. Diez minutos para serenarse y bordar aquella interpretación.

Hizo los estiramientos de rutina previos a una actuación y, después de una última mirada al espejo, se colocó entre bastidores con un minuto de espera. Los demás bailarines se movían por allí, haciendo subrepticamente sus ejercicios de entrenamiento. Algunos tocaban el telón, otros se guardaban un talismán de la suerte en un lugar seguro. Y otros respiraban hondo con los ojos cerrados.

Makayla nunca había creído en la suerte. La suya la forjaba ella. Y empezaba en aquel momento.

Cuando Hudson terminó la presentación y se alzó el telón, salió a escena para el primer número.

Y tropezó.

No le había ocurrido ni una vez durante los ensayos y eso la descolocó momentáneamente. Por suerte, los demás bailarines salieron rápidamente a escena con sus giros, piruetas y meneos.

Makayla había afrontado otras veces problemas menores en un escenario, era parte del trabajo. Pero, por alguna razón, no se recuperó del tropezón inicial y tuvo que esforzarse mucho los siguientes cuarenta minutos.

A veces perdía el paso por un segundo y se sentía rígida y sin coordinación. Le faltaba su alegría habitual para bailar. Y seguro que eso se notaba. Solo se arriesgó en una ocasión a mirar a Hudson entre bastidores y su expresión pétrea le dijo lo que ella ya sabía.

Lo hacía fatal.

Mortificada, consiguió llegar al final antes de salir cojeando del escenario. El talón de Aquiles le dolía tanto como su orgullo.

Pasó por la rutina de dar palmaditas en la espalda a sus compañeros y fingir entusiasmo, aunque deseaba todo el rato poder tirarse al suelo. Con su patética interpretación, seguramente había confirmado lo que ya sospechaban, que había conseguido aquel papel acostándose con el jefe. ¡Mierda!

Se escapó de la minic Celebración tan deprisa como pudo y se dirigió a su camerino. Cuanto antes se largara de allí, mejor.

Había planeado darle en las narices a Hudson con su profesionalidad, y, en vez de eso, había permitido que sus cavilaciones boicotearan su trabajo y había hecho la peor actuación de su carrera.

Sin esperar a quitarse el maquillaje ni a cambiarse de ropa, se puso una gabardina, tomó su bolso y salió corriendo.

Capítulo 26

Hudson observaba a los bailarines deambular por detrás del escenario. Tendría que estar relacionándose en el bar, donde clientes entusiastas elogiaban el espectáculo mientras gastaban dinero en la barra.

Pero no podía apartar sus ojos de Mak.

Parecía... destrozada.

Como si se hubiera quedado sin energía.

Era verdad que había hecho una interpretación deslucida, pero solo se habría dado cuenta un experto. El público había aplaudido todos sus movimientos y la había vitoreado cuando había salido a saludar.

Sin embargo, la había alterado mucho el tropezón inicial y no se había recuperado. Eso le sorprendía porque había estado impecable en los ensayos.

A menos... Nunca la había visto actuando en un espectáculo. ¿Era una de esas personas que bordan los ensayos pero no pueden trasladar eso al escenario?

Lo había visto otras veces. Actores que memorizaban guiones enteros y no podían pronunciar una palabra delante del público. Cantantes que desentonaban cuando les llegaba su gran oportunidad.

¿Era Mak una de esos artistas que fallaban cuando llegaba el momento de la verdad?

No quería ni pensarlo. Y a ese pensamiento le siguió otro igual de

preocupante. Si la actuación de ese día era algo habitual, ¿cómo esperaba triunfar en Broadway?

Perdería el tiempo yendo de audición en audición y se le terminaría el dinero. ¿Qué haría entonces?

El recuerdo de ella desnudándose en el escenario cruzó por su mente. ¡Joder! ¿Recurriría a eso en los Estados Unidos? ¿O, desesperada por dinero, haría algo mucho peor, como su madre?

No sabía nada de su situación económica fuera de lo que le había dicho ella, que tenía una compañera de apartamento porque su trabajo de media jornada en Le Miel no le permitía vivir sola.

La observó apartarse de los bailarines y se disponía a seguirla cuando una mano aterrizó en su hombro.

—Buen trabajo, idiota —Tanner le apretó el hombro y luego lo soltó—. Creo que has acertado con esto de los espectáculos en directo.

—Gracias —Hudson no apartaba la vista de Mak, con la esperanza de que mirara en su dirección para hacerle señas de que lo esperara.

—Si las dos próximas semanas viene tanta gente como hoy, tendré que empezar a pensar en hacer esto de modo permanente —Tanner le dio una palmada en la espalda—. Y en aumentarte el sueldo.

Le dio otra palmada y se alejó, dejando a Hudson estirando el cuello en busca de Mak, quien había desaparecido.

Maldijo entre dientes y se dirigió a su camerino, esquivando a los bailarines que lo abordaban. Debería estar con ellos, felicitándolos y alentándolos, pero solo podía pensar en hablar con Mak.

Lo desesperado de su urgencia lo asustó. Para ser alguien que había terminado su relación sin mirar atrás, estaba muy preocupado por ella. De hecho, lo suyo era más que preocupación. Era un dolor en las entrañas que gritaba... miedo.

El fracaso abyecto que había visto en la cara de Mak lo aterrorizaba.

No quería que se sintiera así. Quería abrazarla y acariciarla y decirle lo fantástica que era.

No la hundiría más ni la apartaría cuando más lo necesitaba.

Él no era su padre.

En aquel momento se dio cuenta de otra cosa. Tampoco quería estar solo como Wiley. No quería vivir con remordimientos ni terminar solo en una residencia de ancianos por no haber corrido el riesgo de amar.

No frenaría a Mak, pero tampoco la dejaría marchar.

Lucharía por ella como tendría que haber luchado la noche en que la había visto desnudarse y había renunciado a ella.

Curiosamente, su padre le había hecho un favor al contarle la verdad de lo que había pasado con su madre.

Wiley la había dejado ir.

Por suerte, Hudson no era como su padre.

Capítulo 27

Makayla casi había llegado a su coche, en el aparcamiento subterráneo para empleados, cuando Hudson salió corriendo por una puerta lateral.

¡Maldición! Él era la única persona a la que quería evitar. Podía fingir que no lo había visto y subir al coche rápidamente, pero sería de muy mala educación después de que él le había dado aquel trabajo en el momento en el que más lo necesitaba.

Apoyada en la puerta abierta del conductor, esperó a que se acercara fingiendo indiferencia.

—¿Hay algún problema? —preguntó.

—Dímelo tú —respondió él. Parecía frenético, hablaba con palabras entrecortadas y su voz era poco más que un gruñido—. Es normal intercambiar impresiones después de la primera actuación y tú has salido corriendo.

—Estoy agotada.

La mentira le salió con facilidad. Lanzó el bolso al asiento de atrás para apresurar su salida.

—¿Podemos cambiar impresiones mañana? —preguntó.

—No.

Hudson se acercó un paso más, hasta invadir su espacio personal de un modo que la semana anterior habría encantado a Makayla. Ese día no tanto. El aroma embaucador de su *aftershave* le recordaba lo bien que olía por todo el

cuerpo y lo mucho que echaba de menos no tenerlo ya en su vida.

—Hudson, no estoy de humor...

—¿Qué ha pasado ahí dentro? —él señaló el club por encima del hombro. Como si hiciera falta que lo clarificara. Como si ella no supiera ya de qué hablaba—. El público no lo ha notado, pero yo sí.

La joven se encogió de hombros, molesta por verse forzada a sostener aquella conversación que había esperado eludir.

—Tú precisamente sabes que ha sido una semana dura. Con muchos altibajos —se llevó un dedo a la cabeza—. Toda la mierda que hay aquí dentro ha afectado a mi interpretación, pero no volverá a ocurrir.

Él entrecerró los ojos.

—¿Ha sido solo eso? ¿Nervios de la noche de estreno? ¿Demasiadas cosas en la cabeza?

Makayla no había hablado del baile, sino de otra cosa, y él lo sabía. Pero era partidaria de terminar con aquello lo antes posible y marcharse.

—Nunca antes había sido primera bailarina y me avergüenza decir que eso me ha puesto nerviosa. Nada más.

—¿Estás segura?

Hudson dio un paso más, con lo que quedó a poca distancia de ella, quien tuvo que cruzar las manos para no tocarlo.

—Porque, si no recuerdo mal, la mayor parte de los altibajos tenían que ver contigo y conmigo. Y contigo queriendo viajar al otro lado del mundo para evitar tener la conversación que estamos a punto de tener.

En el vientre de Makayla se inició un aleteo nervioso. No quería ninguna conversación con él, y mucho menos una relacionada con ellos dos.

—Me voy a otro país a trabajar —explicó con lentitud—. Y a pesar de lo que insinuaste, no lo haré tumbada de espaldas con las piernas abiertas.

—No seas vulgar.

—Eres tú el que parece pensar que soy capaz de eso —dijo ella.

Horrorizada, se dio cuenta de que todas las emociones que había conseguido controlar los últimos días delante de él borboteaban y se alojaban en su garganta, produciéndole náuseas—. Tengo que irme —subió al automóvil e intentó cerrar la puerta.

Él no se movió del sitio.

—Hudson, lo digo en serio.

—No dejaré que te vayas —replicó él—. He cometido ese error varias veces, pero nunca más.

Makayla lo miró con la boca abierta, intentando asimilar lo que acababa de oír, y eso le hizo perder la oportunidad de cerrar la puerta y alejarse cuando él dio la vuelta al vehículo y se sentó en el asiento del acompañante.

—¿Quieres tener esta conversación aquí o en un lugar más cómodo? —preguntó Hudson.

Makayla no contestó, por la sencilla razón de que no sabía qué decir. Pero no quería estar retorcida como una trenza en su pequeño coche, mirándolo mientras él decía lo que quería decir.

El corazón le latía con fuerza, pero consiguió poner el motor en marcha y sacar el automóvil a la calle.

—¿Adónde vamos? —preguntó él.

Makayla lo miró de soslayo.

—Ya lo verás.

Por suerte, él no dijo nada y la dejó conducir, aunque, por otra parte, ya había dicho bastante.

«No te dejaré marchar... nunca más».

¿Qué demonios quería decir con eso?

No podía llevarlo a su casa por si Charlotte estaba allí. Y se sentía tonta yendo al apartamento de él después de cómo habían terminado las cosas entre ellos, así que optó por su lugar favorito cuando quería esconderse de la vida.

Quince minutos después aparcaba en un lugar entre matorrales encima de

un acantilado, con vistas magníficas de la bahía.

—Este es mi lugar favorito para perderme y, si se lo dices a alguien, tendré que matarte —dijo, rompiendo por fin el silencio.

—Es muy hermoso —él se giró hacia ella. La luz de la luna iluminaba los planos cincelados de sus mejillas y su mandíbula—. Es perfecto.

—¿Para qué?

—Para empezar el resto de nuestras vidas —contestó él.

Lo dijo como si fuera un hecho consumado, y de nuevo tuvo que esforzarse ella por recuperar el control de su corazón galopante.

—Creo que me he perdido algo —dijo con voz temblorosa—. Hemos terminado y yo me voy a Nueva York. ¿Qué parte de eso te suena a ti a una relación larga?

—La parte en la que te quiero y he sido demasiado orgulloso o estúpido para decírtelo —él le agarró la mano que descansaba en la palanca de cambios—. La parte en la que te digo por qué me asusto siempre que pienso en ti intentando buscarte la vida —se llevó la mano de ella a los labios y besó el dorso—. La parte en la que te digo que haré lo que sea preciso para estar contigo. Dejar mi trabajo y seguirte a Nueva York o al fin del mundo si hace falta, con tal de que estemos juntos.

La sangre abandonó la cabeza de Makayla, dejándola aturdida. Aquella noche nada tenía sentido, empezando por su mala actuación y culminando en aquel momento surrealista, en el que el hombre del que se había enamorado juraba que la seguiría para mantener una relación.

—Me cuesta mucho asimilar esto —admitió, confusa—. No lo entiendo.

—Ayer visité a mi padre y aprendí algunas cosas que me ayudaron a ganar perspectiva —Hudson entrelazó sus dedos con los de ella y le apretó la mano como si no quisiera soltarla nunca—. No quiero que haya secretos entre nosotros. Tienes que saberlo todo antes de que sigamos adelante.

—De acuerdo —musitó ella.

La solemnidad de él la hacía preguntarse qué secreto profundo y oscuro tenía que revelarles y qué impacto tendría eso sobre ellos.

—La noche que te vi desnudarte y perdí los papeles no fue solo porque había trabajado en Kings Cross y había visto a mujeres caer en picado —se giró a medias y miró por la ventanilla—. Fue por lo que le pasó a mi madre. No teníamos dinero, el estriptis estaba bien pagado y ella acabó en esa profesión. Ayer me enteré de que mi padre prácticamente la empujó a hacerlo y luego la despreció por ello, de modo que a ella le resultó imposible seguir en casa y se marchó. Yo tenía seis años entonces. Perdí a mi madre y eso me destrozó. Cuando te vi haciendo estriptis, no quería perderte a ti también.

Makayla respiró hondo. ¡Pobre Hudson! No era de extrañar que casi le hubiera dado un infarto al verla aquella noche.

—A los dieciséis años, quise buscarla y le seguí el rastro hasta Melbourne. Fui allí en tren, seguí una serie de pistas y al final la encontré — Hudson tragó saliva y la miró a los ojos. La agonía que expresaban los suyos se le clavó a Makayla en el corazón—. Muerta de una sobredosis de droga. Se había prostituido para pagarse la adicción...

Se le quebró la voz y ella se inclinó y lo rodeó con sus brazos. ¿Cómo era posible que hubieran sido amigos íntimos y ella no supiera nada de eso, del dolor que había moldeado a un chico y le había hecho temer cualquier cosa que se pareciera remotamente a un compromiso emocional?

—Nunca se lo he dicho a nadie —murmuró él. La estrechó un momento en sus brazos y se soltó—. Pero siento haber dejado que todo eso afectara a nuestra amistad entonces y siento el modo en que te traté cuando dijiste que te ibas a Nueva York.

—No importa. Ahora lo entiendo.

Era cierto. Hudson no era el capullo autoritario estrecho de miras que había asumido ella. Era un hombre herido por su pasado y, a consecuencia de eso, preocupado por ella.

—Pero nunca volveré a ganar dinero de ese modo. Es una promesa que me hice a mí misma después de esa noche —Makayla arrugó la nariz como si hubiera olido algo podrido—. No me gustó nada y no lo habría hecho por nadie más que no fuera mamá. Puedes estar seguro de que no haré nada de eso en Nueva York. No hace falta que me sigas allí.

—Sí la hace —él le tomó ambas manos entre las suyas—. Te quiero. Quiero estar contigo. Y por culpa de mis ideas equivocadas, he perdido ya bastantes años que podríamos haber pasado juntos.

Makayla sintió que por fin se aligeraba el peso que la había aplastado durante la actuación de esa noche.

—Ya has dicho dos veces que me quieres. Debe de ser cierto.

—Y tú no lo has dicho ninguna —Hudson sonrió débilmente—. ¿Significa eso que no sientes lo mismo?

—No seas idiota, claro que te quiero —ella soltó una mano para clavarle un dedo en el pecho—. Te quiero muchísimo. Hay una diferencia entre no renunciar a mi independencia y mis sueños por ningún hombre y renunciar al hombre de mis sueños.

—Eso es muy poético —dijo él. Le dio un beso apasionado, con el que quería indicar que ella era suya. O quizá fuera al contrario.

Sus lenguas se encontraron, sinuosas y calientes, cuando él movió sus labios sobre los de ella con esa autoridad que tanto gustaba a Makayla.

Hudson gimió en su boca y buscó sus pechos con las manos. La joven se arqueó hacia él. Quería que la tocara por todas partes. Lo había echado de menos y había echado de menos eso. Ese modo de hacerle sentir que era la única mujer en el mundo para él. Y teniendo en cuenta su declaración de amor, quizá lo fuera.

Él intentó acercarse más a ella y se golpeó la cabeza en el techo del vehículo.

—¡Maldita sea! No hay sitio suficiente —gruñó, sonriente.

A la joven le palpitaba el cuerpo de deseo. Tenía el tanga empapado. No podían irse de allí sin obtener el final feliz que los dos querían.

—Tenemos el asiento de atrás —dijo. Movié una ceja a modo de invitación y él se echó a reír.

—¿Lo dices en serio?

—A menos que quieras esperar hasta que llegemos a tu casa...

—El asiento de atrás es perfecto —repuso él, subiendo ya por encima de la consola entre golpes, maldiciones y gruñidos.

En su prisa por seguirlo, Makayla prácticamente cayó en su regazo y los dos rieron en medio de un lío de extremidades.

—¿Cuántas veces has traído aquí a un chico para enrollarte con él en el asiento de atrás?

—Hasta ahora, solo una —la joven se acomodó en su regazo, llena de expectación.

—¿O sea que soy el único? Me gusta cómo suena eso.

Hudson rozó con los pulgares los pezones de ella, que estaban rígidos bajo el *maillot*, que ella no se había cambiado en su prisa por huir del club.

Makayla gimió y él colocó la boca donde un momento atrás estaba el pulgar y dio un mordisco que hizo que ella le agarrara la cabeza con fuerza.

Mientras sus dientes seguían torturando los pezones de ella hasta producirle un placer exquisito, la joven oyó que se abría la cremallera, oyó el ruidito del papel de aluminio y sintió que los dedos de él apartaban el tanga.

Un momento después estaba por fin dentro de ella. Duro, fuerte y perfecto.

La boca de él soltó su pezón para volver a sus labios e imitar con la lengua las embestidas exigentes de la polla.

Makayla apoyó los brazos en el asiento de atrás y lo cabalgó con abandono. Subiendo y bajando como si no fuera a saciarse nunca. Sus músculos se tensaban más en cada deslizamiento y cada embestida acercaba más el momento del orgasmo.

El auto se llenó de murmullos de satisfacción y exigencias traviesas. Cada palabra la acercaba mucho más al deslumbrante abismo que ansiaba con cada caricia de él.

Poco después ya solo se oían sus jadeos frenéticos, y los cristales neblinosos del coche los encerraban en su cueva de placer privada. Él le tocó el clítoris, rodeándolo con el dedo, y ella no pudo contenerse más. El orgasmo le llegó como una ola salvaje, que le hizo ver estrellas en la oscuridad.

Hudson la agarró por la cintura para anclarla a un mundo en el que flotaba ingrávida, lacia, inmersa en el placer.

Él embistió hacia arriba una última vez y gruñó su nombre con una voz gutural. Makayla no había oído nunca nada tan hermoso.

Hudson la estrechó contra sí y no se movió ni habló.

No eran necesarias las palabras.

Habían dicho todo lo que había que decir.

Hudson la amaba y ella también a él.

Él quería fomentar su sueño, no coartarlo.

Y acababan de sellar su amor del mejor modo posible.

¿Cómo narices tenía tanta suerte?

Epílogo

Después de la fiesta de despedida que les había dado Tanner la noche anterior en el Embue, Hudson no esperaba que también fueran todos al aeropuerto a despedirlos. Sin embargo, Tanner, Abby y Charlotte se habían reunido de madrugada veinticuatro horas después para compartir una última copa con ellos.

—Brindo por el éxito de Mak en Broadway —Tanner levantó una cerveza—. Y porque el bobo de mi amigo no viva a costa de ella como un tonto.

—Brindo por eso —Mak chocó su copa de champán con la cerveza de Tanner y le guiñó un ojo a Hudson—. No te preocupes, querido. A mí no me importa que vivas a mi costa.

Hudson lanzó una mirada de conmiseración a Abby.

—No sé cómo soportas a este idiota.

—Es un trabajo duro, pero alguien tiene que hacerlo.

Abby, enamorada, apoyó la cabeza en el hombro de Tanner, lo miró entre las pestañas y él le dio un beso en la punta de la nariz.

—Nauseabundo —murmuró Hudson, que no pudo ocultar una sonrisa bobalicona cuando miró a Tanner y descubrió el mismo brillo enamorado en sus ojos.

¡Habían pasado tanto los dos en Kings Cross! Habían sobrevivido a la dureza de la calle y a sus padres. Y los dos habían llegado lejos. Abby y Mak

eran hermosas, inteligentes y tenían mucho talento en sus campos respectivos. Y los adoraban.

Tanner le leyó el pensamiento.

—¿Cómo han tenido tanta suerte dos idiotas como nosotros? —preguntó.

—Ni idea, pero yo estaré eternamente agradecido —Hudson chocó su cerveza con la de su amigo, feliz de tener a una mujer como Mak en su vida.

—Si hubiera sabido que esto sería una fiesta al amor, me habría quedado en casa —dijo Charlotte, sacando la lengua—. Me alegro por vosotros, pero me ponéis enferma.

—¡Ah, tesoro! —Mak le rodeó la cintura con un brazo—. Encontrarás a alguien pronto.

—Sí, y también iré sentada al lado del piloto de tu avión —Charlotte puso los ojos en blanco—. No os ofendáis, Hudson y Tanner, pero los hombres son lo peor.

Hudson, que odiaba su expresión taciturna, propuso un brindis.

—Por Charlotte. Una mujer maravillosa que necesita encontrar a un idiota como nosotros que le haga ver la luz.

—Por Charlotte —corearon los demás al unísono. Y para alivio de Hudson, la joven le dio las gracias con los labios, sin sonido.

Mak se tocó el labio inferior y Hudson se excitó al instante. Con un poco de suerte y un mucho de maniobrar en un espacio pequeño, quizá pronto pudiera incluir entre sus experiencias un *affaire* en las alturas.

—¿Sabes, Charlotte?, predigo que, cuando vengamos de visita dentro de seis meses, tendrás un tío bueno comiendo de tu mano —Mak le dio un codazo a Abby—. Cuento contigo para ayudarla a encontrarlo, ¿de acuerdo?

—¡Pobrecita! —exclamó Charlotte, mirando a Abby—. Si no ha ocurrido en veintiséis años, no creo que vaya a ocurrir en seis meses.

Abby miró de hito en hito a Mak.

—No le echés tanta presión encima.

Hudson reprimió una carcajada. Lo que Abby quería decir era: «No me eches tanta presión encima a mí».

Mak sonrió y le sopló un beso a Abby.

—Te voy a echar de menos.

—Di mejor que vas a echar de menos mis pasteles —la voz de Abby sonaba cortante, pero Hudson vio un brillo de lágrimas en sus ojos.

Genial. Justo lo que necesitaba cuando quería escaparse con su novia: tres mujeres llorando.

Empeñado en evitar eso, levantó de nuevo su cerveza.

—Por nosotros. Por perseguir nuestros sueños y seguir a nuestros corazones.

Todos brindaron con él y, cuando Abby, Tanner y Charlotte iniciaron un debate acalorado sobre webs de citas y si eran válidas para encontrar una felicidad duradera, Hudson se inclinó hacia Mak.

—¿Lista para abrazar el futuro?

—Contigo, siempre —ella se pegó a su costado con un gesto cálido y amoroso.

Aquella increíble mujer no era la única que estaba preparada para abrazar el futuro. Hudson no sabía lo que podía depararles, pero, mientras tuviera a Mak, estaba dispuesto a lanzarse a él de cabeza.